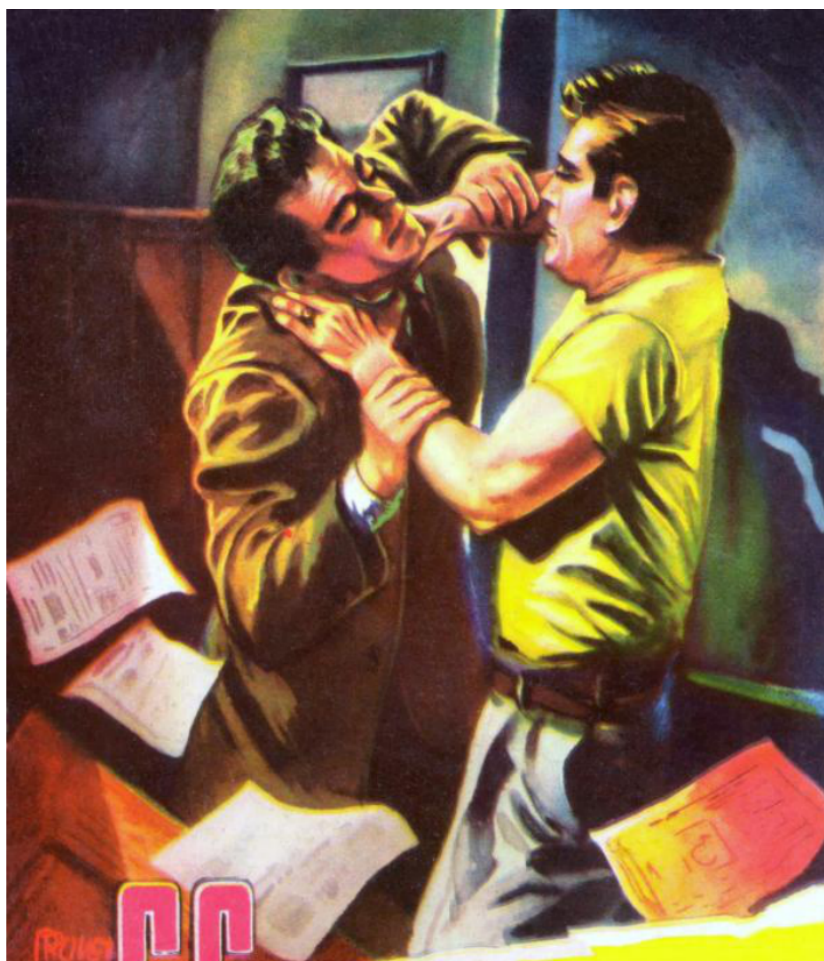




SS

SERVICIO
SECRETO

RED HARLAND

EL PRESIDARIO

RED HARLAND

EL PRESIDARIO

1ª EDICIÓN
JULIO-1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

La reja de alambre dibujaba retorcidos romboides sobre la cara del preso.

Era la cara que ella tanto conocía, pero algo había cambiado después de aquellos dos años.

Dos años...

No es gran cosa dos años cuando se acaban de pasar los veinticuatro, pero en aquel rostro habían dejado una marca, profunda, imborrable.

Y sobre todo, no son gran cosa, dos años de presidio cuando uno se ha salvado por milagro de la silla eléctrica...

Katy volvió a clavar en aquel rostro sus ojos atormentados. Sus labios, cuya belleza no podía ser eclipsada por la tristeza, temblaban en su esfuerzo por pronunciar las palabras, por aparentar serenidad.

—No. Roy, ¡no! ¡Tienes que olvidarlo todo! ¡Empecemos juntos una nueva vida! ¡Vámonos de aquí! ¡Lejos! ¡Donde nadie haya oído hablar de nosotros! ¡Pero olvídalo, Roy! —sollozó—. ¡No destroces mi vida!

El hombre permaneció impasible. Sus ojos apagados apenas hicieron un movimiento. Pero la fina, mano de ella quedó fijada en su retina. Aquella mano que se extendía hacia él ansiando aprisionar la suya, y que quedaba detenida en la estrecha malla de la reja de alambres.

Más tarde, durante mucho tiempo, habría de recordar aquellos dedos engarfiados en la reja, crispados, como la mano engarabitada de un agonizante que demanda auxilio.

Pero ahora, su rostro continuó impasible, pétreo, y su voz sonó sin matices.

—Estás nerviosa, Katy. Hablas sin ton ni son. Yo no he dicho que tenga ninguna clase de intenciones.

—¡Lo leo en tu cara! ¿Crees que no sé penetrar en tu pensamiento? ¡No puedes engañarme, Roy! ¡Sé lo que estás meditando!

El preso, sin hacer un solo movimiento con su cabeza, con ese sexto sentido de las personas que han pasado largo tiempo encerradas en una celda, advirtió el paso del policía que les vigilaba mientras hablaban. Sus ojos giraron un instante hacia el lugar por donde el policía avanzaba, y luego se clavaron imperiosos en los de la muchacha.

Ella calló. Le conocía bien, y sabía leer en su mirada las órdenes que él daba cuando algo era importante.

—Nos casaremos y viviremos tranquilamente... —dijo él en el momento en que el guardián pasaba por su lado.

—Sí, Roy.

Era una voz pequeñita, llena de resignación. Su vida estaba por completo ligada a la de aquel hombre. No la podía concebir sino unida a la de él. Y era preciso someterse a su voluntad. Sería, al fin, lo que él dijera, bien lo sabía. Y no debía comprometer su libertad haciendo concebir sospechas al guardián con sus palabras imprudentes.

Si él intentaba vengarse cuando saliera de la cárcel...

Katy se estremeció. Le vio muerto, cosido a balazos, derribado sobre un cenagal de barro...

De lo contrario, «si tenía suerte» y realizaba sus ansiosos deseos de venganza, la Justicia volvería a enfrentarse con él. Y esta vez, reincidente, nada podría salvarle de la silla eléctrica...

No podía apartar los ojos de aquel rostro endurecido, de aquella boca donde los labios que ella había besado formaban ahora una rígida línea recta, de aquellos ojos que alguna vez reflejaron la alegría y que ahora brillaban apagados y sombríos.

La luz era amarilla; la larga tabla dividida en su mitad por la reja de alambre, estaba desierta; los muros de liso cemento, eran fríos y lúgubres; el fornido policía paseaba manteniéndose ligeramente apartado de ellos, sin quitar los ojos de sus manos...

Katy le vio inclinar la cabeza levemente. Sus ojos angustiados retrataron al hombre.

La recta blusa de mahón, áspera, sin forma, en cuyo pecho había un número; el rostro de granito, como si su dueño se hubiera

impuesto como suprema disciplina la negación de todo sentimiento humano; los anchos y robustos hombros como derribados sobre los codos; los antebrazos abandonados contra la tabla que servía de mesa, aquellas manos que antes, ¡hacía tanto tiempo! La acariciarán a ella con ternura y con pasión...

—¡Prométemelo, Roy! —murmuró apagadamente, temerosa de ser oída por el guardián—. ¡Prométemelo! ¡No vuelvas a acordarte de esos miserables que te traicionaron! ¡Piensa sólo en nosotros, en nuestro amor! ¡Vayámonos de aquí! ¡A California, a Texas, a cualquier Estado del Oeste, y comencemos juntos una vida nueva!

Sólo un imperceptible movimiento de las cejas demostró que el preso había oído.

Los músculos de su cara permanecieron relajados, ausente de ellos toda expresión. Levantó su mirada, contemplando a la pequeña muchachita a través del enrejado, y por un instante quedó silencioso, acaso pensando...

¡Qué pequeñita y frágil era...! Era como una liviana muñequita de grandes ojos, de encarnados labios, maravillosamente proporcionada, que uno tiene miedo de coger por temor a destrozarla entre las manos...

Y tenía un alma vehemente, fiel, capaz de todos los heroísmos.

Algunas mujeres parecen haber nacido para triunfar, para burlar a los hombres, para convertirlos en muñecos... o acaso en animales, como la Circe de la Antigüedad. Mujeres sin sentimientos, sin corazón, que únicamente piensan en sí mismas.

Otras, en cambio, parecen predestinadas a sufrir, a padecer todos los infortunios y adversidades, a crecerse estoicas y firmes ante la desgracia, sacrificando su vida entera por un hombre, ¡por uno solo!

Unas sólo saben... «pedir».

Otras, inundándolo todo con el amor y la generosidad de su alma, nacen para... «dar».

Así era aquella pequeña muchachita que asiduamente le visitaba desde que le encerraron en aquella prisión. Así era «ella», la única mujer a quien había amado a lo largo de su vida azarosa y rebelde.

Pero ninguno de esos pensamientos se reflejó en la cara inmóvil del preso.

Inconmovible y duro, la miró a los ojos. La miró fijamente.

—Olvídate de mí. Abandóname.

Los labios de la muchacha se entreabrieron angustiosamente, como si le faltara la respiración, jadeantes.

—No... no me dices eso de verdad...

Era una súplica, un ruego ardiente en el que vertía todo el caudal de su alma.

Y la voz de Hoy siguió inexorable, lenta.

—Es mejor, Katy. Yo no puedo proporcionarte más que desgracias y desventuras. Estoy marcado ya. Todo es inútil. Donde quiera que vaya, seré un expresidiario.

—¡No me importa!

—Y esos canallas...

—¡No pienses en ellos! ¡Todo pasó! ¡Dos años! ¡Dos años separada de ti! ¡Dos años muriendo día a día! ¡Esperando que llegue este momento! ¡Sola! —sollozó—. ¿Sabes tú lo que es estar sola, completamente sola, soportando las burlas y las humillaciones de todos, esperándote a ti, torturándome pensando en tu desesperación? ¡Ésa ha sido mi vida, Roy! ¡Si me quieres, si realmente soy algo para ti, si significo algo en tu vida, vayámonos lejos y empecemos de nuevo! ¡No pienses en ellos, Roy! ¡No pienses en ellos...!

El hombre la miró abatir la cabeza para ocultar las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Su pelo negrísimo resbaló hacia delante, contrastando con la marfileña blancura de sus manos.

Quiso avanzar. Romper aquella red de alambres que le separaban de ella. Estrecharla entre sus brazos y estrujarla contra su corazón apoyando sus labios contra el pelo de la muchacha.

Pero su impulsivo movimiento fue inútil: allí estaba la alambrada impidiendo toda proximidad física.

Los potentes brazos del preso tuvieron que replegarse, y Roy quedó como encogido sobre sí mismo, imposibilitado de acudir en consuelo de ella. Quedó quieto, callado, impotente.

Por unos segundos sólo se escucharon los ahogados sollozos de la mujer. Lloraba entrecortadamente, haciendo vanos esfuerzos por dominarse.

¡Qué indefensa y débil parecía, con la cabeza inclinada sobre el pecho, cubriéndose los ojos con sus pequeñas y finas manos!

Los pasos del guardián sonaban huecamente detrás de él: la luz

parecía amortiguada.

Quiso hablar, pero no sabía qué decir. Por fin, sus labios, que parecían pegados con goma, se entreabrieron dificultosamente.

—¿Te visita mi hermano?

Katy se mordió los labios dominando su entrecortada respiración. A través de sus dedos, le miró con ojos llenos de lágrimas. Apartó las manos, y contestó hipando:

—Hace tiempo que no le veo.

No parecía deseosa de dar más explicaciones, pero Roy captó la nota de su voz.

—¿Qué sabes de él? No ha venido desde hace un año, ¿qué hace?

—No sé, Roy. No sé.

La voz de Roy se endureció.

—¡No mientas! ¡He oído que hace tiempo que no trabaja! ¿Qué hace?

Los grandes ojos se fijaron en él tímidos, casi humildes, suplicantes.

—No sé, Roy... No le veo...

No quiso seguir preguntando. Veía que estaba haciéndola sufrir, y no merecía la pena. Los rumores no eran falsos. Su hermano... seguía el mismo camino.

Alargó su ruda mano, acarició débilmente uno de los dedos que ella tenía crispados en la reja.

—No sufras, Katy —murmuró—. Todo este tiempo, día a día, minuto a minuto he pensado en ti. Quería salir para estrecharte de nuevo entre mis brazos, para sentir tu pelo junto a mis labios, para ver un poco de alegría en tu sonrisa... Todo va a cambiar ahora, te lo prometo.

—Roy... ¡amor mío!

La voz opaca y autoritaria del guardián les interrumpió. Roy sintió sobre su hombro el peso de la manaza.

—Aparta la mano, Roy. Sabes que no se puede tocar a las visitas. Y despídete. El tiempo ha pasado.

La fugaz nota de sentimiento que había cuajado en las facciones del preso, desapareció; y de nuevo surgió en ellas aquella expresión relajada, endurecida.

—Adiós, Katy. Tranquilízate. Dentro de pocos días volveremos a

estar juntos.

Se miraron un momento, de pie.

Luego, el preso dirigió sus ojos a su guardián y dio media vuelta seguido por él.

Mordiéndolo sus labios, replegada sobre sí misma, Katy le vio desaparecer tras la puerta de barrotes, y se alejó lentamente por el pasillo.

El toque de queda había sonado.

Frías, impersonales, heladas en su amarillenta indiferencia, ajenas al dolor o a las pasiones que alumbraban, las luces estratégicamente distribuidas iluminaban los pasillos y el patio central de la prisión.

Todo era silencio en torno. Hasta los pasos de los guardianes eran callados mientras paseaban su guardia con la metralleta al hombro, colgada de la bandolera.

Pero a pesar del silencio, no todo dormía. Tirados sobre sus camastros superpuestos, los presos permanecían con los ojos abiertos, inmóviles y estáticos.

De vez en cuando, isócronamente, la sombra de uno de los policías que hacían guardia se recortaba contra los barrotes de la puerta.

La luz que llegaba de los desiertos pasillos era insensible y helada, como hecha con rayos de hielo.

La prisión estaba silenciosa, como si cobijara una legión de muertos.

Tirado sobre su litera con todos los músculos de su recio cuerpo completamente flojos, entornados los ojos y un cigarrillo a medio consumir entre sus dedos. Roy Vegly permanecía despierto.

No quería pensar. Los pasos del guardián resonaban en sus oídos huecamente. Uno... dos... tres... cuatro... veinte... veinticinco... Un instante de silencio mientras daba la vuelta, y otra vez a empezar... Uno... dos...

No. No quería pensar. Acaso ella tenía razón, aunque dentro de él, una voz poderosa, una voz que no le había dejado un minuto de descanso durante aquellos dos años, le ordenaba sin cesar, ¡siempre!, la misma actitud.

Pero ella tenía razón. Descansar. Irse lejos. Muy lejos de allí. Y empezar donde nadie le conocía. Empezar sin vínculos, sin

conocidos, sin que ninguna fuerza exterior le coaccionara. Irse lejos, y trabajar; y lograr con su esfuerzo que en los ojos de Katy, de aquella frágil mujercita que había confiado en él contra todos y le había esperado, brillase, siquiera por una sola vez, una luz de alegría y de felicidad.

Aquellos ojos grandes, negros, apasionados, que le habían mirado por la tarde a través de la reja de alambre.

Era ella lo único que aún le unía a la vida, lo único por lo que aún merecía la pena seguir luchando.

Lo demás... Su hermano... Un hermano que había dejado de visitarle en la prisión, seguramente para que no pudiera decirle que seguía un mal camino, un hermano que se había aliado a los mismos que le habían traicionado a él...

Dio una profunda chupada al cigarrillo, y prendió otro con la misma lumbre.

El humo surgió de sus labios y nariz formando una estrecha columna que pronto se ensanchó expandiéndose en la atmósfera.

El guardián pasó ante la reja recortando su fuerte figura contra la débil luz del pasillo, y se alejó. Roy miró el cañón de la metralleta surgiendo vertical sobre el hombro derecho del policía.

Hacía dos años... Como si sólo hiciera dos días recordaba aquella noche...

Katy se había opuesto. Sólo esperaban que sus ingresos aumentaran en unos cuantos dólares a la semana para casarse. Y aquella noche él llegó muy alegre después de quitarse el «buzo» azul lleno de grasa y lavarse bien las manos y la cara.

—Ángel Tavodi acaba de ofrecerme el empleo de chofer suyo. ¡Con ochenta «mangos» a la semana! —había exclamado alzándola en vilo alegremente.

Era aquélla una hermosa noche, y él estaba contento. Pero las mujeres... nunca encuentran nada de su gusto.

Katy se había opuesto.

—¡No quiero que aceptes ese empleo! ¡Ese hombre es un asesino!

—Bah... tonterías. ¿Vas a hacer caso de todas las idioteces que la gente dice? Es un empleo magnífico. Él deja el coche a veces en nuestro garaje, y sabe que yo soy un buen mecánico y un chofer experto. Eso es todo. Y ochenta a la semana, no es un sueldo

despreciable. Ahora podremos casarnos enseguida.

¿Qué podía alegar ella contra su decisión? Corazonadas... «intuición»... ¡cosas de mujeres!... pero ningún razonamiento sólido.

No le hizo caso.

No era gente muy clara, desde luego. Pero eso a él, ¿qué le importaba? Ochenta dólares a la semana no se ganan así como así, y al fin y al cabo, él no era más que un chofer. Le llevaba a buscar a su amiga, a un *cabaret*, a veces al teatro... Nada comprometedor.

Pero a pesar de su nuevo sueldo, las cosas no se arreglaron a su gusto. Katy, tan pequeña y frágil como era, no transigía con nada cuando se le metía una cosa en la cabeza. A veces, mirándola frente a él, con su estatura que apenas le llegaba al hombro, pero tan firme y testaruda, sentía deseos de agarrarla con sus manos callosas y demostrarle que él mandaba. Lo dejaba, sin embargo. Se daba cuenta de que aunque la matara no conseguiría que ella cambiase de opinión. Y eso, por tonto que parezca, le enorgullecía. Sí: le enorgullecía que ella no le tuviera miedo y fuese capaz de enfrentársele muy tiesa y agresiva.

—¡Deja ese empleo, Roy! ¡Déjalo! ¡No me gusta esa gente!

—No pienso dejarlo. Son ochenta a la semana. ¿Dónde voy a ganarlos? Y más adelante, cuando ahorre lo suficiente, quizá pueda empezar por mi cuenta. Poner un surtidor de gasolina en la carretera, o algo por el estilo. ¿No te das cuenta de que es nuestra suerte?

—¡Déjalo, Roy!

Roy Vegly estiró sus piernas hasta tocar con los pies el tabique de la celda. Era pequeña aquella litera para él, y tenía que dormir encogido. Dos años llevaba durmiendo así. Cuando saliera y pudiera estirarse todo lo alto que era en una cama, le parecería mentira.

El cigarrillo se le había apagado, y lo dejó caer al piso de la celda. Encendió otro. Los pasos seguían isócronos en el pasillo. «Tap... tap... tap...».

Dos años... Setecientos días conteniendo sus pasiones, procurando guardar un comportamiento intachable para ganarse la libertad condicional, mordiendo su rabia...

No aborrecía a aquella gente que le custodiaba, no. Ellos cumplían con su obligación, y nada tenía contra ellos. No es cosa de

pedir al guardián de una prisión que trate a los delincuentes con guante blanco. ¿Qué era él para pedir un trato especial? ¿Cómo podría convencerles de que no era culpable? Todos los asesinos aseguran que son inocentes.

Y sin embargo...

Había sido un día nublado... Ángel Tavodi hacía tiempo que le trataba como un amigo y le había ordenado que se quitara el uniforme.

—Es humillante, muchacho. Tú eres un hombre libre, y no tienes que llevar librea. Esto es América.

Vestía una trinchera encima de un traje corriente de paisano aquel día. Recordaba que la tarde anterior había ido a Manhattan con Katy y había comprado un fieltro nuevo. Le había costado veinticinco dólares. Siempre le ocurría lo mismo: cuando salía con Katy tenía que comprarse lo más caro. Ella se reía; «Me gusta que vistas bien».

Iba bien vestido aquella mañana nublada.

Ángel Tavodi había subido al «Mercury» y le había ordenado amistosamente:

—A Manhattan, por el Lincoln Tunnel. Vamos deprisa, Roy.

Le acompañaban sus tres inseparables, y todos llevaban trincheras, como él.

Durante el viaje, los cuatro hombres apenas cambiaron ninguna palabra. Roy les veía por el espejo retrovisor.

Ángel Tavodi, con aquella excesiva elegancia, echada sobre los ojos el ala de su flexible, mirando como distraído por la ventanilla. Clister, que parecía guardar en su nervioso y débil cuerpo más veneno que una víbora. Monk y Bobby, que ocupaban los trasportines, pareciendo imposible que sus tremendas humanidades de luchadores de «catch-as-can» o de boxeadores pesados pudieran ser soportadas por los estrechos asientos...

Roy se veía a sí mismo después de cruzar el túnel, saliendo de nuevo a la luz del día en la calle 37.

—Baja a la 23, Roy. Al 370.

Roy obedeció la blanda voz de Tavodi. En el espejo retrovisor había visto una extraña mueca burlona en los rostros deformados de Monk y de Bobby, pero aquellos dos tipos siempre hacían gestos idiotas.

Bajó por la Novena Avenida y dobló por la 23 hasta encontrar el número pedido. Allí estaba. Era un edificio de ocho o diez pisos cuya planta baja la ocupaba una Compañía Importadora. Roy no le había concedido una mirada.

—Espéranos...

Había visto a los cuatro hombres penetrar en el local, y encendió un cigarrillo sin abandonar el volante. Había dejado el coche en marcha. Era costumbre cuando no le decían que iban a tardar.

Y aquella vez no tardaron.

Volvieron a salir a los pocos minutos. Bruscamente, de repente, de espaldas a él.

Clister, Monk y Bobby, armados de pistolas, cruzaron la calle corriendo sin hacerle caso.

Tras ellos apareció Tavodi. Se paró en la puerta del establecimiento mirando adentro, y dos estampidos restallaron en el aire. De su arma surgieron dos fogonazos. Dentro estalló un griterío.

En el volante del «Mercury», incapacitado para pensar, atontado por la sorpresa, Roy estuvo unos segundos indeciso. No sabía qué hacer.

Fue entonces cuando Tavodi llegó a su lado.

—¡Toma, Roy! ¡Escapa!

Y salió corriendo en pos de los otros tres.

Cuando el coche que había enfrente arrancó perdiéndose en la esquina a toda marcha, Roy se encontró aún allí.

Tenía en la mano una pistola «Mauser».

Reaccionó como quien despierta de un sueño.

El chorro de gente gesticulante y chillona que salía del establecimiento, le devolvió la facultad de moverse. Comprendió que estaba perdido si le cogían. Y metiendo la directa arrancó como un rayo.

Iba solo. Su mente estaba como enloquecida. No alcanzaba a comprender lo ocurrido. Únicamente se daba cuenta de que volaba, raspando los vehículos que se cruzaban en su carrera, que en su mano, sin saber qué hacer con ella, tenía un arma cuyo cañón ardía, y que tras él atronaba una sirena.

Dejó la pistola en el asiento, y asió el volante con ambas manos.

Tenía que escapar. Era preciso que no le alcanzaran. Si él era un buen conductor, había llegado el momento de demostrarlo.

Y hundiendo el pie hasta el fondo del acelerador, sin disminuir la velocidad en las curvas, derrapó tomando la Séptima Avenida en suicida viraje.

Un autobús pegó un violento frenazo para dejarle pasar. Patinando sobre las dos ruedas de un lado, el «Mercury» se quejó lastimeramente y tomó la recta.

En fulmínea, veloz sucesión, un caleidoscopio de peatones, de coches, de camionetas o autobuses, pasó raudo ante el parabrisas del «Mercury».

La aguja del cuenta-millas chocó con el tope. Un guardián de la circulación dio un salto después de hacerle señas de que parara. El guardabarras pasó rozándole.

Roy, las mandíbulas apretadas, enturbiada la razón, sólo tenía un pensamiento: ¡Escapar! Era lo esencial. Nadie podría reconocerle. Pero si le detenían en aquellos momentos...

La imagen de Katy cruzó vertiginosa por su mente. A su espalda dejó de oírse la sirena. Delante de él, la ancha arteria que recibe el nombre de Séptima Avenida se mostraba libre de obstáculos...

La libertad estaba allí, a su alcance...

Y fue entonces cuando de dos esquinas más arriba surgió la moto de la policía.

Era un hombre solo, pero no se apartaba. Arrojó la moto en el centro de la calle, y se plantó de pie.

Roy mordió su rabia. Maquinalmente, agarró la «mauser» que el italiano le entregara y sacó la mano por la ventanilla.

¡Tenía que escapar, fuera como fuera! Y aquel hombre se hallaba solo en medio de la calle. ¡Estaba loco si creía que iba a detenerlo!

Era imposible errar él blanco cuando Roy pegó el frenazo para no estrellarse contra la moto derribada, y alzó el brazo apuntándole al pecho...

Lo tenía cubierto. Bastaría apretar el gatillo, para que el policía cayera acribillado ante él...

Y fue entonces cuando le ocurrió aquella cosa extraña. Le pareció ver ante sí, a través del parabrisas, el rostro desesperado de Katy. Y hasta escuchó su voz.

«—¡¡No, Roy!! ¡¡No!!».

Y Roy Vegly bajó su arma y se entregó.

Dos años habían pasado. Dos años son mucho tiempo en la vida

de un hombre... mucho tiempo si han de pasarse día a día entre los hierros de una cárcel.

Durante el proceso, la amenaza de la silla eléctrica se había cernido incesantemente sobre él.

Un hombre muerto... Las dos balas que le segaron la vida habían salido de la «mauser» que tenía Roy. En el arma no había más huellas que las de él.

Minuto a minuto, sin dejarle un segundo de descanso, le habían estrechado para que delatara a sus cómplices y dijera dónde tenían que repartirse el dinero robado.

Roy había callado. Lo negó todo. No dijo una sola palabra, aunque sabía que su vida estaba pendiente de un hilo de araña.

Dijo solamente que un desconocido había salido y arrojado aquel arma en su coche.

Insuficiente defensa.

No esperaba que le creyeran. Por eso, él fue el primero en sorprenderse cuando el Jurado declaró que el asesinato había sido cometido por «un desconocido». ¡No le culpaban de homicidio!

Tardó mucho en comprenderlo. Hasta que un día recibió la visita del capitán Grosley. Era aquel hombre el que le había salvado de morir en la «silla».

Le agradó el capitán, aunque no se lo demostró.

—Sé que no te moviste del coche —había dicho el capitán Grosley—, pero también sé que conoces a los que cometieron el asalto. Yo también los conozco, Roy. Y haces mal en no delatarlos.

Los dos hombres se miraron cara a cara durante unos instantes, como dos gladiadores que miden sus fuerzas. Luego, Roy Vegly dijo solamente:

—Hay cosas que un hombre tiene que hacer por sí mismo.

La luz pareció debilitarse en los pasillos de la prisión. Encima de él, el preso que compartía su celda lanzó un ronquido. Roy aplastó la punta de su cigarrillo contra el somier de hierro antes de arrojarlo al suelo.

—Sí... —murmuró apagadamente—. Hay cosas que un hombre tiene que hacer por sí mismo...

Y sin desnudarse, se cubrió con la sucia manta que a tantos había servido antes que a él, y cerró los ojos.

En el pasillo seguían sonando, sordos, lentos, inexorables,

eternos, los pasos del guardián. Su fornida figura fue visible un instante al cruzar ante las rejas.

Eran las siete de la mañana cuando el timbre de la prisión lanzó su llamada estridente y la quietud y silencio comenzaron a turbarse, primero con lentitud, luego con barullo, por los confusos sonidos de los presos al levantarse.

Roy abrió los ojos y se incorporó quedando sentado en el camastro con los codos en las rodillas.

Apenas había dormido un poco durante toda la noche, la última que habría de pasar en el presidio.

Mat se descolgó de la litera superior y empezó a vestirse sin pronunciar una palabra de saludo. Los dos sabían, sin embargo, lo que cada uno de ellos estaba pensando. Eran los últimos momentos que pasaban juntos después de dos años de compartir aquella fría celda, pero Mat habría de continuar aún cinco años más. Había matado a una mujer con sus propias manos, sin armas, engaritando los agarrotados dedos alrededor del cuello débil de su víctima hasta rompérselo. Cuando Mat lo contaba no se podía descubrir en él ningún signo de arrepentimiento. Al contrario, se comprendía que aquel ser cuya alma estaba aún sin formar, sólo lamentaba una cosa: No poder repetir su hazaña.

Era su propia mujer y la había encontrado...

«—Lo que yo he hecho no es un crimen —afirmaba Mat con terrible violencia—. ¡Un hombre tiene derecho a matar a su mujer cuando ella es una...!».

Levantando los ojos, Roy miró una vez más el torso de orangután de aquel ser deformado. Solamente pasiones, terribles pasiones de fiera, podían albergarse bajo aquel cuerpo peludo. La garganta de la mujer debió deshacerse como blanca cera entre los dedos de hierro.

Los guardianes recorrieron las verjas y los presos salieron hacia los lavabos, formados en columna. Luego, de la misma forma, entraron en los comedores.

Todos miraban a Roy tratando de descubrir en su semblante alguna emoción. Pero el rostro del preso permanecía impasible, como una masa amorfa, como un pedazo de piedra tallado por un aprendiz de escultor.

Al salir, Mat caminó a su lado.

—Buena suerte —murmuró.

Roy se limitó a dirigirle una inexpresiva mirada como toda muestra de agradecimiento por su deseo.

Aún tenía que entrar con ellos en los talleres. Hasta las ocho y media no sería llamado.

Ocupó su puesto en la gran nave de mecánica, y metió la palanca arrancando el torno. Obraba igual que siempre, como si no estuviese enterado de que pocos minutos después sería un hombre libre otra vez. En su semblante no podía descubrirse ni alegría, ni esperanza, ni pesar.

Las poleas chirriaron, las grandes correas de transmisión iniciaron su tarea, las fresadoras gruñeron, y el diario estrépito del acero mordido, del hierro cortado, de las remachadoras, del zumbido de los transformadores y de las grúas que resbalaban corriendo por los carriles del techo, inundó la gran nave que cobijaba los talleres de la prisión.

Vio llegar al policía, pero continuó su tarea sin hacer caso hasta que lo tuvo a su lado.

—Vamos, Roy. El Gobernador ha llegado ya.

Sin mirarle, Roy accionó la palanca parando el torno, y retiró la cuchilla. Aún se entretuvo parsimoniosamente en separar con los dedos la larga y retorcida viruta de acero.

Después dio media vuelta y echó a andar delante del policía.

La férrea verja que separaba los talleres y las celdas de los despachos administrativos, se corrió ante él. Y avanzó por el ancho pasillo a cuyos lados se abrían las puertas de madera barnizada pertenecientes a los diferentes despachos.

Ante la puerta donde se fijaba, sobrio y serio, el letrado de «Governor», se detuvo. El policía llamó, la puerta quedó abierta, y Roy se encontró en el amplio despacho del Gobernador de la prisión.

—Pasa, Roy. Siéntate. Usted puede retirarse.

Cuando el policía salió, Roy obedeció tomando asiento en la butaca de cuero, a pocos pies de distancia de la mesa del Gobernador.

Era un hombre cercano a los sesenta, de expresión enérgica pero benevolente y comprensiva.

—¿Un cigarrillo?

Roy aceptó la pitillera que le ofrecía, y esperó que le diera lumbre.

—Ya sabes que ha llegado la orden de libertad para ti. Tu comportamiento durante el tiempo que has pasado aquí, ha contribuido a acortar tu condena.

Roy, olvidado del cigarrillo que tenía entre los dedos, le miraba en silencio. El Gobernador pareció meditar eligiendo sus palabras.

—Sé lo duro que esto ha tenido que resultarte. Siempre has sostenido que eres inocente, y yo... lo creo, Roy. Has estado aquí purgando un delito que estoy seguro de que no has cometido —le miró fijamente a los ojos, y siguió dejando caer una a una sus palabras—: No hagas nada que pueda hacerte volver, Roy, muchacho. Eres joven, y sé que tienes una mujer esperándote, una mujer que no merece que la hagas desgraciada. ¡Tienes la vida por delante! ¡Olvida todo esto, y empieza a vivir otra vez!

La voz de Roy sonó en el despacho grave y reposaba:

—Gracias, señor.

El Gobernador le miró. Acostumbrado como estaba a leer en el rostro de los innumerables presos que habían pasado por allí, era, sin embargo, incapaz de penetrar tras la dura máscara con que aquel hombre encubría su alma.

¿Era sincero al darle las gracias? ¿Se daba cuenta de que le estaba poniendo en guardia contra el peligro que amenaza siempre en la calle al preso que recobra su libertad? ¿Comprendía que la venganza sería la ruina total de su vida?

Pero ¿qué era lo que se ocultaba tras aquel rostro impasible? ¿Pensaba el preso en vengarse, o sólo era un temor suyo?

Después de su larga, experiencia humana, el Gobernador sabía muy bien lo que pasaba en el alma de un hombre que ha vivido en la cárcel durante algunos años.

Constreñidos en todo, obligados a la soledad, con días y días teniendo vacía la mente, los presos no albergaban en sus cerebros más que pensamientos de venganza y de desquite.

Sabía que el hombre que ha estado en la cárcel, es casi completamente seguro que volverá.

Pero sabía también lo inútil que es tratar de dar consejos a hombres hechos que ya han tomado su decisión. Por eso no insistió.

—¿Tienes ya trabajo fuera? —preguntó.

Roy dejó el cigarrillo apagado sobre el gran cenicero de la mesa.

—No —contestó—. Quizá me marche para algún estado del Oeste. Allí será más fácil.

—Eso es una buena idea, Roy. Una gran idea —contestó poniéndose de pie—. Y escucha: Yo tengo confianza en ti. Si te ves en un apuro... si encuentras dificultades para trabajar, mándame una nota. Quiero que sepas que yo soy un amigo tuyo. Y ahora, vete a la oficina de almacén y que te devuelvan tu ropa. Aquí tienes el pase para salir. Adiós. Ojalá no vuelva a verte nunca por aquí.

Roy estrechó la mano que se le tendía con firmeza.

—Adiós, señor. Muchas gracias.

CAPÍTULO II

El cielo estaba gris y nublado, tan frío como las piedras de la prisión que se cerraba a sus espaldas.

Quedó parado en la acera, allí mismo. Tenía levantado el cuello de la trinchera, y las manos hundidas en los bolsillos hasta los codos. El ala del sombrero proyectaba una oscura sombra sobre sus ojos. Era un sombrero nuevo. Sólo lo había usado tres veces: una, cuando lo compró en compañía de Katy; otra... aquella mañana de hacía dos años. Ésta era la tercera vez que se lo ponía.

Miró a ambos lados antes de empezar a cruzar la calle. Apenas había tráfico en aquel lugar. Le pareció que veía casas por primera vez, y le sorprendió el furgón de reparto del pan que atravesó por el otro lado.

Todo parecía extraño, irreal. Incluso aquella soledad espiritual que sentía dentro de sí.

De repente la vio. Estaba como recortada contra la pared de la acera opuesta. Quieta, inmóvil, con los labios apretados... Aquella figura fina y frágil, ceñida por un abrigo oscuro.

No la oyó lanzar ninguna exclamación. Ella, olvidándolo todo, corrió hacia él locamente.

No pensó que alguien podía mirar, no pensó que estaban en el centro de la calle. Se arrojó en los brazos del hombre apretándose furiosamente contra él, callada, silenciosa...

Roy rodeó su cuerpo y la estrujó contra él sin una palabra. Ahora podía sentir de nuevo, ¡como antes!, el suave roce del pelo en sus labios.

No oía nada. Sólo los agitados estremecimientos que sentía en las callosas palmas de sus manos, le decían que ella estaba llorando silenciosamente.

Roy la apretó más y movió su rostro hacia abajo rozándola las sienes con los labios apretados. Besó el pelo limpio de la muchacha,

lo besó sin despegar los labios.

Sus ojos se posaron sobre el oscuro abrigo de ella. Katy, que siempre insistía en que él vistiera bien, usaba un abrigo viejo, raído, gastado por el uso. Comprendió que lo había estado cepillando meticulosamente antes de salir aquella mañana a esperarle en la puerta de la prisión, y comprendió que ella no debía tener otra cosa que ponerse.

Los ojos de Roy se nublaron más, y sus dientes se apretaron con rabia.

Lentamente la apartó un poco deshaciendo el abrazo.

—Vamos, Katy —murmuró apagadamente—. Vamos a casa.

—¡Sí, Roy... a casa!

Un sollozo estranguló su voz en la garganta.

Sin cambiar más palabras, atravesaron las calles y viajaron en el autobús sentados uno junto al otro.

A través del ventanillo, Roy miraba la gente que caminaba por las aceras. Se sentía lejano, como si un invisible muro le separara de todo el mundo.

Bajaron del autobús y anduvieron por su calle. Algunas mujeres que hacían la limpieza con la puerta abierta, se le quedaban mirando al reconocerle.

Era Roy Vegly, acusado de asesinato, que se había librado por verdadero milagro de morir en «la silla».

Dieron la vuelta atravesando por el estrecho pasadizo para buscar la parte posterior de la baja construcción, y subieron los tres escalones.

Katy metió la llave en la cerradura, y entraron.

Era como si regresase de un largo viaje agotador, y se encontrara de nuevo con viejos amigos. Todo estaba igual, y sin embargo, todo era distinto.

Los pocos muebles que había comprado pensando en la próxima boda, estaban allí todavía, diseminados, como aislados en el pequeño vestíbulo.

Una casa modesta, la casa de un trabajador en el arrabal de la ciudad. Un dormitorio, un vestíbulo con cuatro butacas baratas, una diminuta cocina...

Con las manos hundidas en los bolsillos de la trinchera, Roy pasó sus ojos por todo lo que le rodeaba. Después los posó en los de

ella, que le estaba mirando tímidamente, como temerosa de su reacción.

Los estirados labios de Roy se distendieron en cansada sonrisa imperceptible.

—Todo igual... —murmuró.

—Ven... Entra.

Se quitó el viejo abrigo, y entró en la cocina después de dejarlo sobre uno de aquellos sillones hechos en serie. Roy la siguió.

Una nota de ternura inundó el pecho endurecido del hombre al verla inclinarse sobre el fogón para prepararle café. Como su abrigo, igualmente su vestido era barato y viejo. No había en ella nada de elegante. Sus manos blancas y finas estaban ásperas por el trabajo, y todo en ella revelaba la dura lucha sostenida durante aquellos dos años. Modesta, humilde, pobre. Pero en medio de aquella pobreza, como una brasa encendida que brillara entre la ceniza, su juventud y su belleza irradiaban ardientemente como un sol de esperanza que atraviesa la niebla y la rompe.

Depositó una taza delante del hombre, y le sirvió café. Después sacó de la nevera un trozo de mantequilla envuelto en papel parafinado, y una tarta sin empezar. Desenvolvió la mantequilla y cortó la tarta en rebanadas, acercándoselas en un plato. Luego se sentó a la mesa enfrente de él, mirándole.

Roy tomó un sorbo de café lentamente. Pensaba en muchas cosas. Pensaba en lo que ella había tenido que trabajar y luchar sola para proporcionarle a él las pequeñas comodidades que en la cárcel permiten. Pensaba también en que ella no se había cuidado para nada de sí misma, supeditándolo todo a él, pensando solo en que él encontrara la pequeña casa acogedora al regresar.

Con un leve movimiento de cabeza señaló la nevera, cuya blanca forma estaba pegada a la pared.

—Me dijiste que la habías vendido...

Ella le contempló con sus ojos ardientes.

—La venderemos ahora. Hará falta dinero...

—También ha hecho falta dinero. Lo que me llevabas a la cárcel no era regalado. ¿De dónde has sacado lo necesario para llevármelo?

—Yo... He trabajado... Encontré un empleo en un restaurante... en la cocina...

Roy calló. Probó aquel «cake» comprado por ella, aunque cada pedazo se le atravesaba en la garganta. Pero sabía que le proporcionaba una alegría comiéndolo.

Era así como ella había subvenido a sus necesidades mientras estuvo preso. Fregando los vasos y los platos en que otros hombres comían, negándose a sí misma un solo centavo para gastárselos todos en llevarle las cosas que él necesitaba.

Concluyó su café y retiró la taza. Luego, levantándose, se acercó a ella y puso la mano sobre su hombro.

Katy levantó los ojos mirándole ansiosamente.

Quería ver en él un destello de felicidad, un signo que le dijera que la terrible obsesión del hombre cesaba, y que él se entregaba por fin al único sentimiento que para ella tenía valor: a su amor de mujer.

Cerrándose sobre su hombro, los dedos de Roy la hicieron levantarse. Quedó pegada a él, mirándole a los ojos.

Los brazos del hombre se cerraron sobre su cuerpo, y se sintió estrujada, con poderosa pasión, como si él intentase fundirla consigo mismo. Sobre su boca entreabierta, se aplastó la boca endurecida del hombre, y sintió sobre los suyos la fiera dureza de sus dientes.

Katy cerró los ojos dejándose hundir en aquella sima profunda. Las manos poderosas de Roy se ceñían contra su espalda y su cintura como si quisieran destrozarla, como si intentasen romperla como a una caña quebradiza.

Y Katy alzó sus brazos enlazándole el cuello, dejándose así desmayada, inerte.

—Vámonos lejos, Roy —suspiró bajo su beso—. Podemos casarnos enseguida y marcharnos... Lejos... lejos... donde nada pueda recordarnos todo esto...

La ruda mano de él rozó su oreja antes de hundirse entre su pelo.

—Sí —murmuró—. ¡Maldito sea yo si te hago aún más desgraciada!

Su primera sensación fue de extrañeza. Después se dio cuenta de dónde se hallaba.

Era una cama ancha; tan ancha, que parecía un campo de base-ball.

Y él estaba allí encima, tumbado.

Se fijó en que estaba vestido, y sus miradas recorrieron despacio toda la habitación mientras su cerebro iba volviendo al momento que vivía.

Alguien le había cubierto con una manta para que no cogiera frío, pero debajo de ella estaba vestido. En mangas de camisa, sin zapatos. Allí al lado, cuidadosamente colocada sobre una silla, estaba su americana; un poco más allá, colgada de la percha de hierro que habían fijado en la pared, la trinchera y el sombrero.

Apartó la manta y se incorporó quedando sentado en el borde de la cama. Se encontraba en su casa, no en la prisión. Y aquella cama tan ancha, era la que habían comprado mucho tiempo atrás, cuando estaban a punto de casarse.

A sus oídos llegó, levísimo, el ruido que le había despertado. Katy trabajaba en la cocina. Debía ser bastante tarde.

Levantóse y se puso la americana. Entonces advirtió un pequeño bulto que llenaba uno de los bolsillos. Metiendo la mano extrañado, lo sacó.

Era un pequeño rollo. Quilo la goma que lo sujetaba. Doscientos dólares en billetes de diez.

Cuando salió a la cocina ya tenía su cubierto preparado en la pequeña mesa de plástico.

—¿Qué es esto? —preguntó a Katy mostrándole los billetes.

Ella, antes de contestarle, sacó los huevos fritos de la sartén y le acercó el plato.

—Anda, come y no preguntes tanto. Un hombre necesita dinero.

Trataba de mostrar jovialidad, aunque la sonrisa que mostraba en los labios estuviera impregnada de tristeza.

Era inútil seguir indagando. Conocía la respuesta a todas las preguntas que pudiera formular. Eran los ahorros de ella, el poco dinero que había conseguido guardar en espera de que él lo necesitase.

Sin decir una palabra más, lo dejó en el bolsillo y se sentó a la mesa.

—Voy a salir —dijo—. Buscaré una habitación para dormir. Tú te quedas aquí.

—No. Ya he pensado en eso. *Mistress* Baren, la vecina del piso de arriba, me cede un dormitorio. Lo ocuparé hasta que nos casemos.

Tú dormirás aquí.

Comieron la frugal cena que Katy había preparado. Cuando él se levantó, ella le acompañó hasta la puerta. En vano intentaba ocultar su agitación.

—¿Dónde vas, Roy?

—Tengo que ver a mi hermano —contestó él evasivamente—. Iré a «Rossy». Volveré temprano.

Se inclinó para besarla, y salió de la casa.

Con lentas zancadas atravesó las oscuras calles de aquella parte de Hoboken. Hacía ya horas que la gente regresara de sus trabajos, y el barrio estaba desierto. Sólo aquí y allá, de alguno de los pocos bares que había en aquella parte, salía algún hombre que se alejaba deprisa, o llegaba un nuevo cliente. Por un momento, al abrirse la puerta, podía verse la macilenta luz del interior.

Se detuvo ante el bar «Rossy». Su puerta, que se abría por debajo del nivel de la acera, permitía ver el interior por los cristales del montante, abiertos para proporcionar alguna ventilación al local.

Había poca gente. Al fondo, tres hombres estaban de espaldas a la puerta, inclinados bajo los dos potentes focos de una de las mesas de billar. A la izquierda, sólo uno de los extremos de la larga «barra» era visible.

Roy bajó la media docena de escalones y empujó la puerta cerrándola de nuevo tras él. Nadie volvió la cabeza para mirar al recién llegado hasta que éste estuvo junto a la «barra».

Entonces el dueño del bar le vio. La botella de cerveza que iba a servir en aquel momento, quedó en sus manos paralizadas, mientras sus ojos se abrían con alarma y temor.

—Hola, Roy... —murmuró sordamente, como si le hubiera visto el día anterior.

Dos o tres, de la media docena de clientes que ocupaban la larga barra, volvieron entonces la vista a él con interés y expectación. Le miraban sin atreverse a dirigirle la palabra, aunque le conocían de tiempo.

—Hola, Rossy —contestó Roy con voz sin matices—. ¿Y mi hermano?

Rossy no respondió, pero tampoco fue necesario. Roy acababa de interceptar la fugitiva mirada de temor que el tabernero dirigía hacia la mesa de billar.

Sin que su rostro granítico expresara ninguna emoción, Roy avanzó lentamente hacia el fondo de la sala. Sentía sobre sus espaldas las miradas fijas de Rossy y de los pocos clientes de la «barra». Cuando llegó a los dos largos escalones que atravesaban el local de parte a parte, dividiéndolo en dos mitades desiguales, quedó parado contemplando a los tres jugadores.

Ellos aún no se habían dado cuenta de su presencia, y seguían jugando.

Contempló a su hermano, tendido en aquel momento sobre la banda de la mesa para alcanzar su bola con la punta del taco.

No había cambiado mucho en lo referente a su rostro, pero sí en sus ropas y en su expresión. Ahora vestía con la misma exagerada elegancia que siempre lo hiciera Ángel Tavodi.

Bajo la potente luz de la pantalla que proyectaba su ancho círculo blanco sobre el paño verde, miró el rostro inclinado de su hermano. Antes solía llevar el pelo corto y un tanto descuidado; ahora lo llevaba largo, prolijamente peinado, rutilante de brillantina.

La azul americana cruzada se entallaba con exageración en su fina cintura y lamía las delgadas caderas del muchacho; con sus anchas rayas blancas, el traje parecía ideado para no pasar desapercibido.

El jugador lanzó su tacada y se incorporó; y el rostro de Roy se ensombreció más, con mueca de asco.

«Igual que Tavodi...».

La corbata colorada salía del cuello azul claro de la camisa, y describía un absurdo arco antes de ocultarse en el vértice del chaleco. Era como el asa de un botijo.

Aun no le habían descubierto. Los otros dos jugadores observaban el juego, de perfil a él.

Desde detrás del mostrador, inmóvil, sin atreverse a lanzar una voz, Rossy seguía observando la escena, mientras los demás clientes, como puestos tácitamente de acuerdo, se separaban de la barra mirando al fondo de la sala, poniendo un largo espacio de terreno entre sí.

Frankie Vegly dio otra tacada. Monk emitió un gruñido de aprobación. Con afectado movimiento rotativo de su mano, Ángel Tavodi daba tiza al taco...

La atmósfera de la sala se espesó haciéndose tensa cuando Roy bajó lentamente los dos escalones.

De un lado, dos veteranos del crimen y un aprendiz; del otro, solo, inmovible como una estatua de piedra, el hombre que había estado a punto de morir electrocutado por la traición de ellos, el hombre que acababa de salir de la cárcel.

Avanzó sin hacer un gesto.

Como si la candente atmósfera le hubiera perturbado los nervios, Frankie falló una tacada fácil.

Lanzó un reniego y levantó la cabeza.

Y quedó así, con una mano aún en la banda de la mesa, sosteniendo estúpidamente el taco con la otra, la boca contraída en una mueca de estupor, y el miedo bailándole en los ojos abiertos.

Tavodi le miró, y se volvió en el acto girando sobre sí. Y también Monk se volvió.

En el silencio sepulcral que se había hecho en el bar, oyóse nítidamente el roce áspero de la tiza sobre la badana del taco. Ángel Tavodi seguía el maquinal movimiento de su mano, sin darse cuenta de que todo el polvillo verde le caía sobre la manga.

Fueron unos segundos larguísimos, eternos, durante los cuales aquellos hombres cruzaron sus miradas midiéndose.

Monk dejaba su taco sobre la mesa, y se colocaba dos pasos detrás de su jefe; su mano derecha se hundió en el bolsillo de la americana.

También Frankie hizo lo mismo después de verle. Rodeó la mesa, y ocupó el otro lado de Tavodi.

Formaban así un rígido frente encarando a Roy.

La tensión se rompió. Ángel Tavodi acababa de recuperar el dominio de sí, al advertir que sus dos guardaespaldas estaban cubriendo a Roy.

Por su rasurado rostro se extendió una mueca casi protectora, y sonrió separando los labios hacia un lado. Sonreía así, mostrando toda la dentadura, desde que el especialista estético le había cubierto la ruña de sus dientes naturales con fundas blancas.

—Hola, muchacho... —dijo blandamente—. Con que te han soltado, ¿eh? Si lo hubiésemos sabido, habríamos ido a esperarte. Creíamos que tenías para tres años...

Roy le miró con ojos apagados sin contestarle. Era aquél el

individuo que le había llevado a realizar un atraco sin avisarle, el mismo que le había entregado la pistola con que matara a un hombre, para hacerle pasar por el asesino...

Era el hombre a quien durante los dos años que pasara en la cárcel, había destrozado mil veces con el pensamiento.

Era la misma alimaña, vestida por un sastre caro, llevando sobre sí aquella elegancia vulgar y rastrera que era como el uniforme del crimen.

Por la canallesca traición de aquel hombre y de sus tres pistoleros, él había estado al borde de la «silla», y la mujer que amaba se había visto reducida a la más extrema miseria, a la más negra desesperación.

Por la traición de aquellos asesinos, él había quedado marcado para toda su vida con el estigma del presidio.

La terrible cólera que Katy había tratado en vano de acallar, estalló destructora en su ancho pecho. Sintió en los pulsos el latido de la rabia, y cada músculo de sus potentes brazos, se estremeció con el ansia de matar.

Lentamente, avanzó hacia delante.

Ángel Tavodi seguía sonriendo. En el bolsillo de Monk, algo rígido se levantó apuntándole al corazón.

—Estás un poco trastornado, Roy —siguió Tavodi con un carraspeo de risa—. Vaya, muchacho, no te lo tendré en cuenta. Comprendo que debes estar un poco nervioso... Tiene que ser duro salir de la cárcel y encontrarse sin un centavo, ¿eh? Si es por eso...

Continuaba con el taco en la mano, y seguía dándole tiza; pero ya no maquinalmente, sino con deliberación. Quería demostrar lo dueño que era de sus nervios.

Detrás de él sonó el gruñido de Monk.

—Cuidado, Roy. No des un paso más.

—Déjalo, Monk... Roy es un buen amigo y ha venido a saludarnos. Es de agradecer que se haya acordado tan pronto de nosotros, ¿no te parece? Vamos. Roy, no seas tonto. Ahora habrás aprendido muchas cosas, y nos puedes ser de utilidad. Pregunta a tu hermano. A él le va bien con nosotros. Estoy dispuesto a darte un puesto...

Roy siguió callado a cinco pasos del gangster. Era cierto: en la cárcel se aprenden algunas cosas. No se vuelve uno mejor, pero se

vuelve más cauto. Aprende uno a medir las posibilidades y a sacar partido de los pequeños descuidos.

Sin desviar los ojos, observó a su hermano. Tenía un arma empuñada en el bolsillo de su americana y le contemplaba con los dientes apretados. Era aún muy joven y no había aprendido todavía a dominarse. Se le notaba nervioso.

Al otro lado Monk. También empuñaba un arma dentro del bolsillo, pero con cierto descuido. Confiaba plenamente en su terrible corpulencia de mastodonte, y se le notaba que se creía muy capaz de acabar con media docena de tipos como Roy utilizando solo sus manos.

—¿Qué te ocurre, Roy? —continuó Tavodi sin dejar de sonreír—. ¿Te has quedado mudo en la cárcel?

Roy dio un paso de costado. Quedó así equidistante de Monk y de Tavodi, cuyo cuerpo le cubría de la línea de su hermano.

No creía que su propio hermano llegara a disparar sobre él, pero... Sí, en la cárcel se aprende a ser precavido.

Por vez primera, desde que, entrara, su rostro dibujó un gesto. Era preciso estarle mirando muy bien para advertirlo. Fue apenas un leve estirarse de sus labios apretados.

—Eres un canalla cobarde, Tavodi —dijo pausadamente—. Sabes muy bien que ni tú ni Monk tendríais coraje para disparar aquí sobre mí. Vosotros sois buenos para asesinar por la espalda, pero no para matar a un hombre delante de testigos. Sois demasiado cobardes para eso.

No perdía ningún movimiento de Monk mientras hablaba, y advirtió la rabia que le estaba poseyendo.

—Las ratas como vosotros sólo atacan a traición —siguió diciendo. Creía lo que decía. Sabía que ninguno de aquellos pistoleros tenía coraje para atacar cara a cara, pero no ignoraba, asimismo, que nunca se puede saber por completo lo que un hombre puede hacer en un momento determinado. Él había visto en una ocasión cómo una rata nauseabunda, acorralada, se revolvía contra un «fox-terrier». Miró a Monk—. Y entre todas las ratas, tú eres la más cobarde, Monk. Un día te mataré.

El rostro patibulario y desfigurado de Monk reflejó la más abyecta de las rabias. Antes de que Tavodi pudiera impedirlo, dio un paso hacia delante.

Estaba seguro de su fuerza de orangután. Pesaba lo menos cuarenta libras más que Roy, y tenía una larga experiencia de luchador. Rebotando odio y ansias homicidas por sus sanguinolentos ojos, se lanzó hacia delante.

Fue fulminante como un rayo que cae antes de que la tormenta avise. Toda la impasibilidad de Roy se esfumó en aquella infinitesimal fracción de segundo. Su flexible y potente torso giró como un resorte de acero, y las ciento sesenta libras de musculatura de su cuerpo se centraron en su derecha.

Con agrio y sordo choque, el duro puño de Roy se estrelló demoledor contra la faz abotargada del pistolero machacándole la boca.

Fue como si una fuerza infernal largo tiempo contenida se hubiera desencadenado de repente, como si todos los abismos de odio y de pasión, como si todos los irresistibles deseos de venganza que durante aquellos dos años le habían torturado, tomaran forma en el terrible poderío de sus puños crispados.

Con fulmínea rapidez, en destructora sucesión, los rudos nudillos de Roy batieron impíamente el rostro de su enemigo.

No le dio tiempo a alcanzarle. Herido como un tigre antes de dar su traicionero salto, el coloso retrocedió dando un traspié, con el rostro atrozmente magullado.

No lo había esperado. Había creído que Roy no se atrevería con él, que temblaría al verlo avanzar. Y acababa de recibir el castigo de su torpeza.

El corro de separados parroquianos se cerró acercándose. En el rostro de Rossy se reflejó la fría tensión que llenaba el ambiente.

No era una pelea cualquiera. Sabía que Tavodi y Monk no aguantarían aquello; sabía que con aquel ataque arrollador, Roy había firmado su sentencia de muerte.

La ruda personalidad de los dos combatientes se apoderó de él, y fijó sus ojos en ambos esperando que Monk se recobrase.

Había caído derribado contra la esquina de la pared, y se restregó el ensangrentado rostro con el dorso de la mano. La contemplación de la sangre pareció enfurecerlo más, y lanzó un rugido dando un salto.

Roy le esperaba a pie firme. Había tenido razón: Ángel Tavodi no se atrevía a hacer uso de sus armas, exponiéndose a matar a un

hombre delante de testigos.

Ángel Tavodi era demasiado precavido para eso. Apoyándose tranquilamente contra la mesa, aguardó que Monk se recuperase de la sorpresa y acabara con aquel hombre que había tenido la osadía de enfrentársele.

Se lanzó colérico y salvaje el mastodonte pretendiendo arrollar a Roy con su terrible corpulencia.

Pero el presidiario conservaba el frío dominio de sus nervios.

La feroz tenaza de los dedos de Monk pasó rozándole cuando él se hizo a un lado.

Y como terrible catapulta de hierro, como el férreo ariete manejado por un antiguo guerrero, la maza de su puño se disparó contundente alcanzando a Monk tras la oreja.

Se oyó el ominoso crujido de los huesos al chocar, y Monk quedó un segundo como paralizado.

No lo perdió Roy. Fríamente, sin hacer un solo movimiento falso, golpeó de nuevo.

El aspa de sus largos y potentes brazos restalló tres veces consecutivas.

Monk abrió los brazos buscando el cuerpo a cuerpo, y se abalanzó sobre él.

Pero fue en vano. Roy retrocedió pulgada a pulgada, golpeando siniestramente el rostro destrozado de su enemigo. Era una sucesión de impactos perfectamente calculados, en los que no se perdía un solo impulso de fuerza.

La boca entreabierta, espumeante del gigante, quedó sellada por un destructor directo que hizo restallar las quijadas con chocar de huesos, y de los labios aplastados brotó de nuevo la sangre.

—¡Mátalo, Monk! ¡Mátalo, maldito seas! —rugió Tavodi, enfurecido al ver que toda la tremenda humanidad de su pistolero no era capaz de abatir al hombre que lo machacaba.

Un nuevo esfuerzo del coloso le hizo chocar con Roy. Era un movimiento desesperado en el que ponía sus doscientas libras de peso.

Roy retrocedió al recibir el choque que no pudo evitar, y sintió la potente garra del pistolero asiéndole la garganta.

Contra los músculos oponiéndose a la mortal presión. Pero era una mano acostumbrada a las presas de la lucha libre, eran unos

dedos agarrotados que apretaban como las fauces de un dogo.

Bajando sus manos. Roy golpeó el estómago de su contrincante. Lo golpeó frenéticamente, sintiendo que el aire empezaba a faltarle.

Fue en vano. A sus oídos, que empezaban a zumbarle, llegó el alarido feroz de Tavodi:

—¡Destrózalo, Monk! ¡Enseña a ese perro lo que puedes hacer!

En la córnea ensangrentada de Monk se retrataba un ansia homicida.

Roy encogió todos los músculos de su ancho torso, crispó las piernas, dobló el tronco, y puso en juego cada fibra de su cuerpo.

Y con supremo y titánico esfuerzo, asió al gigante con las zarpas de sus manos por la bragadura de los pantalones y por la pechera de la chaqueta, y lo atrajo sobre sí.

Y tendiendo su cuerpo con toda su potencia, levantó en vilo al coloso.

Un alarido de estupor se alzó de las gargantas de los circundantes. Monk, el terrible Monk, el cerdo gigante a quien todos temían, acababa de ser izado como un pellejo de vino.

Y Roy, acabando su feroz impulso, lo arrojó lejos y lo estrelló contra el suelo.

Fue como si acabara de desgajarse una peña de alguna montaña. El tremendo corpachón cayó exánime contra el pavimento con un sonido sordo, como una masa muerta.

Quedó inmóvil contra las losas... Luego, apoyó las manos en el suelo y trató de levantarse. Y de nuevo se derrumbó sin fuerzas, vencido y humillado.

La gente estaba paralizada. En las miradas de Frankie Vegly había una extraña expresión, mezcla de incredulidad, de miedo y de orgullo.

Tavodi dejó caer el taco, y se metió la mano bajo la chaqueta buscando su pistola en la sobaquera. Retrocedió paso a paso ante el avance de Roy, hasta que sintió tras él el contacto de la mesa impidiéndole seguir su retirada.

Lentamente, inexorablemente, Roy se le aproximaba.

—¡Te mataré si te acercas! —barbotó el pistolero.

Pero Roy conocía bien con qué clase de gente trataba. Aquel hombre no se atrevería a desafiar la «silla» cometiendo un asesinato ante testigos.

Llegó a su altura, y levantó la mano. Sin cerrarla, abierta. Y con feroz pasión, inmovible el rostro pétreo, ¡zas, zas!, cruzó la cara del asesino con humillante revés.

Las bofetadas sonaron estridentemente en el local, llenando de estupor a los que lo presenciaban.

¡Era imposible! ¡Era imposible que alguien se atreviera a castigar así a Ángel Tavodi, el hombre que no perdonaba, el pistolero que imponía en Hoboken la ley de su pistola!

Y, sin embargo, así era.

Acoquinado, sin coraje siquiera para sacar su arma, Tavodi aguantó sobre el rostro la quemadura de las bofetadas.

Roy sintió que la falta de defensa le encolerizaba. Aquella miserable víbora aguantaba todo sin defenderse, no teniendo a su favor la ventaja de la impunidad.

Lo vio cómo un sapo, como una sabandija repulsiva a la que mejor sería aplastar.

Y ciego de ira, olvidando lo prometido a Katy, alargó su diestra y cerró sus dedos sobre el cuello mantecoso del pistolero.

Así... Así... Era lo que había pensado hacer cuando estaba en la prisión. Apretar, apretar ir exorablemente... Echar luego un poco hacia atrás apretando con los férreos pulgares bajo la garganta del asesino, y forzarle el cuello hasta sentir bajo sus dedos el chasquido de las vértebras cervicales al romperse...

Ángel Tavodi se crispó con angustioso espasmo y trató de asir las manos de Roy para hacerle aflojarlas.

Pero era imposible. No había poder humano capaz de aflojar aquella mortal tenaza.

Roy apretó echándole la cabeza hacia atrás, a punto de romperle el cuello.

Pero súbitamente se detuvo.

Un objeto duro se clavó en sus riñones, y una voz desesperada, con la desesperación del que está dispuesto a todo, del que ya no es capaz de discurrir ni de dominar sus nervios, sonó a su espalda.

—¡Suéltalo o te mato!

Roy se detuvo. Por un segundo no comprendió. Luego, la luz de la inteligencia penetró en su mente.

Soltó al «gangster» que se derrumbó gimiendo sobre el suelo, y se volvió hacia su nuevo atacante.

A cinco pasos de él, cubriéndole inexorablemente con el oscuro cañón de una «Lugger», el otro hombre le apuntaba al corazón. Era Frankie Vegly. Su propio hermano.



«Era Frankie Vegly, su propio hermano.»

Los parroquianos que presenciaban la terrible lucha saltaron para apartarse de la espalda de Roy, dejando libre el camino que

podían recorrer las balas.

Pensaron que había llegado el fin, cuando vieron que Roy se acercaba a su hermano paso a paso.

Levantando su arma, apoyando el codo contra sus propios riñones, Frankie se apretó contra la mesa encañonando a su hermano.

—No te acerques, Roy. Te conozco demasiado bien, y no voy a permitírtelo. No vas a hacer conmigo lo que has hecho con éstos. ¡Da un paso más y te clavo en el sitio!

Roy se detuvo mirándole a los ojos. Vio claramente en la mirada de su hermano, sin lugar a ninguna duda, el brillo siniestro del asesino.

Eso habían hecho con su hermano desde que él estaba en la cárcel: un asesino, un cobarde como ellos.

Su voz sonó cansada, como vencida.

—Guarda esa pistola, Frankie. Yo no voy a levantar la mano contra ti. Guarda tu pistola, hermano.

Por un instante, algo parecido a una sombra de emoción cruzó por el rostro de Frankie. Pero fue sólo eso: un instante.

Inmediatamente recuperó su anterior expresión, y amartilló su «Lugger» con mayor dureza.

—¡Márchate! ¡Fuera! ¡Lárgate antes que te atraviere a balazos!

—¿Por qué me hablas así? ¡Qué han hecho estos canallas contigo! Ven conmigo, Frankie. Deja a esta manada de ratas asesinas.

Una brutal carcajada fue la respuesta que obtuvo.

—Ir contigo... —contestó Frankie con desprecio—. ¡Contigo! ¿A qué? ¿Puedes decírmelo?

—A ser un hombre, Frankie.

—¿Un hombre? ¿Tú eres un hombre? Te dejaste atrapar como un idiota por un solo policía, porque no tuviste el coraje de «asarlo», y ¡dices que eres un hombre! ¿Un hombre? Tú no eres más que un pobre desgraciado. Un imbécil. ¿Te crees que soy como tú? ¡Pues te equivocas! —gritó golpeándose el pecho con el puño izquierdo—. ¡Yo estoy hecho de otra pasta! ¡Y soy distinto! No quiero ser un pobre diablo como tú, un muerto de hambre. ¿Supones que voy a permitir que mi chica ande como la tuya?

Parado a pocos pasos, sintiendo clavados en sí al mismo tiempo

los ojos homicidas de su hermano y el cañón de la «Lugger», Roy no pestañeó. Sus labios se despegaron apenas.

—No sabía que tuvieras novia...

—¡Pues la tengo! Pero no una miserable zarrapastrosa como la tuya, no una mujer que se arrastra fregando suelos como un perro apaleado. No —continuó con torcida y agria sonrisa de orgullo—. Mi chica es otra cosa. Ella es una dama, una verdadera dama, no una fregona como la tuya. Ella es artista. Te extraña, ¿no? Tú te creías muy listo. Ibas a llegar muy lejos. ¡Pues aquí me tienes a mí! ¡Compárate si quieres! Compara los andrajos que viste esa desgraciada de Katy, con los vestidos que yo le regalo a mi chica. Puaf... ¡Ir contigo! ¡Trabajar como un esclavo con las manos llenas de grasa y mover el rabo agradecido cuando te pagan un asqueroso jornal! Eso está bien para los esclavos como tú, pero no para Frankie Vegly. Yo puedo comprar vestidos de quinientos dólares, y sortijas de mil. Mientras tú te repartes un pedazo de tocino asado con ésa, desgraciada, yo llevo a mi chica a cenar a «Sandy's».

¡Yo estoy hecho de otra pasta! ¡Lárgate!

Palabra a palabra, sin interrumpirle, Roy escuchó impávido todo el discurso de su hermano.

Derrumbado aún junto a la mesa, Ángel Tavodi respiraba lanzando estertores.

En el ángulo, derrumbado junto a la pared, la mole del cuerpo de Monk empezaba a agitarse volviendo en sí sin que nadie se le acercara.

Roy sentía que cada palabra de su hermano había encendido en su pecho hogueras de rabia, ansias terribles de hacerle callar de un manotazo.

Cada vez que aludía a Katy con aquellas palabras desdeñosas, cada vez que lanzaba un insulto sobre ella, todas las fibras de su ser le impulsaban a saltar sobre su hermano y aplastarle como acababa de aplastar a los otros dos.

Sin embargo, no le interrumpió. Le dejó hablar. Tragó todos los insultos que a él le dirigía, y lo que siempre hubiera creído imposible, tragó también los que dirigía a Katy.

Cuando Frankie concluyó y se paró jadeando, Roy se limitó a mirarle largamente al fondo de los ojos. No encontró nada. Sólo el

brillo obscuro y amenazador de los homicidas a sueldo, sólo ese brillo siniestro que los hombres creen patrimonio exclusivo de los lobos.

Sin decir una sola palabra, Roy giró lentamente y se alejó hacia la puerta.

CAPÍTULO III

Las ventanas de los rascacielos recortaban sus luces amarillas contra el cielo negro.

El «*ferry*» de las 22.30 alcanzaba en aquel momento la orilla de Manhattan, y dejaba oír el corto silbido de su sirena demandando atraque.

Desde la orilla de Hoboken, todo encendido bajo la noche, se podía contemplar el grandioso espectáculo del sur de Nueva York, tan popularizado por las fotografías en colores y tarjetas para turistas.

Pero el pensamiento de Roy estaba muy lejos de sumirse en la contemplación de la magnífica ciudad que le viera nacer.

Eran otras mil sensaciones las que le embargaban. Y entre ellas, las producidas por su hermano y por el recuerdo de Katy acudían de continuo a su mente.

Había podido apreciar claramente que no había salvación para su hermano. Estaba completamente hundido en el cieno de las ganancias fáciles y criminales.

Tal vez aun pudiera regalar muchos vestidos «de quinientos dólares» a su «chica» a aquella «verdadera dama» que era artista...

Cada centavo de aquellos dólares estaría sucio de sangre. Hasta que un día Frankie pagara gota a gota aquella sangre, formando con la suya un charco sobre el asfalto de una calle.

No sabía cómo había podido contenerse para no destrozarle a golpes cuando se atrevió a insultar a Katy. Hay en el alma humana misterios insondables que uno mismo no llega nunca a descubrir.

Ahora que la furia que le quemaba las venas se había desahogado en rabiosos golpes, ahora que había tenido a su merced, tendidos bajo sus pies, a los principales culpables de la traición que le llevara a presidio, los ánimos de Roy se apaciguaban.

Era como si después del vendaval que con tanta rabia encrespara

las aguas de su espíritu, hubiera llegado la calma de las altas presiones atmosféricas.

Podía pensar ahora con mayor claridad.

Nítidamente, escuchaba muy dentro de sus oídos las palabras que su hermano había dicho de Katy.

«Una zarrapastrosa... una fregona mal vestida...».

Sintió Roy que un estrecho nudo se formaba en su garganta.

Sí: ella había renunciado a todos los adornos que tanto encantan a las mujeres; ella había aceptado el trabajo más duro y la existencia más amarga. Y lo había hecho... ¡por él!

¡Qué podía saber su hermano lo que era una dama!

Lentamente caminó por la orilla del invisible Hudson, dejando a su derecha los vagones y las vías.

Se sentía bien allí. Mejor que se había sentido nunca desde hacía dos años.

Los vagones abandonados y las vías muertas por el descanso nocturno, eran sombras inmóviles y fantásticas bajo el manto de la noche.

Únicamente una solitaria bombilla brillaba aquí y allá, colgada de un poste.

A veces, del río, subía el alarido ronco de una sirena, o la ingente mole de un barco surgía de repente silenciosa y oscura resbalando por las profundas aguas en busca del Océano.

Roy apoyó sus anchas espaldas contra los hierros de un vagón, y extrajo una cajetilla. Tuvo que alisar el cigarrillo con los dedos: estaba completamente arrugado después de la pelea sostenida poco antes. Raspó un fósforo, y aspiró profundamente.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, cuando el carraspeo de una tos le hizo volverse y mirar.

Vio un hombre. Estaba quieto, parado junto al poste con las manos en los bolsillos de la trinchera. La macilenta luz que bajaba de la bombilla suspendida en lo alto, caía sobre su sombrero convirtiendo su rostro en un borrón invisible.

Roy se quedó mirándole. No le reconocía. Pensó que Ángel Tavodi se había dado prisa, y que alguno de sus esbirros había ido siguiéndole.

El hombre se despegó del poste y avanzó hacia él despaciosamente. Quedó a escasos pasos de distancia. Entonces,

quitándose el sombrero, hizo que la luz le diera en el rostro.

—Hola, Roy —murmuró, volviendo a cubrirse.

—Hola.

El hombre volvió a meterse las manos en la trinchera, y se acercó hasta recostarse también en el vagón. Su voz era reposada, ligeramente burlona.

—Hermoso panorama, ¿verdad? Mucha gente sueña con poder contemplarlo...

No obtuvo respuesta. Roy pisó la punta de su cigarrillo, y continuó impassible mirando hacia delante.

—Y, sin embargo es un poco peligroso... Demasiado solitario... Es la clase de lugar que Ángel Tavodi prefiere para realizar sus hazañas cuando un tipo le molesta.

Tampoco obtuvo respuesta esta vez.

—Tú le molestas, Roy.

Callando, Roy sacó de nuevo el paquete de cigarrillos y extrajo uno. Notó que estaba rolo, y lo tiró. Lo mismo le ocurrió con el siguiente.

A su lado sonó al mismo tiempo el chasquido de la tapa de una pitillera, y un breve rumor de risa.

—Suelen romperse... cuando se hacen ejercicios violentos. Los míos están enteros.

Roy aceptó el cigarrillo que le tendían y la lumbre que el otro le daba con el mechero. No se molestó siquiera en dar las gracias.

—Eres un hombre afortunado, Roy. Tienes muchas cosas. Uno de los espectáculos más hermosos del mundo para contemplarlo gratuitamente, una mujer que te quiere... —volvió a reír con aquella risa grave, apagada, tranquila, de hombre completamente seguro de sí mismo—: Claro que... «no es una dama...».

—¡Cállese!

—... Y también tienes la libertad... «no comparada al oro...».

Carraspeó de nuevo una breve risa, más afectuosa que burlona, y continuó hablando.

—Sí, Roy. Por todo eso creo que eres un hombre afortunado. Lo pensé así anoche, cuando siguiendo mis instrucciones, el Gobernador de la prisión me avisó que serías puesto en libertad hoy mismo. ¿Qué tal andas de psicología, Roy?

Aguardó como si esperase una respuesta, aunque sabía muy bien

que sólo iba a obtener silencio.

—Yo tengo «sobresaliente» en esa materia —dijo zumbonamente—. Así que empleé mis grandes conocimientos del alma humana, y me dije: «¿Qué es lo que hace un hombre cuando es afortunado?». Y mi vieja y profunda ciencia, me contestó en el acto...: «Hacer lo necesario para volver a ser desgraciado».

Se puso a su vez un cigarrillo entre los labios, y le prendió fuego.

—Por eso, cuando saliste esta mañana, yo te estaba esperando en la calle. Oh, tú no me viste... Sólo tenías ojos para aquella encantadora muchachita que se echó en tus brazos.

—¡Le he dicho que se calle!

—... Una mujer de las que entran pocas en libra —siguió diciendo sin hacer caso de la interrupción—. Dicen que Diógenes andaba buscando un hombre con un candil. Bueno, no sé si será verdad, pero al menos eso es lo que dicen... Nunca lo encontré. Tú has tenido más suerte que el viejo loco: Tú has encontrado una mujer —se interrumpió un instante, y continuó apagadamente, como si recitara—: El mundo lleno de caminos... la libertad, una verdadera mujer, y una vida por delante... ¡Demasiada suerte para que un hombre se conforme con ella!

De nuevo se echó a reír, y su voz reasumió el tono zumbón y ligero del principio.

—¿Ves para qué sirve la psicología? Hay espíritus superficiales que creen que es una ciencia inútil. Se equivocan. A mí me es de gran utilidad. Si yo no tuviera un dominio tan absoluto sobre ésa, difícil ciencia, habría pensado: «Hoy está en libertad. Su novia, que lleva dos años matándose a trabajar para ayudarle, le está esperando ansiosamente. Por lo tanto se casarán y se marcharán lejos, a cualquier Estado del Oeste donde no se encuentren con... viejos conocidos». Pero la psicología ha acudido en mi ayuda dándome un consejo. Lo he seguido, Roy. Por eso, cuando vi que Ángel Tavodi entraba en el «Rossy» me quedé cerquita esperándote.

Esta vez Roy giró su cabeza hacia el otro hombre.

—Si es así debió ver que ellos llevaban armas.

—Ciertamente.

—No sé lo que dirá la «psicología», pero la Ley dice que eso es un delito. ¿Por qué no los detuvo?

—Oh, no —contestó el otro—. ¿Por llevar armas ilícitamente? Un par de meses a lo sumo, o menos si buscan un buen abogado. No, Roy. A Ángel Tavodi y sus «muchachos» no los quiero detenidos. Los quiero en «la silla» o atravesados a balazos.

Quedaron callados durante largos segundos. Un tetramotor cruzó la noche.

El hombre se volvió ligeramente hacia Roy.

—Tú puedes ayudarme...

—¡No! —contestó Roy rotundamente. Y enseguida, como si a pesar de su dureza lamentara haber sido tan seco, añadió—: Lo siento, capitán...

De nuevo rió el llamado capitán.

—Lo suponía. Bien, dejemos este asunto. Ah, y ya no soy capitán. Dejé el puesto, Roy. Descubrí que es muy molesto pertenecer a la Policía Metropolitana y tener que quedarse con la boca abierta, sin poder hacer nada, con sólo que uno de esos canallas se meta en el «ferry» o en el «túnel», y cruce a la otra orilla del Hudson. Ahora pertenezco al

F. B. I.

Hay más libertad de acción —añadió disponiéndose a marchar—. ¿Vamos?

—Me quedo todavía.

—¿Estás muy empeñado en que te «frían», Roy? Si alguno de los de Tavodi te encuentra solo por aquí, no doy un níquel por tu pellejo.

Roy asintió. Lentamente, empezó a caminar junto al agente cruzando las vías.

—¿Por qué no te marchas? —preguntó el agente sin que en su voz quedasen vestigios de ironía.

—No. Todavía no. Pero quizá me marche más adelante, dentro de algún tiempo.

—Estás loco. ¿No te das cuenta de que llevas las de perder, por cualquier lado que tires? Si continúas adelante en tus deseos de venganza y matas a alguno de esos miserables, serás condenado a la «silla», por muy canalla que sea la rata que aplastaste. Si te descuidas, después de la terrible paliza que has dado a esos dos sapos, te limpiarán. No lo harán a la luz del día, no... Esperarán el momento oportuno, que no dejará de presentárseles. Sólo tienes una

solución si deseas hacerles pagar lo que te hicieron. Ya te lo he dicho: Ayúdame a «cazarlos», y la «silla» se encargará de vengarte.

—Ya he dicho que no.

—Entonces márchate. Te matarán a la vuelta de una esquina, cuando menos lo esperes. Ángel Tavodi no perdonará jamás lo que le has hecho esta noche, y ese bestia de Monk menos aún. ¡No pararán hasta tomarse el desquite! Y no son gente que se pare en escrúpulos. En cuanto a tu hermano... Siento decirte que Tavodi le ha comprometido de tal manera, que nada podrá salvarle de morir electrocutado si llegamos a comprobar lo que ya son más que sospechas, lo que es completa certeza. No te fíes de tu hermano, Roy. Es lamentable que tenga que decírtelo, pero no es mejor que los demás. Anda con una mujer de lo más vil que puede dar su sexo. Una especie de sanguijuela insaciable. Trabaja en un «*night-club*», si puede llamarse «trabajar» a mostrarse desnuda al público.

Los dos hombres habían cruzado todas las vías, y caminaban por la acera de la desierta calle, rumbo al domicilio de Roy.

Éste escuchaba lo que su acompañante le iba diciendo. Ya sabía que no podía fiarse de su hermano. Bien claro se lo había demostrado. Y al pensar que Tavodi lo había, convertido en lo que era, su odio por el «gangster» se agudizaba deseando aplastarlo bajo sus pies, matarlo a patadas como a un perro miserable.

Se detuvo ante el pequeño pasadizo que daba a su casa, y se volvió hacia el agente.

—Bien. Creo que no hay nada más que decir.

El otro le miró unos segundos como sopesándole.

—¿Necesitas dinero?

—No.

—¿Tienes trabajo?

—Lo encontraré.

—Puedo dejarte dinero para el viaje. Ya me lo devolverás.

Roy hundió las manos en los bolsillos de la trinchera y se volvió hacia dentro.

—Gracias —contestó alejándose—. No es necesario.

Ya solo, subió los peldaños que comunicaban el oscuro patio con su casa, y apretó el timbre.

Como suponía, Katy le estaba esperando. Lanzó un suspiro de alivio al verle aparecer.

—Roy... Estaba impaciente. Tenía miedo...

La rodeó la cintura y entró con ella en la cocina. Allí, retirándola un poco de sí, la miró largamente.

Como si adivinase sus pensamientos, Katy enrojeció levemente llevándose al pecho las palmas de sus manos abiertas.

—No me mires así. Ya sé... que no estoy muy guapa con este vestido. Hubiera querido ponerme algo maravilloso para recibirte, para que estuvieses orgulloso de mí. Pero... sólo puedo ofrecerte esta pobreza.

Roy la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos.

—¡Bendita sea esta pobreza tuya! —murmuró quedamente junto a su pelo—. Aunque fulgieran diademas de diamantes sobre tu pelo negro, no podría amarte más de lo que te amo, ni respetarte más de lo que te respeto.

Aunque hacía mucho tiempo, cuando se vio la causa, había estudiado detenidamente el caso y depuesto en el juicio seguido contra Roy Vegly por el asalto a la «Madras Importer Company» y el asesinato de un empleado, Fred Crosley, volvía a repasar aquella noche los atrasados legajos, tratando de descubrir alguna pista que le hubiera pasado desapercibida.

El Cuartel General del

F. B. I.,

en Nueva York estaba completamente silencioso. Tal vez alguno de sus despachos, cerrados herméticamente, albergaba en aquellos instantes algún otro agente que, como él, intentaba penetrar a través del intrincado misterio de algún caso que parecía insoluble.

Fred Crosley concluyó de leer y apartó el voluminoso montón de hojas echándolo atrás sobre la mesa.

Con el ceño fruncido por el esfuerzo de concentración, repasaba hecho por hecho los lejanos sucesos. No descubría nada nuevo. Había indagado entonces, siendo aún capitán de la Policía Metropolitana de Nueva York, el crimen cometido y los antecedentes de Roy Vegly, y llegaba siempre a la misma conclusión: aquel hombre era inocente.

No sabía de qué manera se había visto comprometido en los luctuosos hechos; era eso algo que el preso hubiera podido aclarar, que le hubiera convenido aclarar en descargo propio.

Fred Crosley recordó lo duramente que tuvo que luchar entonces

para llevar al ánimo del Fiscal la convicción que él tenía de que aquel hombre no era un criminal, sino otra víctima.

Le había salvado la vida, pero no había podido impedir que fuera condenado a presidio.

Entonces, en el rostro granítico del preso, había leído claramente la razón de su silencio. Después, una sola frase de aquel hombre duro e inmovible, había acabado de aclarárselo. La recordaba nítidamente....

«—Hay cosas que un hombre tiene que hacer por sí solo».

Ése era el secreto. No quería que la Justicia, en uso de sus legítimas atribuciones, capturara a los verdaderos culpables y les diera el castigo que merecían. Quería hacerlo él mismo, con su propia mano. Le hubiera parecido una cobardía dejar a cargo de la Justicia la venganza que su corazón le pedía. Y por eso, aun exponiéndose a ser condenado a muerte, había preferido callar.

No era ésa la actitud que Fred Crosley debía estimular. Como representante de la Justicia, tenía el deber de impedir que los hombres se la tomaran por su propia mano. Sin embargo, cuando pensaba en ello, le era preciso reconocer que el sentimiento de admiración que le inspiraba Roy Vegly se debía en gran parte a aquella manera de proceder.

Pero aquel deseo de venganza le iba a llevar por fin a la muerte.

Fred Crosley lo sabía. Había presenciado la terrible lucha que Roy sostuviera con Tavodi y Monk, y el violento encuentro con Frankie Vegly.

Ángel Tavodi había quedado desacreditado, a menos que demostrara que nadie podía hacer aquello con él.

Recogió los pliegos que acababa de leer, los ató de nuevo con la cinta, y levantándose los colocó en el archivo.

Apagó la luz de la pantalla, y salió de su despacho.

En el pasillo no había nadie. Sólo en cada rellano de la escalera, un agente aburrido se paseaba tratando de matar el tiempo mientras duraba su turno de guardia.

Crosley se detuvo ante otra de las puertas y llamó con los nudillos. Cuando oyó la voz a través de la hoja, hizo girar el pestillo y entró.

—Buenas noches.

—Hola, Crosley. ¿Qué novedades hay? ¿Vio a ese hombre?

Crosley entró, tomando asiento familiarmente en el sillón que había a la parte de acá de la mesa.

—Sí —contestó mirando al inspector Arthur—. Estuve en contacto con él todo el día. Por la noche incluso le hablé —hizo un gesto lanzando un chasquido con los dedos, y exclamó—: Se ha empeñado en que lo maten.

El inspector Arthur se recostó contra su sillón. Era un hombre cercano a los cincuenta, de corto bigote grisáceo y fuerte mandíbula. Sus ojos acerados tenían la expresión del que no se conmueve fácilmente.

—Entonces está ocurriendo lo que usted suponía...

—Así es. Estoy tan seguro de que ese hombre fue condenado siendo inocente, como de que la Estatua de la Libertad tiene una antorcha en la mano.

—Sin embargo, él no se defendió.

—Eso es lo peor —contestó Crosley—. Lo dejaba para otro momento. Y ese momento... ha llegado.

—¿Qué quiere decir?

—Roy Vegly ha cogido esta misma noche por su cuenta al jefe de la banda y a uno de sus satélites y les ha dado la paliza más grande que registran los anales de la Nación. Ha estado a punto de matar a uno de ellos, a Ángel Tavodi.

—¿Y usted lo ha estado viendo?

—Huuumm... Y puedo asegurarle que ha sido algo colosal. ¡Ese tío tiene dinamita en el cuerpo!

—¿Y no ha intervenido usted?

—Esperé al último momento, y luego no fue necesario —volvió a reír—. Tengo que reconocer que he estado especulando con la muerte. Sí: Roy Vegly ha machacado a los dos sapos, pero luego poco faltó para que lo pagara con la vida. Han estado a punto de matarle.

—¿Quién?

—Su hermano. Frankie Vegly.

Estiró las piernas retrepándose en el sillón:

—Estuve aguardando, listo para entrar en acción en el crítico momento. Quería que alguno de ellos disparase, confiando en que Roy esquivara el primer disparo. ¡Los hubiera cazado a todos! ¡Qué asado hubiera hecho! —Se dio cuenta del gesto de desagrado de su

superior al escuchar su brutal referencia a la «silla», y sonrió con extraña mueca—. No se escandalice, señor. Cuando se habla de gente como Ángel Tavodi y sus pistoleros, se pueden emplear expresiones como la mía, aunque parezcan bárbaras. Es lo mismo que hablar de cerdos. Pero no hubo suerte. El joven Vegly no llegó a disparar sobre Roy. A pesar de tener la ventaja de su pistola, yo creo que tuvo miedo de su hermano.

El inspector Arthur tamborileó con los dedos sobre el pupitre.

—Según están las cosas, creo que hemos de temer que ocurra algo grave en plazo no lejano.

—Harán lo que puedan para matarlo. A poco que él se descuide, lo liquidarán. Tavodi no perdonará lo que le ha hecho.

—¿Le ha puesto escolta?

—¿Escolta a Roy Vegly? Sería él el primero en tratar de escabullirse de ella. No, señor, no le he puesto escolta. Yo personalmente me encargo del asunto —meditó un segundo, y añadió con voz ponderativa—: Si nos favorece un poco de suerte, atraparemos a Tavodi y sus pistoleros cuando intenten «cargarse» a Roy. Entonces no tendrán salvación posible.

—¡Pero está poniendo como cebo la vida de un hombre!

Crosley se levantó haciendo intención de marcharse.

—No —contestó—. No estoy poniendo ningún cebo. Solamente intento sacar partido de las circunstancias. Ese hombre acaba de tirar su vida como una moneda al aire. Yo estoy esperando a ver si sale «cara» o «cruz». Buenas noches, señor.

Fred Crosley salió del despacho de su jefe, abandonando el edificio del Cuartel General, y se metió en el «subway» haciendo el viaje hasta su casa. Había salido muy temprano, y no había vuelto en todo el día ni a comer ni a cenar. Tenía ganas de darse un buen baño y de tomar una taza de caldo casero, del que su mujer solía preparar, y que, a pesar de todo lo que dijeran, él prefería a lo que le dieran en el mejor restaurante.

Subió las escaleras, de dos en dos, y abrió con su llavín, cerrando tras él. Su mujer estaba en la cocina y no le oyó llegar. La vio desde la puerta, escuchando el aparato de radio puesto como en sordina.

—Oh... Qué susto.

—Hola —rió él encantado—. ¿Y Any?

—Acostada. ¿Qué hora te crees que es?

—Ya sé. Muy tarde.

—Anda, siéntate a cenar y no la molestes.

—Ya cené. Sólo dame una taza de caldo caliente. Voy a...

—No la despiertes, Fred.

Fred Crosley se echó a reír saliendo. No, no quería despertarla. Sólo verla un instante dormida.

Entró en el pequeño cuartito contiguo al suyo de matrimonio, y se acercó de puntillas a la diminuta cama, en cuyos pies y cabecera hacían gestos cómicos osos y elefantes pintados.

La niña dormía, plácidamente con toda la profundidad de sus tres años. Débil y suavemente, la luz que llegaba de la cocina ponía una leve claridad sobre sus mejillas y sobre su pelo dorado, y acentuaba la oscura «media luna» que las largas pestañas rizosas de la nena dibujaban bajo sus ojitos cerrados.

«—Mi hija...» —pensó mirándola.

Siempre le ocurría lo mismo. Aunque ya hacía cuatro años que se casara, siempre aquello le parecía nuevo. Aún no se había acostumbrado a pensar que era un hombre con «mujer e hija», un «hombre serio con familia».

Pensó en lo que sería de ellas si él les faltara, y el recuerdo de Roy Vegly y de su novia cruzó por su mente. Sintió que sólo el pensamiento de que a él y a su mujer les ocurriera algo parecido, le paralizaba el corazón.

Olvidó que era un policía, y sintió únicamente como un hombre.

«—Si alguien hiciera algo semejante conmigo, no pararía hasta destruirlo con mis propias manos». —Pensó.

Pero ahuyentó sus ideas, y se entregó de nuevo a la muda contemplación de la pequeña.

No quería despertarla. Pero... Si ella «se despertase sola», un minutito, un instante pequeñito para que le mirase entre las sonrisas del sueño...

Sonriendo, aproximó su cabeza a la de la niña y le rozó la mejilla con los labios.

—Any —dijo junto a su oído con un imperceptible suspiro—. Any.

Era tan suave... No podía compararse con nada la fina tersura de la sonrosada mejilla. Era suave como... como... Los pétalos de una

rosa no podían compararse con ella.

—Any...

La niña se estremeció; luego se rebulló en la camita y se restregó los ojos con sus pequeños puños cerrados. Antes de abrirlos, ya sonreía.

Él le rodeó los hombros con su mano abierta, y la atrajo hacia sí. Y la pequeña se le apretó rodeándole el cuello con los brazos. Las guedejas de su pelo ponían un nimbo dorado contra el rostro anguloso del hombre.

—Papá... —murmuró ella—. Te estuve esperando...

Fred Crosley rió apagadamente, con un runruneo de satisfacción.

—Jugaremos otro día. Hoy tuve, que trabajar. Oye, Any. No digas a mamá que te he despertado.

Ella rió encantada.

—No, tonto, no se lo digo, no tengas miedo.

—¡Eres una gran camarada, Any! Anda, dame un beso y sigue durmiendo.

Puso la mejilla, volvió a arroparla, y la besó muy despacio.

La pequeña cerró los dormilones ojos. Antes de que Crosley saliera de la habitación, ya dormía de nuevo profundamente.

Entró en la cocina y cerró la puerta tras él para que no saliera el ruido de la conversación.

—La has despertado, ¿verdad?

Fred abrió los ojos muy ofendido.

—¡Claro que no! ¿Acaso no sé qué tiene que descansar? Sólo estuve un momento mirándola cómo dormía.

—Anda, toma ese caldo, embustero.

Apoyada contra la cocina de gas, sus ojos sonreían burlonamente picarescos mientras contemplaba la cara de suprema inocencia de su marido. Por fin, soltó una carcajada.

—Si tú cometieras un delito y yo fuera «la» juez, ¡te descubriría inmediatamente! ¡Me bastaría ver tu cara de inocente!

Fred Crosley rió con un murmullo. Quien no lo conociera más que como policía, el que sólo en esas ocasiones hubiera contemplado su rostro de fuertes huesos, su gesto entre duro y cínico que parecía burlarse de todo sentimiento; el que únicamente se hubiera enfrentado con él para medirse de hombre a hombre, habría sufrido una extraordinaria sorpresa al ver cómo la cara del

agente podía llegar a transformarse y expresar las más íntimas y cálidas emociones.

—Dame otra taza.

Ella se inclinó para servirle, y volvió a su postura de pie recostada contra la cocina, alisándose con los dedos los tiosos volantes de su delantal de plexiglás.

—¿Has conseguido algo, Fred?

Fred agitó la cabeza negativamente.

—¡Es más testarudo que una mula!

—No he podido dejar de pensar en él y en esa pobre muchacha de que me hablaste. Es horrible, ¿verdad, Fred? Pero ahora quizá puedan ser felices...

Retirando la taza vacía, Fred Crosley se recostó contra la silla y sacó la pitillera.

—Creo que lo matarán.

—¿Matarlo? —Se asustó ella avanzando hacia la mesa. Se sentó frente a su marido, con las manos enlazadas—. ¿Por qué han de matarlo?

—Ya te lo he dicho: es más testarudo que una mula. Si Tavodi y sus pistoleros no lo matan a él, Roy acabará con ellos. Ya ha empezado; les ha dado una paliza. ¡Una paliza terrible! Si los dejaran solos, sin armas, creo que Roy Vegly acabaría con ellos en un santiamén: los rompería en pedazos.

Ella le miraba fijamente a los ojos.

—A ti... te es simpático, ¿verdad?

Riendo sordamente, Fred se dejó caer hacia atrás. Su silla se balanceó sobre los tubos de acero de sus patas.

—¿Simpático? Bueno, creo que un policía no debe sentir simpatía ni antipatía por nadie: sólo cumplir con su deber. Pero... ¡que me maten si ese tío no es un hombre de los pies a cabeza! Está hecho de una pieza, como fundido en hierro.

—Por eso te es simpático.

—¿Por eso? —se extrañó Fred.

—Porque se parece a ti.

Fred enarcó una ceja burlonamente; luego, poniéndose de pie, lanzó una carcajada.

—¿Que se parece a mí? —exclamo enfáticamente presuntuoso—. ¡Yo soy infinitamente... mucho más guapo!

Y los dos se echaron a reír.

CAPÍTULO IV

La niebla que se levantaba del Hudson River había espesado, y formaba una cortina de tul ante los faros del coche.

El hombre que lo conducía, delgado, casi esquelético, de rostro chupado y nariz aguda, parecía de mal humor. Sus ojos viperinos miraban a través del parabrisas con cruel expresión.

Se estaba retrasando, y unos pocos minutos podían dar al traste con el éxito del «golpe» que preparaban.

No era suya la culpa. Él había salido con tiempo suficiente, pero vete a hacerles creer a los «muchachos» que todo había sido ocasionado por el embotellamiento de coches que se había formado a la entrada del Holland Tunnel, por la parte de Manhattan.

Ahora, después de dejar atrás el maldito túnel que cruza bajo las profundas aguas del Hudson, podría correr más, sin tener que condicionar su marcha a la velocidad del coche delantero.

Dobló por Henderson Street, y cruzó Jersey City subiendo hacia Hoboken.

No circulaban muchos coches por aquellas calles, pero, sin embargo, tenía que parar inútilmente cada vez que en los cruces se encendía la luz roja.

Paraba maldiciendo y renegando contra las estúpidas autoridades que así le hacían, perder el tiempo, pero no se atrevía a transgredir las señales de circulación. Era estúpido exponerse a que cualquier policía le viera y le persiguiese con la mola... precisamente en aquellos momentos.

Alcanzó, por fin, el destino deseado, y dobló hacia la derecha por la solitaria calle.

De nuevo tuvo ocasión de empezar a maldecir en voz baja al pasar ante el «Centro Español», inusitadamente iluminado.

Paró varias casas más allá, dejando el coche tras otros dos que ya había estacionados, y penetró en el edificio abriendo con su

llavín la puerta de la calle.

Era una casa de dos pisos, de sólido ladrillo, ya obscurecido por el tiempo y la intemperie.

Cerró tras él y ascendió las escaleras sin encender la luz. Desde el rellano superior llegaron a sus oídos algunas voces de hombre.

Abrió la puerta con cierta furia.

Los tres hombres que jugaban a las cartas levantaron la cabeza.

—Te has retrasado, Clister.

—Está bien, jefe, ya lo sé. ¡Ese maldito túnel! ¡No hay derecho a que entre Manhattan y Nueva Jersey sólo haya dos túneles para coches! ¡Me gustaría saber dónde va a parar el dinero que nos sacan a los contribuyentes!

Uno de los dos mastodontes que se sentaban a la mesa, soltó la carcajada.

—Lo que es a ti no creo que te saquen mucho.

El otro, el que tenía la cara desfigurada por varias heridas de golpe y lucía tres parches de esparadrapo, se limitó a lanzar un gruñido.

—Bueno, creo que ya podemos ir, ¿no, jefe? Son las diez y media de la noche. Ese guarro debe estar a punto de llegar.

—Está bien, Monk —contestó Clister—. Y tú, Bobby, no seas tan gracioso. Oye, Ángel. ¿Ya has visto lo que hay en la calle?

—¿Qué hay?

—¡Otra vez el «Centro Español»! Te he dicho mil veces que nos conviene marcharnos a otro lugar, algún sitio donde no haya cerca ningún casino.

—Bah Esta casa es magnífica. Vamos, ¡andando!

Salieron a la calle. Efectivamente, Ángel parecía tener razón. A pesar que en el «Centro» se veía más luz que de ordinario, eran pocas las personas que iban llegando. Enfrente de sus puertas, se alineaba ya una fila de coches y se oía débilmente una músicaailable. Pero la calle estaba silenciosa y desierta.

Los cuatro hombres entraron en uno solo de los coches. Al volante junto a Bobby, Clister arrancó.

Durante un rato estuvo conduciendo por las calladas calles de Hoboken, dando vueltas caprichosamente. Después, tomó una dirección definida acercándose hacia la parte de los «docks».

—¿Falta mucho?

Roy había concluido de conexionar el cableado del cárter y acababa de poner la tapa nuevamente.

—Ya está —contestó sacando el cuerpo del motor—. Vamos a probarlo.

Abrió la portezuela del coche y lo puso en marcha. Luego volvió a bajar y a hundir la cabeza bajo la tapa del motor.

Comprobó la marcha regular del eje de levas y el encendido de las bujías.

—Acelere, por favor...

El otro hombre obedeció sentándose al volante.

A través del parabrisas podía ver la parte inferior del cuerpo de aquel hombre, cuyo rostro serio e impenetrable tanto le había llamado la atención. Era, sin duda, un hombre competente.

Roy volvió a retirarse, y bajó la tapa cerrándola.

—Listo —dijo simplemente restregándose contra el buzo azul las manos manchadas—. Puede usted llevárselo cuando quiera.

Estaban los dos solos en un ángulo del garaje. Sus palabras resonaban extrañamente bajo la plana techumbre, entre los muros de liso cemento.

El cliente asintió con la cabeza y metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto es?

—Ahí, en la oficina... Míster Peskill le cobrará a usted. Buenas noches.

—¡Eh, espere! Tenga esto para usted.

Roy miró la mano tendida del cliente. Era un billete de cinco dólares.

Sintió que la sangre enrojecía su rostro al ver que trataban de darle una propina. Luego, casi simultáneamente, pensó en Katy fregando cacharros...

Alargó su mano sucia de aceite y recibió el billete.

—Gracias, señor.

Aguardo que el coche arrancara y pasara delante de él, y alzó la vista mirando la hora en el gran reloj redondo del garaje.

Señalaba las diez y media. Se había retrasado con aquel «Olsmobile» y llegaría algo tarde a su casa.

A grandes zancadas se fue hacia fuera y penetró en la oficina al tiempo que el cliente salía y volvía a arrancar saliendo a la calle.

—Si no queda nada voy a marcharme ya...

El viejo Míster Peskill levantó la cabeza del pupitre concluyendo de hacer la anotación.

Era un hombre bastante entrado en años, tal vez de unos sesenta, pero de cuerpo fuerte y seco a pesar de ser menudo. Indudablemente el trabajo corporal le había ayudado a lo largo de la vida para mantenerse sano.

—Ya he podido ver que no has olvidado tu oficio.

—He aprendido algo más. En la cárcel he aprendido a manejar un torno. Bueno —siguió restregándose la cara con un pedazo de estopa—: ¿Qué ha decidido usted?

Míster Peskill carraspeó un poco nervioso:

—Yo creo que te conviene marcharte, Roy. Estos aires no son muy sanos para ti. Por ahí andan diciendo que después de la pelea...

—No puedo marcharme si no tengo dinero para pagar los pasajes —contestó Roy cortándole con cierta sequedad—. Pienso irme. Katy merece que haga eso por ella; pero me hacen falta quinientos dólares y sólo tengo ciento cincuenta.

—Pero yo puedo hacerte un préstamo.

—No quiero préstamos. Si quiere usted pagarme por mi trabajo, bien; sino, me iré a otro sitio.

Eso era fácil de decir, pero no tanto de hacer. Por aquella parte le reconocerían en cuanto le vieran, y no se atreverían a darle empleo. Y si buscaba trabajo en Manhattan o Brooklyn le sería necesario inscribirse con nombre falso en el «National Security» para evitar que supieran quién era. Todo el mundo en los Estados de Nueva Jersey y de Nueva York había leído la Prensa y conocía su nombre.

Míster Peskill se rascó dubitativo su blanca coronilla, Su nariz de porra, siempre roja, se ponía morada cuando su dueño era presa de alguna inquietud nerviosa.

—Tú sabes que Tavodi viene algunas veces por aquí a tomar gasolina o a poner aceite a su coche. Si os encontrarais...

—No pasaría nada. Los sapos como ése no atacan a la luz del día. Pero si usted tiene miedo, me iré.

—¡Está bien! —rugió el viejo sacando el pecho—. ¡Tú has ganado! ¡Puedes quedarte!

Sin contestar nada, Roy giró para salir. Cruzó el solitario garaje desabrochándose el «buzo» y llegó al ángulo del «lavadero» de coches.

Abrió la manguera, cogió el cacho de jabón y el cepillo de raíces, y se inclinó metiendo el cuello y el poderoso torso bajo el chorro de agua.

Una nube de vapor se elevó al chocar el helado chorro contra su piel sana y tirante. Parsimoniosamente se cubrió rostro, cuello y pecho con jabón frotándose enérgicamente. Luego hizo lo mismo con los redondos brazos y se frotó con el cepillo las manos hasta arrancar de los dedos la última costra de negra grasa.

Un momento después se peinaba el corto pelo ante el trozo roto de un viejo espejo, y se quitaba el «buzo», vistiéndose con su único traje.

Salió a la oscura y silenciosa calle metiéndose la trinchera, se caló el sombrero, y comenzó a caminar hacia su casa, por en medio del asfalto.

La noche era negra y oscura.

Eran cerca de las once y media de la noche cuando embocó su calle.

Iba pensando. Siete dólares al día... y las propinas... No podía rehusarlas: le hacía demasiada falta el dinero. Cuarenta y dos dólares a la semana, puesto que los domingos no ganaba nada.

Katy tendría que seguir trabajando en aquel restaurante. Quizá pudieran vivir con el sueldo de ella y un poco más. Si no surgía ningún contratiempo, aguantando con lo que tenían sin comprarse ropa, a pesar de lo vieja que estaba la que usaban, tal vez pudieran guardar cinco dólares al día. Había que ver la forma de vender la nevera, aunque no esperaba que le dieran por ella mucho dinero. La gente quiere cosas nuevas.

Cinco al día... Quinientos entre cinco, ¿son...? Cien días. Cuenta redonda. Algo más de tres meses.

Katy sonreiría feliz cuando le dijera que ya lo había decidido: se marchaban. Lejos, como ella decía. Al Oeste, donde los periódicos no hubieran hablado demasiado de él. Sí: era lo mejor. Había que reconocer que muchas veces las mujeres tienen mucha razón.

Irían en avión. Costaba lo mismo que el tren y el autobús, aproximadamente, y ellos no tenían que transportar ningún gran

equipaje. Lo puesto.

Llegó al estrecho pasadizo que daba entrada al patio de su casa, y lo dobló.

El avión costaba doscientos treinta por cabeza. Cuatrocientos sesenta entre los dos. Les quedarían cuarenta o cincuenta dólares. ¡No! ¡Había olvidado que ya tenían ciento cincuenta, ahorros de Katy! ¡Les quedarían... unos doscient...!

—¡¡Da una sola voz y te dejo seco!! ¡¡Levante las manos!!

Quedó paralizado, inmóvil como una estatua.

En el pequeño patio estaba todo tan oscuro. Y lóbrego, que era imposible ver a nadie. Pero la presión que sentía en su costado izquierdo a través de la áspera tela de la trinchera, era suficiente para comprender lo que ocurría.

Lentamente, obedeció levantando las manos. Sus ojos se clavaron con maquinal mirada en la pequeña escalera que daba a su casa.

Si se abriera y saliera ella... Sintió erizársele la piel. Que no se le ocurriera salir en aquel momento.

De otro ángulo del oscuro patio, salió la voz de Tavodi. La reconoció en el acto. Era una voz que destilaba todo el odio del que, cobarde, no había sabido combatir cuando él le abofeteó. A pesar de su superioridad del momento, se le notaba el temor de que el asaltado se revolviera contra ellos.

—No te muevas, Roy —silbó—. Te estamos encañonando desde diferentes lugares. ¡No intentes ninguna maña porque te clavamos aquí mismo!

El lugar era propicio. Oscuro, silencioso, desierto... Debió habersele ocurrido que su propia casa era el sitio más adecuado para la clase de traiciones que Tavodi acostumbraba a preparar. Pero ya era tarde.

—Deberíamos liquidarlo ahora mismo y acabar. Éste es un buen sitio.

Era el hombre que lo había encañonado. A pesar del tiempo transcurrido desde que oyera su voz por última vez, reconoció el acento extrañamente atiplado de Bobby.

—¡¡No!!

Fue un rugido, un bestial rugido de rabia, saliendo de otro ángulo del invisible patio. Era Monk. No se conformaba a renunciar

al placer de desquitarse de la paliza recibida.

—¡¡No!! —repitió con rabia—. ¡Lo quiero por mi cuenta durante unas horas!

—No, Bobby —silabeó la voz de Tavodi corroborando a Monk—. Eso sería demasiado bonito para él. Monk tiene razón. Primero tenemos que «charlar» con él.

—Como queráis. —Roy sintió de nuevo el empujón del cañón—. Andando, amigo. Sal tú y haz la señal, Monk.

Roy no había pronunciado aún una sola palabra. Pensaba. Trataba de encontrar un resquicio, una solución. Era imposible. Si se hubiese tratado de uno solo, hubiera podido revolverse rápidamente tratando de sorprenderle. Pero le estaban encañonando desde tres lugares distintos. Forzosamente caería acribillado antes de que pudiera hacer un solo movimiento.

Sabía muy bien por qué no acaban con él. El pensamiento, lejos de intimidarle, le dio mayor calma. Cuando habló su voz era tan terriblemente tranquila y helada, que Tavodi se sintió impotente a pesar de su pistola.

—Os habéis equivocado —dijo Roy con lentitud—. No voy a acompañaros. Si pensáis liquidarme, ya podéis empezar: no voy a dar un solo paso de aquí.

En el acto recibió un terrible golpe en la cabeza.

—¡Harás lo que te digamos, imbécil! —resopló la voz afeminada de Bobby—. Vendrás con nosotros.

—No iré, Bobby. Sois una pandilla de asquerosos cerdos y no tengo gana de complacerlos. Podéis acribillarme aquí, ya que me habéis pillado a traición, como miserables víboras que sois. Y tú, Frankie, si estás ahí...

De nuevo recibió un trastazo que acabó de aplastarle el fieltro contra la cabeza. Sintió algo espeso y caliente resbalándole por el cuello. Pero él tenía la cabeza dura.

—Si estás ahí, Frankie, si tienes corazón para ello, ¡tira ya!

En aquel momento surgió de nuevo Monk precipitadamente:

—¡Vamos! ¿Qué esperáis? ¡El coche no puede estar aguardando aquí mismo! ¡Es comprometido!

—Pues tendrá que esperar, porque yo no voy.

Hubo un momentáneo silencio. Enseguida sonó de nuevo la voz viperina de Tavodi.

—No vienes, ¿eh? Vamos a verlo: Elige, Roy: vienes por tu voluntad, o el buen amigo Monk va a llamar a la puerta de tu casa y hacer una visita a tu «chica». ¡Monk! ¡Llama a la puerta, y ácala en cuanto abra!

Sonó un apagado rugido de satisfacción, y la pesada sombra del pistolero se proyectó hacia las escaleras.

—¡Espera!... Está bien, Tavodi. Tú has ganado.

Despaciosamente, después de ver que Monk se detenía con pesar y volvía a bajar, Roy giró sin bajar las manos y se dirigió hacia la calle por el estrecho y negro pasadizo.

La calle estaba desierta. Sólo un centenar de yardas más abajo, un hombre caminaba dando traspies, como borracho. Ante él surgió la sombra del potente sedán.

Boby abrió la portezuela y entró.

—¡Vamos, rápido!

Tras él entró Roy, que quedó aprisionado entre los dos gigantes, cuyas armas sentía clavársele en los costados. Reconoció a Clister al volante, y luego subió Tavodi sentándose junto a él. El coche arrancó.

En medio de la tétrica situación en que se veía, Roy Vegly sintió una sensación casi placentera: Por lo menos su hermano no había tomado parte en aquella traición.

No tuvo necesidad de mirar por la ventanilla para saber dónde le conducían. Lo advirtió enseguida. Conocía demasiado bien aquellos lugares.

Cuando el coche se detuvo ante la casa de ladrillo, vio que en el «Centro Español» debían estar de fiesta. Había una larga fila de coches, y llegaba claramente audible el sonido de la música.

Salió del coche apenas abrieron la puerta, y entró sin resistencia alguna.

Segundos después se encontraba en el primer piso, nuevamente encañonado por los cuatro hombres.

Sólo una luz mortecina que colgaba del techo, iluminaba parcamente la cuadrada estancia.

A través del balcón cerrado, llegaba a intervalos el apagado sonido de un coche o las risas de un grupo de jóvenes y muchachos que salían del «Centro Español».

Los cuatro hombres formaban semicírculo alrededor suyo,

mirándole calladamente, con cruel expresión.

No era posible distinguir cuál de aquellas personas podía ser más vil y cobarde.

Vio el rostro brutal de Monk, que aún conservaba vestigios de los atroces golpes que él le propinara; la faz afilada, chupada, de Clister, con aquellos ojos acuosos de serpiente; la nariz y los labios aplastados de Bobby, cuyo nombre parecía un contrasentido aplicado a aquel mastodonte con rostro de chacal. Y vio también la sonrisa torcida, de nauseabunda blancura, de Ángel Tavodi.

Los cuatro cañones de sus armas apuntaban al mismo lugar de su pecho.

Fue Clister el primero que se movió. Sacando una fuerte cuerda del bolsillo, dio un rodeo hasta acercársele por la espalda.

—Así podremos hablar con más tranquilidad —dijo con cínica voz empezando a amarrar las manos de Roy—. Después ya veremos lo que se hace contigo.

Sólo cuando Roy estuvo amarrado, Ángel Tavodi guardó su arma en el bolsillo y se le aproximó hasta casi rozarle el rostro.

—Estás muy tranquilo, ¿verdad? —Le escupió a la cara, exasperado al ver que no lograba que las graníticas facciones de su prisionero llegaran a retratar el miedo—. Muy tranquilo, ¿no? ¡Pues toma!

Y dando un paso atrás al tiempo que levantaba su puño cerrado, estrelló los nudillos contra la boca de Roy.

Éste recibió el golpe brutal y cobarde sin moverse. Sólo sus ojos brillaron con sombrío destello, mientras sus labios cerrados se estiraban apenas con insultante sonrisa.

—Sigue, Tavodi. Aprovecha ahora que estoy amarrado. Porque si tuviera las manos libres os aplastaría como a sabandijas infectas.

No había acabado de hablar cuando Monk se abalanzó contra él aplastándolo con lluvia de feroces golpes.

Los otros retrocedieron dos pasos contemplándole con sádico placer. El bestial energúmeno batía las pezuñas de sus manos contra el rostro de Roy, mugiendo con rabia, resoplando de ira.

—¡Dale, Monk! ¡Dale! ¡Reviéntalo!

Era Tavodi. Con indescriptible expresión de resbaladiza complacencia, escuchaba el sordo y terrible machaqueo de las patas de aquel chimpancé contra el rostro de Roy.

La sangre manó de la boca del prisionero manchando su mandíbula y su fuerte cuello. La tremenda zarpa peluda de Monk retumbó en su cerebro al estrellarse de plano contra su cara, que salió despedida hacia atrás como si fuera a arrancarse del cuello, y sus fosas nasales se inundaron de espesa sangre que le impidió respirar.

No podía cubrirse. Con las manos amarradas a la espalda, difícilmente lograba conservar el equilibrio. No quería ser derribado. Quería aguantar en pie, sin proporcionar a aquellos canallas el placer de verle rodar sobre las losas.

Pero su rostro, descubierto, completamente indefenso ante el ansia aniquiladora y asesina de aquel bestia, no podía aguantar indefinidamente.

Bajó la cabeza tratando de resguardar el mentón, pero la bestialidad de una coz dada de abajo arriba le hizo levantarla.

Se desquitaba de la paliza recibida días antes en el bar de «Rossy»; aquel cobarde y bestial asesino, tomaba la revancha ahora que tenía a su enemigo perfectamente sujeto, completamente indefenso.

Y con saña homicida, machacaba el rostro descubierto obligando al hombre a retroceder.

Quedó con la espalda contra la pared. El puño derecho de Monk volvió a levantarse con indescriptible furia, y se proyectó como una montaña contra los ojos de Roy.

Fue una fracción de segundo. Con la rapidez del relámpago, Roy se agachó. Y el puño que se abatía contra sus ojos, pasó sobre su cabeza.

Se escuchó un ruido sordo, retumbante, como el trueno de un mortero lejano, y la pared vibró.

Un alarido de dolor cruzó el aire al tiempo que el bestial energúmeno se encogía agarrándose con la otra mano el puño destrozado.

Y, entonces, aprovechando el sólido punto de apoyo que el tabique ofrecía a su espalda en aquella postura replegada que había tomado, Roy disparó el resorte de sus piernas y se proyectó hacia delante como una catapulta.

Un terrible cabezazo hizo impacto en el abultado estómago de Monk. Sonó sordo y profundo, como proviniendo de alguna remota

oquedad.

Y el mastodonte se dobló en dos, abrió la boca tratando de respirar, viraron sus sanguinolentos ojos asombrados por aquella reacción, y se derrumbó sobre el suelo como un toro herido.

Roy cayó de rodillas. Vio la avalancha de Bobby que se le echaba encima después del primer segundo de paralizante sorpresa; vio en fulmínea sucesión, como superpuestas imágenes, el salto de Tavodi despavorido y la acción de Clister de recurrir de nuevo a la pistola que se había guardado, confiado en la impotencia del hombre amarrado.

Lo vio todo en una milésima de segundo, mientras aún estaba de rodillas.

Y con la relampagueante velocidad de los movimientos reflejos, sus piernas se enderezaron saltando hacia atrás.

Pasando como un alud sobre el lugar que él acababa de ocupar, Bobby encontró el vacío. Sus agarrotadas piernas fallaron la feroz patada que dirigía al pecho del prisionero, perdió el equilibrio al no hallar resistencia, y rodó por el suelo.

Y Roy, aprovechando aquel instante de respiro, poseído por la furia y el ansia de defenderse, despreciando el peligro, arremetió contra el que tenía más cerca.

Clister fue sorprendido en el instante en que su mano salía empuñando la pistola.

No tuvo tiempo de usarla.

Amarrado como estaba, Roy pudo, sin embargo, saltar. Y su pie se estrelló con violencia incontenible contra el pecho del esquelético individuo.

Los dos cayeron. Clister de espaldas, estertoreando; Roy, nuevamente de rodillas.

Quiso levantarse. La esperanza de la victoria casi imposible brilló en su mente.

Tal vez a pesar de todo lograría dejarlos fuera de combate... Tal vez...

Se inclinó para levantarse de nuevo.

Y, entonces, algo inconcreto estalló ante sus ojos y un trueno resonó en su cerebro.

Una niebla densa cubrió sus ojos impidiéndole ver. Era como si se hubiera quedado ciego de repente, como si acabasen de vendar

sus ojos con alguna materia espesa, pegajosa, caliente.

Ángel Tavodi volvió a levantar su arma, y de nuevo la dejó caer con toda su fuerza contra los ojos de Roy.

De las cejas partidas manaba la sangre caliente, oscura, como goma hirviendo.

El sentido de las cosas empezó a escapar de su mente.

Hizo un supremo esfuerzo. Ya no sentía la furia de los golpes que se estrellaban contra su rostro, contra su pecho, contra sus costados... ya no veía a Bobby que, nuevamente de pie, le machacaba el cuerpo con los pilones de sus puños de elefante; ni advirtió que Clister se levantaba jadeante y le pateaba con saña cobarde; ni se dio cuenta de que Ángel Tavodi, dejando la pistola en su bolsillo, machacaba sobre su rostro con el feroz redoble de sus puños, rabioso, con la furia de una mujer histérica.

Hizo un terrible y agotador esfuerzo. No podía. Los músculos le fallaban. En su cerebro todo se desvanecía como si una gris masa de algodón estuviese ocupando el lugar de su pensamiento.

No notaba nada, tratando vanamente de conservarse con un pie en tierra, con la rodilla clavada, sin rodar del todo.

En el rincón, Monk empezó a moverse resoplando con angustia, recobrando la noción del espacio.

Ciego, empañada su vista por aquella cortina de sangre, obstruidas sus fosas nasales por los coágulos formados, casi imposibilitado para respirar, Roy puso en sus músculos el último resto de su indomable voluntad.

Su cuerpo maltratado, destrozado, obedeció. Y los tres asesinos vieron levantarse de nuevo ante ellos aquel hombre de hierro que parecía invencible.

La rabia de los pistoleros, que hubiera podido creerse máxima, se superó más aun al ver que Roy todavía lograba levantarse. Aquella muestra del espíritu indomable, de la voluntad triunfando sobre la materia, les desconcertó. Y también multiplicó su saña.

Y arremetiendo a una contra aquel hombre destrozado, amarrado y ciego, lo arrollaron con saña salvaje agobiándolo bajo sus impunes golpes.

Esta vez, Roy ya no pudo más.

Abrió la boca intentando respirar, y el tremendo puño de Bobby se la cerró con ominoso crujir de huesos.

Roy se doblegó como un árbol tronchado, roto por el rayo, deshecho por el alud.

Sus rodillas se doblaron, su cabeza se abatió sin fuerzas sobre su ancho pecho, su tronco se dobló.

Y Roy Vegly rodó exánime por el suelo.

Jadeantes, rezumando agrio sudor por sus miserables cuerpos, los tres pistoleros se detuvieron un momento rodeando al hombre abatido.

En el ángulo, Monk intentó levantarse. Falló unos instantes llevándose las zarpas a su castigado estómago. Y, por fin, tambaleándose como un beodo, se puso de pie.

En sus ojos porcinos había un brillo opaco de incomprensión. Miró al grupo. La luz se hizo paulatinamente en su estrecho cerebro de simio, y la rabia descompuso sus facciones.

Ya no había nada que temer. Roy estaba vencido, caído en el suelo, sin movimiento.

Y se lanzó sobre él. Mugiendo, relinchando de rabia salvaje y asesina, lo pateó con terrible locura.

Los tacones de sus zápalos se estrellaron contra el derribado cuerpo, machacaron el atlético pecho con profundo resonar, se estrellaron contra la cabeza inerte del hombre caído.

Tavodi lo contemplaba riendo con su risa de cal; Clister, más afilada que nunca su nariz de lechuza, miraba con sádica y cruel satisfacción; Bobby reía también, reía resoplando, retratado en su torcido semblante el placer que aquello le causaba.

Por fin, se detuvo Monk. Como un rinoceronte que retrocede para tomar más impulso, dio algunos pasos hacia atrás. Su peluda mano palpó la sobaquera, y se hundió bajo la solapa.

Cuando la sacó de nuevo, empuñaba una automática del nueve Largo.

—¡¡Voy a rematarlo!! —barbotó. Y levantó el arma.

—¡Quieto! —rugió Tavodi empujándole y haciéndole bajar el arma—. ¿Quieres que nos cacen a todos? ¿Estás loco?

—¡¡Déjame, Tavodi!! ¡¡Déjame que acabe con él!! ¡¡No hay ningún peligro aquí!!

—¡El jefe soy yo!! —Silbó Tavodi. Y entonces pudo comprenderse por qué era él el jefe: de aspecto más fornido que Clister, pero muchísimo menos que Monk o Bobby, tenía, en cambio,

la prevención y retorcida inteligencia que a sus secuaces les fallaba —. ¡Guarda tu arma! ¿Quieres que asalten la casa doscientas personas?

—No te comprendo, jefe —protestó Monk rabioso.

—¡¡Imbécil!! ¡Escucha!

Se hizo un absoluto silencio.

De fuera, bien perceptible, llegó el sonido de violines; luego, un saxofón dibujó su melodía en el aire. Un coro de carcajadas resonó casi debajo del balcón.

—El «Centro Español»...

—Sí. Hay que esperar que acabe la fiesta. Nos oirían si disparáramos ahora.

Monk guardó su automática. Inclinandose sobre el exánime cuerpo de Roy, Clister le palpó.

—Creo que está muerto.

—¡¡Aunque lo esté!! —rugió Monk—. ¡Aunque lo esté quiero clavarle en el corazón todo el cargador de mi pistola!

Tavodi rió sorda y apagadamente.

—Lo harás, Monk —dijo dándole una palmada en el hombro—. No voy a quitarte ese placer. Pero hay que esperar.

—Esa fiesta durará hasta tarde.

—Nos vamos a ir. Volveremos todos a las seis de la mañana. Entonces lo meteremos en el coche y lo llevaremos a dar un paseo por la orilla del Hudson —miró a Monk—: Allí podrás despacharte a tu gusto.

—¿Las seis? —preguntó Clister—. Demasiado tarde. Pueden vernos. Será casi de día...

—No, no será de día. En este tiempo no amanece hasta las ocho de la mañana. Las seis es una hora buena. Vámonos.

Los cuatro hombres salieron.

Sobre las losas, amarrado de manos y con el cuerpo destrozado, yacía Roy. Su rostro era una masa amorfa de sangre y de carne arrancada.

CAPÍTULO V

Las patatas fritas se habían quedado completamente heladas. Había querido tenerlas preparadas para cuando él llegase no tener más que freír los huevos y las salchichas, y que pudiera cenar enseguida. Traería hambre...

Pero... ¡cómo tardaba!

Los dos días anteriores habían concluido a eso de las diez en el garaje de Míster Peskill, y llegaba a casa a las diez y media o menos cuarto...

Ahora ya eran las once pasadas, y seguía sin aparecer. ¿No se daba cuenta de que ella había de estar impaciente y temerosa?

Katy dejó sobre la mesa la camiseta que estaba remendando, y prendió de nuevo el gas del fogón acercando las patatas fritas. Probó una... Heladas... ¿Iba a dárselas así, recalentadas...? Mejor las dejaría para el día siguiente y haría una tortilla con ellas.

Sacó unas cuantas de la pequeña despensa que había bajo el fogón, y las metió en un diminuto barreño. Las lavó y volvió a llenar el barreño de agua limpia.

No era posible que tardase mucho ya... Guardó las patatas fritas en la nevera, y empezó a pelar las otras.

El tiempo pasaba arrastrante y lento, y Roy no llegaba. ¿Dónde se había metido?

Cuando concluyó de pelar las patatas, eran las once y veinte en el despertador que tenía sobre la nevera.

De repente sonrió. Le había parecido oír ruido fuera, en el pequeño patio que daba entrada a la casa.

Escurrió el agua de las patatas rápidamente, y puso la sartén al fuego. Escuchó...

El ruido se había detenido. ¿Se habría equivocado?

Después de unos instantes de vacilación, rodeó la pequeña mesa que casi llenaba la cocina, y salió al vestíbulo.

Seguía escuchando, pero no oía nada.

Daba la vuelta para regresar a la cocina, cuando de nuevo sintió «algo» en el exterior. Esta vez giró decididamente y se acercó a la puerta.

Su mano descansó en el pestillo. Abriría de repente, en cuanto Roy tocara el timbre.

Se una manera bien distinta, oyó pasos en la pequeña escalera. No cabía duda: por fin, llegaba...

Su dedo descorrió el pestillo automático, lista para abrir enseguida.

Pero... ¿qué ocurría...? Los pasos se habían detenido. Oyó con claridad una voz de hombre, pero no pudo percibir lo que decía. Por un momento le pareció que era la de Roy. Volvió a escuchar. Tenía la puerta abierta, faltándole sólo tirar de ella...

De nuevo sonó la voz del hombre. No podía entenderla, pero desde luego, no era la de Roy. Era una voz ruda, casi brutal.

Le dieron ganas de abrir por completo y ver quién era.

Otra vez sonó la voz de un desconocido. Hablaba como furioso, pero en voz tan baja que era imposible distinguir las palabras.

Katy titubeó. ¿Abriría?

Sonrió levemente: Debía ser Mary, la hija de la señora Baren, discutiendo con su novio.

Dejó el pestillo que se deslizó suavemente hacia su sitio, y quedó en pie ante la puerta, sin saber qué hacer.

El olor atufante del aceite recalentado, llegó a su olfato, y corrió a la cocina a separar la sartén.

Estuvo unos segundos indecisa. Luego, tomando una determinación, volvió al vestíbulo y abrió la puerta de par en par.

La negra obscuridad del patinillo quedó difusamente iluminada por la luz de la casa. Katy exploró los cuatro ángulos del diminuto patio. Nadie.

Entonces bajó los cuatro o cinco escalones de la escalerilla, y avanzó por el estrecho pasadizo hacia la calle. Miró arriba y abajo...

Por la acera llegaba un individuo solo. Debía ser un borracho, porque caminaba dando bandazos... Un sedán negro desaparecía por el otro lado de la calle. De Roy, ni rastro.

Parada en medio de la obscuridad de la acera, Katy se cogió las

manos apretándoselas angustiosamente. Tenía miedo. Un miedo desesperado.

Avanzó la media docena de yardas que la separaban de la entrada principal de su casa, y llamó al timbre. Desde arriba descendieron el cerrojo tirando de una cuerda, y Mary, la hija de *Mistress Baren*, apareció en el rellano de la angosta escalera.

—Mary. Oye... ¿Has estado tú hace un par de minutos en el patio?

—¿Yo?... No. No he salido en toda la tarde —repuso; y encogiéndose de hombros, explicó—: Estoy reñida con Ted. Es tan burro.

—Dios mío...

—¿Qué te pasa?

—¡Roy! ¡No ha llegado!

—Pero mujer, ¡si acaban de dar las once! Habrá ido a tomar una cerveza. A lo mejor ha tenido trabajo y no ha podido salir todavía del garaje. ¿Se queda por fin con Míster Peskill?

Katy se agarró al pasamanos inclinando la cabeza.

—Voy a subir, Mary —murmuró—. Voy a telefonar.

Subió corriendo los escalones y pasó junto a la muchacha, que sostenía la puerta abierta.

—Por Dios, Katy, tranquilízate. Estás descompuesta.

Pero ella ni siquiera le contestó. Entró directamente al vestíbulo y cogiendo el teléfono marcó un número.

Pasó una eternidad antes de que del otro lado contestaran. Mary se había aproximado a ella y la miraba íntimamente asustada, aunque pretendía mostrar tranquilidad.

—Oiga... ¡Oiga! ¿Es Míster Peskill? Buenas noches. Por favor, ¿está Roy? Soy Katy. ¿Cómo...?

Permaneció un momento callada, escuchando la voz del otro extremo de la línea. Luego respondió con voz apagada, mortecina:

—Gracias.

Se volvió a Mary mirándola sin verla con sus grandes ojos negros. En el momentáneo silencio, sonó agoraramente el chasquido del tubo al caer sobre la horquilla del teléfono.

—Hace casi una hora que salió.

—¡No te asustes, Katy! Procura sobreponerte. Seguro que no pasa nada. Los hombres gustan de ir un rato al bar.

Pero su voz carecía de convicción. Miró ansiosamente a su madre, que había salido al oír las voces, y le pidió auxilio con los ojos. *Mistress Baren* se acercó a *Katy*.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa, *Katy*?

—Temo que a *Roy*...

Mistress Baren se llevó las manos a su abultado pecho, súbitamente aterrada. Gruesa y vehemente, no supo disimular el miedo que la sobrecogió.

—No pasa nada, *Katy* —tartamudeó—. Seguro que no pasa nada. Siéntale y toma algo mientras él viene... Seguro que no tardará...

Pareció que el abatimiento de *Katy* pasaba velozmente. Levantó la cabeza. En sus ojos sin lágrimas brillaba la determinación.

—Voy a salir. Voy a buscarle. ¡Le ha pasado algo! ¡Estoy segura de que le ha pasado algo!

Salió corriendo sin despedirse y bajó a saltos la escalera. No se acordó que había dejado abierta la puerta de su casa, ni pensó que la noche era fría y ella iba sin abrigo. No pensó en nada, salvo en que *Roy* estaba amenazado.

Corrió por las calles mirando a todos los hombres con quienes se cruzaba. Ninguno era el que ella buscaba. Abriendo la puerta de cada bar, exploró el interior. Nada. No había rastro de *Roy* por parte alguna.

Así llegó hasta el «*Rossy*». Saltó más que bajó los tres o cuatro escalones de piedra, y abrió la baja puerta, penetrando.

En las mesas del fondo, varios individuos jugaban al billar; una docena de parroquianos hacían sus consumiciones sentados en los taburetes de la «barra».

—¡*Rossy*! ¿Ha estado *Roy* aquí esta noche?

El dueño del bar tardó una infinidad en contestarle. Diríase que tenía miedo incluso de cruzar la palabra con aquella mujer.

—No sé nada, *Katy*. No sé nada de *Roy*. Sus asuntos no me interesan.

—¡Pero ha estado aquí, o no! —exigió *Katy*.

—No. No ha estado. Y... ¡ojalá no venga nunca!

¡Hubiera abofeteado a aquel hombre! Pero se limitó a dar media vuelta y salir del bar conteniendo un gemido.

De nuevo la noche cayó sobre ella con su tétrica obscuridad. La

niebla se espesaba, y las pocas personas que aquí y allá aparecían un momento, eran difícilmente reconocibles en medio de aquel vaho helado que se levantaba en las márgenes del Hudson.

Ya no llevaba rumbo fijo. Corría cada vez que divisaba un bulto moviéndose, para pasar luego, embargada por mortal angustia: No; tampoco aquella vaga figura que acababa de tomar cuerpo ante sus ojos era el hombre que buscaba.

Vio reverberar unas luces en la puerta de uno de aquellos edificios, y corrió hacia allí. Una silenciosa fila de autos se alineaban al otro lado de la acera. Sólo cuando hubo llegado se dio cuenta del lugar dónde se hallaba. Era el «Centro Español», y debían celebrar alguna fiesta. Dentro se oía música de baile, y un confuso rumor de muchas voces.

Siguió por la acera, y dobló junto a aquel oscuro edificio de ladrillo que hacía esquina.

Todo desierto entre la densa niebla; todo callado; todo oscuro e invisible.

Se apoyó contra el muro. Sólo el ansia de su espíritu le daba fuerzas para continuar.

Tres muchachos pasaron por su lado hablando en castellano. Siguieron de largo, dirigiéndole, entre las sombras, una mirada extrañada.

Se detuvieron unos pasos más allá, y uno de ellos retrocedió acercándosele.

—Can I help you, *miss*...? —preguntó en inglés...

Katy movió la cabeza con lenta negación:

—No. Muchas gracias.

No. Nadie podía ayudarla. Nadie podía hacer nada por ella.

El muchacho titubeó un instante. Después, inclinándose levemente, se retiró.

También Katy reanudó su marcha. Poco a poco, se fue consolidando en ella la única idea que podía arrojarle un poco de luz. Telefonaría a Mary, y si no había nada...

Retrocedió hasta el «Centro Español», y entró en él acercándose al portero.

—¿Me permite dar un aviso por teléfono?

El portero señaló el aparato, dejándola sola. El ruido del disco al girar, se mezcló con amargo sonido al de la música que salía de la

sala.

No era un lugar lujoso. Un bar parecido a otros, con una gran sala donde, a veces, se celebraban bailes, en los días de fiesta nacional española, a final de año...

—Oiga... ¿Mary? Soy yo, Mary. ¿Ha llegado?

Escuchó el carraspeo que sonaba en el tubo.

—No ha llegado —murmuró repitiendo lo que había oído—. ¡Voy a ver al comisario del distrito!

Colgó. Dio las gracias al pasar ante el portero, y desapareció en la obscuridad de la calle.

De nuevo sus pasos eran decididos. No le importaba que Roy se opusiera siempre a recurrir a la policía. Ahora era el único remedio.

Descubrió, al fin, el rectangular cartel luminoso que señalaba entre la niebla la comisaría del distrito y aceleró el paso.

El vestíbulo estaba iluminado y desierto cuando ella entró. De una de las puertas salió un hombre poniéndose el sombrero. Era alto, de anchas espaldas y rostro enérgico. Fue a pasar por su lado, y se detuvo de súbito mirándola con extrañeza.

—Perdón. Usted es *Miss Katy*...

—Sí... —contestó Katy sorprendida—, pero no sé...

—No, usted no me conoce. No me ha visto nunca, pero yo a usted sí. ¿Qué la trae por aquí? Oh, perdone —añadió sacando un carnet del bolsillo de la americana y mostrándoselo a Katy—. Vea quién soy. Un amigo de Roy. Puede tener confianza en mí.

Katy echó un rápido vistazo. Vio el carnet del F. B. I., y debajo un nombre: «Fred Crosley».

—Sí, ya sé quién es usted. Vengo por Roy —casi sollozó—. ¡No ha vuelto a casa! ¡Temo que le ha pasado algo grave! ¡Salió a las diez y media del garaje, y no está en ningún sitio! Venía a preguntar...

Crosley la cogió por el brazo tratando de infundirle energía.

—Escuche. No se deje vencer por los nervios. Roy no está aquí, ni se tiene ninguna noticia de él. ¿Sabe usted si Tavodi y sus secuaces han rondado por su casa?

De repente, Katy recordó las voces que había oído.

—Me pareció que alguien reía en el «patio» de entrada, pero creí que eran Mary y su novio. No eran ellos. Me lo dijo luego.

—¿A qué hora?

—Serían las once... La hora a que Roy debía llegar, habiendo salido tan tarde del garaje.

Nada en el semblante de Crosley reveló que acababa de comprender lo ocurrido. Aquel patio era muy oscuro.

Hizo girar a la muchacha sin soltarla del brazo, y salió con ella a la calle.

—Voy a encargarme de esto. *Miss Katy* —dijo sosegadamente—. Usted nada puede hacer. Danzando por las calles de uno a otro lugar, nada conseguirá descubrir. Creo... creo que lo mejor es que la lleve a mi casa y pase usted allí la noche hasta que yo vea si localizo a Roy.

—¿A su casa? No. Si usted está dispuesto a encargarse de buscarle, yo me quedaré en mi propia casa. Él podría llegar... a pesar de todo —contestó, negándose a perder la última esperanza.

—Pero usted vive sola. Es peligroso.

—No. No esperaré en la casa de Roy, sino en el piso de arriba, en casa de *Mistress Baren*. Hay dos mujeres, y tenemos teléfono. Si ocurriera algo podríamos pedir ayuda enseguida.

Caminaban por la acera sin ver a nadie. Hoboken parecía dormir mientras la niebla se adueñaba cada vez más de las desiertas calles.

—Creo que no será posible disuadirla a usted —murmuró Crosley—. Vamos a su casa.

Deshicieron el camino y cruzaron el oscuro patio. La puerta seguía abierta, conforme Katy la dejara. No era necesario entrar para comprobar que Roy no había llegado. No obstante, Katy llegó hasta la cocina.

Incongruamente, con el espíritu ausente por completo, cogió entre sus manos el lebrillo donde tenía las patatas cortadas, y quedó mirándolo estática.

Un sollozo sacudió su pecho desde lo más profundo de su alma. Un sollozo profundo, ahogado, de persona que no puede llorar.

Crosley la cogió por los hombros y la empujó hacia fuera cerrándolo todo tras ellos, Rodearon la casa, y entraron por la puerta de afuera después de hacerse abrir.

«¿Nada?».

Eran los ojos de Mary y de su madre los que hacían la pregunta que sus lenguas no osaban pronunciar.

Crosley entró con Katy y la obligó a sentarse en uno de los sillones.

—Anóteme su teléfono, señora —dijo al tiempo que hacía lo propio con el suyo—. Tenga. Si ocurre algo, llámenme. En caso de no estar yo, dejen el recado a mi mujer. Si averiguo alguna cosa, yo las llamaré a ustedes.

Miró a Katy que permanecía erguida en el sillón, con expresión dura, con los ojos muy abiertos.

—Voy a un recado y regreso antes de un par de minutos —dijo Crosley.

Efectivamente, no tardó más de lo dicho en regresar. En su mano tenía un pequeño paquetillo alargado. Rompió los precintos, y sacó un tubo. Leyó: «Una sola tableta para dormir reposadamente; dos, para...».

Sacudió el tubo sobre la palma de la mano, y pidió un vaso.

Tres tabletas. Las necesitaría. Era necesario. Era necesario que pudiese descansar.

—Tenga. *Miss Katy*. Bébase esto.

Ella le miró directamente como si no le viera.

—Tenga —insistió—. Bébaselo.

Obedeció como sonámbula. Después, levantándose, miró desafiante al agente del

F. B. I.

Le miró como a un presunto enemigo.

—¡Si le han hecho algo...! ¡¡Mataré al que haya sido!! ¡¡Juro que lo mataré!!

Y cayó sobre la butaca sacudida por violentos sollozos.

—Dormiré —dijo Crosley apagadamente mirando a *Mistress Baren*, que presenciaba la escena sobrecogida—. No la despierten para nada. Y... ¡No abran la puerta a nadie en toda la noche! ¡Sea quien sea, no abran la puerta!

Eran las tres de la madrugada cuando Fred Crosley subía las escaleras de su casa.

Había registrado Hoboken palmo a palmo, sin encontrar nada, En vano revisó linterna en mano el ancho espacio acribillado de vías y cruces que bordea el Hudson River. No halló nada.

Durante largo rato, había permanecido de guardia, envuelto en la niebla, vigilando la entrada de aquella casa de ladrillo casi

ennegrecido. No había señales de vida. Preguntó en el «Centro Español» si habían notado alguna actividad rara, y la respuesta fue completamente negativa. Por allí no se había escuchado una voz, ni un grito, ni un ruido extraño que turbase la tranquilidad de la noche.

Crosley acabó por irse. No era probable que Tavodi hubiera llevado precisamente a aquella casa a un hombre para liquidarlo. Era inútil seguir allí. Lo habrían llevado hacia los «docks», y al día siguiente o al otro aparecería un cadáver tumefacto y grotescamente hinchado entre las aguas del Hudson.

Llamó desde un bar a las comisarías de alrededor, y les advirtió que si veían a Tavodi o alguno de sus secuaces no les perdieran de vista y se fijasen en el estado de sus ropas.

—Cachéenlos si los encuentran —ordenó—. Y si llevan armas, deténganlos.

Era todo lo que se podía hacer.

Sacó el llavín del bolsillo, y abrió la puerta de su piso procurando no hacer ruido. No había cenado, pero tampoco tenía apetito.

Sin encender la luz, penetró en la salita de estar.

—Fred...

Fred Crosley se detuvo sobre la alfombra, sonriendo débilmente en la obscuridad.

—Has debido acostarte querida...

—No podía. Estaba muy preocupada —contestó ella levantándose del sillón y aproximándose a él—. ¿Qué ocurre?

La voz de Crosley sonó cansada, grave, apagadamente:

—Creo que han matado a Roy Vegly.

CAPÍTULO VI

Enclavado en una de las callejas más sórdidas de Brooklyn, la «muestra» del «The Blue Horse» reverberaba a tres yardas de altura produciendo el zumbido de abeja con sus tubos de neón.

«Thin» Smith, como le conocían los asiduos, había querido demostrar con aquel «cartel» luminoso su conocimiento de la literatura inglesa, tierra natal de la que había emigrado muchos años antes, al enterarse de lo fácilmente que puede hacerse rico en los bajos fondos neoyorquinos un hombre que sepa «hacer trabajar» a las mujeres.

Él sabía. Y la prueba era aquel local.

Había mandado hacer una reproducción muy «made in U. S. A.», de la antigua conocida estampa de *Lady Godiva*, y la había colocado como «muestra» de su establecimiento.

No se le podía discutir cierta belleza. A pesar de lo poco adecuado del tubo neón, había gracia y arte en aquella mujer que, sin más vestidos que las largas hebras de su pelo, cabalgaba a la amazona sobre el azul caballo.

Pero la promesa de elegancia del «cartel» quedaba desmentida por la vidriera de entrada. Allí, iluminadas parcamente con mortecina y misteriosa luz rojiza, exhibían sus encantos fotografiados las «estrellas» del local.

Debajo de las artísticas fotografías, en lamentable contraste, con grandes letras bien visibles, resaltaban los dos letreros característicos de los «*night-clubs*» de segunda y tercera categoría:

«No Minimun». «No obligation».

Los hombres a quienes la estrechez de su cartera hace tímidos,

podían dejar su miedo a las puertas del establecimiento: No había allí un «mínimo» que forzosamente hubiera de gastar el cliente; no había ni siquiera la obligación de consumir algo. Podían entrar con entera tranquilidad; no hacía falta dinero.

«Thin» Smith sabía que, una vez dentro, la vergüenza de ver cómo la camarera les quitaba muy cortésmente la cerveza pedida y consumida, les hacía pedir otra. Solían emplear para ello un gesto de reyes:

—Another one!

Otra. Otra... Otra... Sus camareras estaban perfectamente amaestradas.

Era difícil marcharse una vez dentro. Todo el mundo tiene deseo de «elegancia»; y el que no puede conseguir «oro», se contenta fácilmente con «plaqué».

Aquella noche, como todas las noches, los altos taburetes de la barra oval, estaban completamente ocupados por individuos cuyos ojos ansiosos se obviaban con fijeza en las contorsiones de la «artista».

El «tablado», una especie de mostrador que cruzaba la elipse de la «barra» de foco a foco, quedaba tan cerca de los clientes que si éstos hubiesen estirado la cabeza hubieran podido tocar con la nariz los muslos de la bailarina.

No: ninguno de aquellos tipos se marcharía mientras «Thin» Smith pudiera hacer salir una mujer y ésta empezara a quitarse trapos delante de sus rostros contraídos.

Pero había además media docena de mesas alrededor del local, pegadas a las paredes. Y en ellas se sentaban los clientes de «categoría».

Desde una de ellas, Frankie Vegly observaba a la «estrella», tratando de mostrar en su gesto lo acostumbrado que estaba a aquellos lujosos lugares.

El «*show*» estaba acabando. Sara Hot se convulsionaba con frenesí, como si realmente tratase de llevar el compás de la estruendosa música. La potente luz del foco teñía de rojo su cuerpo desvelado.

Poniéndose en pie, Frankie dejó con indiferencia un billete sobre la mesa y cruzó el local hacia el interior.

No ignoraba que todos los clientes le observaban con admiración

y envidia, y eso formaba parte del «amor» que sentía por Sara Hot, máxima «estrella» del «The Blue Horse».

Traspuso la puerta reservada, y cruzó un corto pasillo, entrando en uno de los camerinos. No tuvo que esperar mucho. Instantes después oyó el ruido de los aplausos, y la mujer que acababa de bailar entró en el camerino.

La estereotipada sonrisa que abriera sus encendidos labios mientras bailaba, se había borrado de su semblante, que ahora mostrábase adusto y malhumorado. Sin pronunciar una palabra se sentó ante el espejo del tocador y empezó a recoger el pelo que se había, soltado.

Frankie la devoraba con la vista.

Se levantó de la silla que ocupaba y, acercándose por detrás, se inclinó aplastando su boca contra el hombro desnudo de la mujer.

El espejo reflejó una expresión de desdén.

—¡Déjame! —exclamó ella sacudiéndoselo con rabia—. ¡Cada día me tienes más harta!

Despedido como un perro, Frankie se incorporó, los ojos velados por la cólera y la humillación. Por un instante pareció que iba a golpearla. Luego habló con voz de contenida violencia.

—¡Qué víbora te ha picado ahora!

—¿Ahora? —repitió ella despectiva—. Hace ya tiempo. Si te crees que podemos seguir así, estás muy equivocado.

Había cruzado las piernas, y procedía a bajarse las largas medias de malla negra. Obraba como si estuviese sola, con esa clase de natural impudor de las mujeres para las que su cuerpo es una herramienta.

—¡Maldita!... ¿Por qué no hablas claro? ¿Qué es lo que estás pretendiendo?

Ella se revolvió como una fiera.

—¿Claro? Pues te lo diré bien claro: ¡Si crees que puedo vivir de esta manera, te equivocas! ¡Hace veinte días que no veo un dólar tuyo! ¡No soy ninguna estudiante a la que se pueda tener contenta regalándole un vestido de año en año! ¡Yo soy una artista, y necesito dinero! ¡Ya te advertí que soy una mujer cara!

Frankie la contempló con la mirada homicida. Sentía cada palabra de ella como una violenta bofetada que le cruzara el rostro. Y los celos le llenaban de cólera.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —Silabeó con lentitud—. Será mejor para ti y para ese... pollo que está ahí fuera, que no os encuentre juntos.

Volviéndole la espalda, Sara Hot abrió el armario y sacó su vestido de calle de entre la media docena de trajes de noche que guardaba en él.

Con insultante sonrisa, comenzó a vestirse.

—Hay una forma muy sencilla de que nunca me veas con ese... ni con ningún otro —hizo un gesto de aburrido desdén, y siguió al advertir el rudo silencio de él—: Ya sabes cuál es. Pero estás dormido... a no ser que se te haya metido el miedo en los huesos.

Tardó Frankie en contestar. Deseaba responder secamente, con violencia, demostrando quién era el amo. Sabía que no debía dar explicaciones, sino sólo órdenes. Pero no podía. Viendo aquella mujer vistiéndose, sintió casi pánico al pensar que podía perderla. Sara Hot le dominaba, y Frankie lo sabía.

—Ten un poco de paciencia. Sara. Dentro de unos días... Estamos preparando algo que será sonado. Podré darte lo que quisieras.

—«Dentro de unos días»... ¡Bah! ¡Siempre las mismas promesas! Eres un hombre gastado, Frankie. No tienes empuje.

De nuevo se había sentado ante el espejo del tocador, ya completamente vestida. Pero no por ello su influencia sobre los sentidos de Frankie disminuyó. Sara Hot sabía «vestirse» de manera que el poder de sus encantos no disminuyera un ápice.

Su rostro de belleza sofisticada, de negras cejas en exagerado arco, lució mucho más blanco después de aplicarse la capa de polvos. Era un violento y raro contraste el que ofrecía, enmarcado por la enorme mata de pelo liso, negro como la tinta china. En aquel rostro ovalado y blanco, los ojos parecían dos simas y la boca una herida abierta por un puñal.

En el espejo vio reflejada la imagen de Frankie, rígido tras ella. Temió haber ido demasiado lejos.

—Ese hombre no me importa nada, Frankie —dijo jugando con su tono—. No va a conseguir nada de mí. Y si tú quieres...

Se asió a aquellos puntos suspensivos como a una tabla de salvación que le permitía aguantar su tortura con apariencias de dignidad.

—Si yo quiero, ¿qué?

—Él es rico... —contestó Sara con leve encogimiento de hombros—. Puedo «enterarme» de algo que sea útil. El resto sería cosa tuya.

—¡No quiero que salgas con él!

Sara se puso de pie volviéndose de cara a él. Se apoyaba casi sentada sobre la baja mesita del tocador, y reflejaba en el espejo, ahora oscurecido por la sombra de su cuerpo, la figura de su cuello y de su espalda hasta la cintura.

Primero sonrió burlonamente mirando a Frankie. Luego se echó a reír tranquilamente.

—¿Y cómo lo impedirás? Saldré con él esta noche, Frankie. Y si eres listo, te aconsejo que me dejes en paz.

A pesar de las violentas pasiones que le sacudían, la mano de Frankie inició un movimiento que le era peculiar. Se alzó hasta su corbata, y tiró de ella sacándola una pulgada del chaleco, de manera que acentuó el arco que describía desde el cuello de la camisa.

—Acabaré matándote —dijo sordamente.

Sara enarcó sus cejas más aún. La sangrante púrpura de sus labios se plegó con desafiante y despectiva sonrisa.

—No harás eso, Frankie. Tú sabes que no lo harás. ¿Has olvidado ya aquella noche en que mataron a tiros a una vieja en un chalet de Jamaica? La policía me hizo muchas preguntas. Yo dije que habías pasado la noche conmigo —se echó a reír avanzando hacia la puerta, y añadió al pasar por el lado de Frankie, sin mirarle siquiera—: Todo eso está escrito de mi puño y letra con mi maravillosa caligrafía. Explico que esa declaración es falsa y que en aquella ocasión estuve sin verte durante dos días seguidos. Si me ocurriese algún... «accidente», esa declaración iría a manos del fiscal del Estado. Buenas noches, querido.

Frankie la vio desaparecer por el pasillo con el abrigo de pieles al brazo. Era un regalo suyo. Cinco mil dólares.

No hizo ningún movimiento para detenerla. Permaneció parado en el centro del camerino larguísimo segundos. Su imagen se reflejaba en el espejo obscuramente. La vieja de la limpieza abrió la puerta sacándole de su violenta abstracción.

El «The Blue Horse» estaba completamente desierto, silencioso y

oscuro, cuando Frankie Vegly salió del local.

Con los antebrazos apoyados en el volante, sus omoplatos se hundían entre sus hombros.

Ya todos los coches se habían marchado, y el «Mercury» que le vendiera Tavodi cuando se cansó de él, era el único que quedaba en la calzada bajo la noche lúgubre.

El cartel del «The Blue Horse» había apagado sus azules tubos de neón.

Frankie Vegly permanecía metido en el coche parado, sin saber qué hacer. Se sentía solo, infinitamente solo y desgajado, en medio del suburbio de la inmensa ciudad.

Había contado con acompañar a Sara, y le había fallado. Había dicho que aquel tipo no le importaba, pero también había dicho que era rico. Frankie conocía a Sara lo suficiente bien para saber a qué atenerse. Cenarían juntos, bailarían, ella se exhibiría, provocando con su sensual y sofisticada belleza incluso a los hombres que no conocía. Después...

Apenas tenía fuerzas para encolerizarse. Con la cabeza abatida hacia delante, escuchaba aún las despreciativas carcajadas de aquella maldita mujer, y oía repercutir en sus oídos las insultantes palabras...

«Estás gastado. No tienes empuje».

Nadie sabía mejor que él la verdad que encerraban aquellas hirientes palabras.

A los veintidós años, era ya un hombre deshecho. Ni había crimen que no hubiera cometido, ni vicio que no probara. Ya no podía prescindir de ellos. Sus nervios necesitaban todos los estimulantes para seguir sosteniéndole.

Frankie llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, y extrajo el aplastado frasco de «*brandy*». Echó un largo trago. Limpió el gollete con la palma de la mano, y volvió a cerrarlo y a guardarlo en el bolsillo.

Era aquello y los interminables cigarrillos que fumaba, lo que le sostenían durante las horas eternas de soledad. Después, cuando Sara decidía portarse amablemente con él, tenía otro veneno más poderoso. El veneno de aquel cuerpo que parecía insensible a todas las caricias.

Se sentía agotado, deshecho. Por su mente pasó la imagen de su

hermano, cuando en el bar de Rossy levantó en vilo la tremenda mole de Monk, y la arrojó estrellándola contra el suelo.

Cuando eran jóvenes, todo el mundo decía que él, Frankie, llegaría a ser más fuerte que Roy.

En los resecos labios del muchacho se dibujó una sonrisa descorazonada y agria.

«Más fuerte que Roy», pensó con amargura.

Él se había encargado de frustrar todos los vaticinios. Antes de llegar al completo desarrollo de la virilidad, había empezado a destrozar sus pulmones y su sangre con los venenos más comunes. Más tarde... Sara se había encargado de enseñarle el uso de la aguja hipodérmica y de ese polvillo tan blanco, que al mezclarse con agua destilada se vuelve incoloro.

Hinchó los pulmones de aire haciendo un gesto de dolor. Había fumado demasiado aquella noche, y sus pulmones estaban como anquilosados, incapaces de aspirar el oxígeno de la neblinosa atmósfera.

De nuevo sacó el botellín vertiendo entre los labios un largo chorro.

Sara estaría...

Puso un cigarrillo entre los labios, y se echó más sobre los ojos el ala de su sombrero.

Con gesto de supremo agotamiento, puso en marcha el «Mercury» y arrancó.

A marcha lenta, como si ni siquiera tuviera fuerzas para conducir, atravesó el desierto barrio. Al pasar frente a los edificios de piedra, sombríos y oscuros, del Boro Hall, vio la hora en la redonda esfera iluminada. Las cuatro de la mañana.

Siguió conduciendo hacia el Norte sin rumbo fijo. Sólo cuando vio ante sí las grandes vigas de hierro del «Brooklyn Bridge», se le ocurrió volver hacia su barrio. Se metió por el puente, y unos instantes más tarde atravesaba el Sur de Manhattan, corría por el Holland Tunnel, y salía por Jersey City después de detenerse ante el guarda a pagar el dólar de pasaje.

Le daba lo mismo una cosa que otra. La niebla era más densa por aquella parte, y todo estaba más silencioso y desierto. Maquinalmente condujo hacia Hoboken.

Pensó irse a su casa, pero inmediatamente se le presentó como

algo insoportable. Cambiando de determinación, giró por la primera bocacalle.

Pasó ante el bar de Rossy, cerrado a aquella hora. También el «Centro Español» estaba cerrando, aunque dentro aún se escuchaban las voces y risas de algunos rezagados. Parando frente a la casa de ladridos que hacía esquina, Frankie pensó que los residentes españoles de Hoboken habían sabido pasar la noche mejor que él.

Salió de su coche, y se acercó al cerrado portal de la casa desabrochándose la trinchera para sacar las llaves. Tal vez encontrara allí alguno de los amigos...

Cerró la puerta tras él, y subió las escaleras sin encender la luz. Conocía perfectamente la topografía del lugar.

El edificio parecía desierto. En el rellano se detuvo, tentado de volverse puesto que no había nadie. Con un encogimiento de hombros, siguió subiendo. Se sentaría un rato, y descansaría en medio de la obscuridad.

Sintió un profundo sosiego cuando penetró en la oscura pieza y encontró una silla al tacto. Se sentó estirando las piernas, y se dejó estar completamente derrengado. Se alegraba ahora de que no hubiera nadie. Así estaba mejor.

Llevaba varios minutos en aquella postura cuando se sobresaltó. Tuvo la premonición de que no estaba solo. En la sombra, otro ser respiraba. Se enderezó escuchando expectante, y su mano derecha se hundió maquinalmente bajo la chaqueta. Al retirarla empuñaba una «Lugger».

Permaneció callado, sin mover un músculo. Todo el cansancio y la fatiga, habían desaparecido súbitamente de él sin dejar rastros. Ahora era una extraña energía nerviosa la que dominaba sus actos.

De nuevo se produjo aquella especie de estertor. No podía decirse que fuera exactamente un ruido. Era sólo como si algún fantasma suspirase o lanzara un apagado lamento.

Con felinos movimientos, sin producir el más ligero ruido, Frankie se levantó y cruzó la habitación hasta el lugar donde se hallaba el conmutador de la luz.

Lo alcanzó con la mano izquierda, mientras con la derecha apuntaba hacia el lugar de donde le parecía que había salido aquel débil quejido.

Aguardó. No mucho. De nuevo oyó aquello. Ahora fue perfectamente discernible. Era como un barboteo, como la respiración de un moribundo.

Apoyándose contra la pared, enderezó el cañón de su «Lugger». Y, súbitamente, encendió.

La luz inundó fríamente la ancha habitación. Frankie quedó inmóvil, con el índice de su derecha casi cerrado sobre el galillo.

Había un hombre. Un hombre alto, fuerte, de espaldas de titán, amarrado de manos y tendido en el suelo de espaldas a él.

Los ojos de Frankie recorrieron la cuadrada estancia antes de dar un paso. Luego se aproximó al cuerpo que allí yacía. Se aproximó sin dejar de encañonarle.

Llegó a su lado. El hombre agitóse respirando rudamente, como si tuviera un terrible peso de plomo en los pulmones.

Con un pie, apuntándole al cuerpo, Frankie lo hizo rodar de modo que pudiera verle la cara.

¿Era aquello un rostro? Como si hubiera pasado una apisonadora sobre él, el semblante del hombre era una llaga viva, una gran mancha de sangre coagulada.

De repente lo «vio». Los ojos de Frankie se dilataron hasta parecer que sus pupilas se le iban a salir de las órbitas, y de su garganta surgió un barboteo gutural, ininteligible:

—¡Roy...!!

Sólo un agitado respirar que expulsó saliva roja de la boca, fue su respuesta.

—¡Roy! —repitió incrédulo, inclinándose sobre él—. ¿Qué ha pasado?

Guardó la pistola y febrilmente se agachó poniéndose de rodillas junto a Roy.

Retiró las manos después de tocarle, y se miró las palmas rojas de sangre. Era sangre de su hermano. Era su propia sangre.

Estaba allí encogido, arrugado junto al cuerpo que se agitaba derrengado y destrozado, junto al cuerpo fuerte que resoplaba por la boca de labios machacados.

También él jadeó. No sabía qué le pasaba. Él mismo había encañonado a su hermano, y había estado a punto de matarle.

Sin embargo, ahora, viéndole allí, inerte, casi moribundo, cubierto de sangre, sintió que algo se rebelaba dentro de sí, que su

corazón latía con rabia salvaje, y que en sus venas algo más fuerte que la codicia, que la pasión por una mujer, que el odio, corría a borbotones golpeando en sus sienes y en su frente.

Se sentía golpeado él mismo, se sentía afrentado él, era como si hubiera recibido el terrible y cobarde castigo.

Y algo que había estado dormido dentro de él, despertó con súbita rabia haciéndole sentirse otro hombre.

Con extraña calma que hacía años no sentía, sacó el mechero y quemó las ligaduras que maniataban a su hermano.

Luego le frotó las muñecas, y acercó a sus deshechos labios la botella de «brandy» que llevaba en el bolsillo.

—Bebe... —murmuró levantándole la cabeza—. Bebe, Roy. Aún estás vivo...

Vertió un chorro del ardiente líquido entre los labios tumefactos, y secó con su pañuelo la sangre coagulada que cubría aquel rostro.

Vio abrirse los hinchados párpados y fijarse en los suyos los ojos enrojecidos de su hermano.

Luego de nuevo se cerraron, pero la boca de firme trazo dibujó una levisima sonrisa. Le pareció que murmuraba algo, y acercó el oído.

Notó cómo el pecho de Roy se distendía respirando profundamente. Después, oyó su voz en la que había una extraña nota de orgullo:

—Frankie... hermano...

Sintió que sus ojos se nublaban y que un nudo feroz te agarrotaba la go...

—Bebe, Roy —barbotó rudamente—. Procura reanimarle. Bebe...

Lo sostuvo. No sabía de dónde sacaban fuerza, sus músculos estragados para sostener el peso de aquel tronco robusto; pero lo sostenía sin ningún esfuerzo.

—Es preciso que te levantes. Es necesario que puedas sostenerte...

Los ojos de Roy permanecían cerrados mientras su pecho jadeaba entrecortadamente. Permaneció quieto, con todos los músculos relajados, como una hoja arrancada que flota a merced de la corriente.

Después sus ojos se entreabrieron con pesadez. Su brazo se

tendió apoyando la palma de la mano en las losas del suelo. Los tendones de su cuello y los músculos de su rostro se contrajeron.

Y Roy Vegly, haciendo un esfuerzo supremo, se puso de pie.

Quedó recostado contra la pared, con la cabeza abatida. En todo su cuerpo y en su faz, era perceptible el titánico esfuerzo que estaba haciendo para sobreponerse. Levantó la cabeza. Su pecho se hinchaba al compás de su respiración.

—Prueba a andar, Roy. Tienes que salir de aquí.

Roy se separó de la pared y dio algunos pasos tambaleantes. Poco a poco, las fuerzas volvían a él.

—¿Puedes andar?

—Sí.

—Vas a marcharte. Enseguida. Es un milagro que estés vivo. No lardarán en volver a buscarte. Yo. ¡No sabía nada, Roy! ¡Te lo juro!

De nuevo sonrieron los labios rotos.

—Lo sé... Déjalos, Frankie. Ven conmigo.

¿Ir con él? ¿Acaso había para él una salida? No: él estaba metido allí hasta el fondo. Su vida estaba ya trazada. Nada podía modificarla.

—No te preocupes por mí, Roy. Ven.

Le agarró por un brazo y se dirigió con él hacia la escalera. Llegaba al rellano cuando en el piso de abajo sonó el roce de una llave contra la cerradura de la puerta. No había tiempo.

Frankie se detuvo. Dio un salto hacia atrás, y apagó la luz.

—Por aquí, Roy. ¡Sígueme!

Lo guió a través de la obscuridad. En las escaleras sonaron voces apagadas de varios hombres.

Frankie llevó a su hermano a través de varias habitaciones, y se detuvo en la obscuridad. Levísimamente, se notó el descorrerse de un pestillo. Una puerta se abrió, y un chorro de niebla entró en el cuarto.

Estaban ante un balcón abierto.

—Tienes que saltar. Sólo tres yardas. ¡Salta!

—¡Ven, Frankie!

—Yo no puedo ir. He de quedarme. Adiós, Roy.

—¡Ven!

—Es inútil. Tavodi puede mandarme a la silla eléctrica en cuanto quiera. ¡Márchate!

Las voces sonaron al final de la escalera.

—¡Vete! ¡No hay tiempo de discutir!

Se miraron un momento. Frankie, con gesto cobarde, alargó tímidamente su mano abierta.

—¿Quieres... estrechar mi mano? Está manchada de sangre...

Roy dio un paso y abriendo los brazos estrechó entre ellos a su hermano. Lo estrechó fuertemente, con ímpetu salvaje.

—¡Ven! ¡Aún hay tiempo!

—Creo que sí hay tiempo —murmuró Frankie—. Toma. —Roy sintió en su mano el contacto duro de un arma—. Si te cierran el paso, tira. ¡Tira a matar! ¡Adiós!

Se volvió, alejándose. Roy quedó un segundo mirándole, de pie, ante el balcón abierto. Luego se alzó sobre la barandilla, y saltó a la calle.

El reloj del City Hall desgranó lentamente entre la niebla seis campanadas lentas y graves.

Cubierta con el camisón de dormir, Mary se apretó contra la puerta pegando el oído. El corazón le palpitaba violentamente.

—¿Quién llama? —preguntó con voz árida.

—Abre, Mary. Soy Roy.

No se decidía. Había en aquella voz que le contestaba algo de terriblemente derrotado, algo de infinito cansancio.

Mary miró hacia arriba, al rellano de la estrecha escalera. Su madre, desbordante su grueso cuerpo dentro del barato camisón, la miraba desde arriba.

—Soy Roy, Mary —repitió la voz—. Dime si Katy está con vosotros.

Temblando de miedo, Mary se decidió, abriendo la puerta una pulgada mientras apoyaba contra ella todo el peso de su liviano cuerpo, preparada para cerrar de un empujón. Miró a través de la hendidura así formada.

La débil luz de la escalera dio de lleno sobre un rostro. Los ojos de Mary se dilataron al reconocerlo.

—Dios Santo... Pasa, Roy. ¿Qué te han hecho?

Roy entró y la luz cayó de lleno sobre él.

—¿Katy...?

—Sube. Está arriba. Un policía, un tal Crosley, le dio algo para dormir. Sube...

Mistress Baren se apartó para dejarle pasar cuando llegó al piso, imposibilitada de pronunciar palabra. Todo su cuerpo se agitaba bajo la delgada tela del camisón.

Silenciosamente, sin hacer más preguntas, que adivinaba no iban a ser contestadas, Mary lo condujo al dormitorio donde Katy yacía.

Estaba en la cama vestida, presa de un dormir agitado y artificial. De sus labios se escapaban sonidos inarticulados, como si estuviese presa de alguna terrible pesadilla.

—Será mejor no despertarla.

—¿No despertarla? ¡Jamás me lo perdonaría! —exclamó Mary. Y acercándose a la sobresaltada durmiente, la sacudió por los hombros—. ¡Katy! ¡Katy! ¡Despierta! Roy está aquí. ¡Está vivo!

Tardó algo en conseguir que Katy entendiera sus palabras. Por fin, la muchacha se despertó abriendo sus ojos atormentados. Quedó sentada en la cama, aturdida. De repente comprendió lo que le decían, y todo vestigio de sueño desapareció de ella. Dio un salto, y se le quedó mirando.

—¡¡Roy!! —gritó lanzándose hacia él como enloquecida—. ¡¡Roy!! —sollozó—. ¡Dios mío, cómo te han maltratado!... ¡Canallas! ¡Canallas!

La ruda mano de Roy se abatió sobre el negro pelo de la muchacha acariciándola con honda ternura.

—No te preocupes. No es nada. En un par de días no se notará. Tranquilízate.

No quiso dar ninguna explicación. Dejó que Katy vertiera agua oxigenada sobre su rostro, y que le cerrara las heridas con esparadrapo.

Ella parecía súbitamente poseída por una extraña calma. Cuando se dio cuenta de los cortes que las ligaduras habían marcado sobre las muñecas de Roy, se los limpió cómo había hecho con el rostro.

—Te amarraron —murmuró—. Te pegaron teniéndole amarrado...

Mary asistía a la escena silenciosamente, mirando con ojos espantados; *Mistress Baren* se cogía maquinalmente el camisón cruzando las manos sobre el exuberante pecho.

En la casa reinaba un profundo silencio.

Sin preocuparse del balcón que quedaba abierto, Frankie cerró la puerta del cuarto y cruzó sigilosamente las demás habitaciones

hasta llegar a la primera.

Acababa de llegar cuando los hombres que subían por la escalera alcanzaron el rellano y entraban a su vez. Reconoció las voces de Tavodi y Clister, y esperó en la obscuridad sintiendo que el corazón se le desbocaba presa del terror. Tendría que dar una explicación...

El conmutador giró, y la luz iluminó el cuarto. Entonces vio que también llegaban Monk y Bobby.

Por un segundo, le miraron extrañados.

—Frankie... No te esperá...

—¡No está! ¡Ha escapado!

Era el bestial rugido de Monk, que se inclinaba sobre las manchas de sangre del rincón, como si quisiera convencerse palpando con sus manos de que realmente el prisionero se les había escapado.

Los otros tres olvidaron momentáneamente a Frankie, que les miraba, pálido, apoyado contra la pared.

Le pareció a Frankie que pasaba una eternidad hasta que los cuatro «gangsters» se volvieron hacia él.

—Le has soltado tú, Frankie.

No era una pregunta, sino una afirmación lo que estaba pronunciado Ángel Tavodi.

El rabioso rugido de Monk abalanzándose sobre él, le cortó la palabra al ir a contestar a Tavodi.

—¡¡Te voy a aplastar, maldito traidor!!

Frankie se retiró con celeridad escapando a las garras del bestia. Clister y Bobby estaban ya encañonándole.

No se hacía ilusiones acerca de lo que le esperaba. Ni siguiera podía intentar defenderse, después de entregar su «Lugger» a su hermano. Pero en medio del pusilánime terror que sentía, un deseo heroico venía a mezclarse en su alma impidiéndole humillarse.

—¡Vosotros debisteis decirme lo que estabais preparando! —Casi aulló—. ¡Habéis estado «trabajando» a espaldas mías!

—¡Quieto, Monk! —ordenó Tavodi parando en seco la avalancha que de nuevo se precipitaba sobre Frankie—. Lo has libertado tú, entonces, ¿verdad? —añadió mostrando a Frankie sus dientes—. ¡Magnífico, Frankie! Ja, ja, ja. ¿No os dais cuenta? ¿No os conmovéis? Ja, ja, ja. Ha sido... «la voz de la sangre»... y todas esas

cosas...

Los ojos viperinos de Clister iban de él al jefe sin mover un músculo de su rostro de cuchillo, mientras en las facciones de Bobby empezaba a brillar una luz divertida. Sólo Monk parecía no compartir los ocultos pensamientos de sus compinches.

—¡¡Déjame que rompa en pedazos a este maldito!! —Casi imploró. Daba la sensación de que la terrible rabia que le animaba, iba a hacerle llorar histéricamente—. ¡¡Déjame que lo haga añicos!!

Ángel Tavodi sonreía.

De sobra sabía Frankie lo que aquella sonrisa significaba. Le había visto sonreír así en diferentes ocasiones. Aquella noche, cuando la pobre vieja del chalet de Jamaica se le arrodilló delante pidiéndole compasión...

—Cállate Monk, no seas pesado —dijo con voz suave, como si estuviese riendo a un niño—. Hay que ser comprensivo con los amigos. Era su hermano, ¿no comprendes? ¿Verdad, Frankie? Es natural que al ver al pobrecito en aquel estado lo soltaras.

Frankie hizo un esfuerzo para mostrarse animoso y entero. Miró a su «jefe».

—Escucha, Ángel —dijo sin temblar—: Ya os habéis vengado de lo del otro día. Habéis dejado a mi hermano completamente destrozado. Dejadle en paz. Yo fui el primero que el otro día le encañone cuando estaba a punto de matarte, Ángel. Págame ese servicio dejando en paz a mi hermano.

Fue Clister el que contestó aquellas palabras.

—Conmovedor... —murmuró burlonamente.

Pero Ángel Tavodi pareció impresionado.

—Lo que está diciendo Frankie es verdad. Le debo la vida. Y puedo asegurar que estuvo a punto de matar a su hermano por salvarme a mí. Creo que hay que tenerlo en cuenta.

—¡¡Qué estás diciendo!! —rugió Monk, que no podía resignarse a ver cómo se le escapaba la venganza.

—¡Lo que has oído, imbécil! —contestó Tavodi—. Y no hay más que hablar. Ahora vámonos. Vamos, Frankie, ven conmigo.

Se acercó a él y le cogió amistosamente por los hombros, como un camarada. Frankie no llegaba a creer lo que estaba viendo. No podía creer que le hubiera sido tan fácil convencer a Tavodi, pero era indudable que así había ocurrido. Tavodi tenía algo de bueno, al

parecer...

Bajaron las escaleras seguidos de los otros tres.

—Ven a mi coche, Frankie —dijo Tavodi—. Que Clister coja el tuyo. Quiero que hablemos por el camino.

Frankie se sentó detrás, entre Tavodi y Bobby, mientras Monk, mordiendo su cólera entre sus mandíbulas, se ponía al volante.

El coche arrancó. Detrás de él iba Clister conduciendo el «Mercury» de Frankie.

Charlando con Tavodi, que hablaba extensamente sobre el nuevo «golpe» que proyectaba, Frankie empezó a recuperar la confianza.

Todo había salido mejor de lo que supusiera. Tavodi no era mala persona. Al contrario: ¡era un verdadero amigo!

Empezó a animarse, y hasta rió aplaudiendo una truculenta broma del «jefe». No se fijaba por dónde iban. La noche aún no había empezado a levantar el velo con que cubría la tierra, y sólo se divisaban ante las luces de los faros del sedán las grises manchas de niebla que rodaban sobre el suelo.

De repente el coche se paró. Fue tan inesperado, que el cuerpo de Frankie salió despedido hacia delante.

—¿Qué pasa...?

No le contestaron. Miró a Tavodi, y se encontró con los ojos burlones del gangster. A la débil luz de los aparatos del tablero de conducción Monk, Bobby y Tavodi le contemplaban con expresión cínica, en completo silencio.

El «Mercury» les alcanzó en aquel momento, y se paró frenando junto a ellos.

—Baja, Frankie...

Nunca le había parecido a Frankie tan blanda y suave la voz de Ángel Tavodi.

La sonrisa que unos instantes animó el rostro del muchacho desapareció como si la borrarán lentamente con una esponja, y quedó en su lugar una mueca de pánico, de animal acorralado.

Sus ojos miraron súbitamente por la ventanilla. No se veía nada. Habían apagado los faros de los coches, y no les rodeaban más que sombras.

—Baja, Frankie.

Habían abierto la portezuela del sedán, y Tavodi se había apeado.

Un objeto duro y rígido se clavó en sus riñones, y la zarpa de Bobby le recorrió el cuerpo y le palpó bajo la axila cacheándole.

—No lleva armas —comentó. Y apoyando su manaza en la espalda de Frankie, lo lanzó afuera de un violento empujón.

Frankie rodó por el suelo entre los pies de los pistoleros. Sus manos se hundieron en la tierra mojada, y su rostro sintió el contacto frío y viscoso del barro.

Intentó levantarse, y recibió una feroz patada que de nuevo le arrojó por tierra. Sus dientes chocaron con algo duro, metálico, y sus manos asieron a aquel objeto.

Entonces se dio cuenta de dónde se hallaba. Era la línea de acero de las vías del ferrocarril. Se puso de pie palpando un vagón, y se volvió hacia sus antiguos amigos.

Sólo vio los cuatro bultos inconcretos de los asesinos. No podía distinguir sus facciones en medio de la obscuridad. Les vio cómo vagas sombras amenazantes, inexorables, que le rodeaban en corto semicírculo.

Jadeó respirando con angustia. ¡No quería morir! Un ansia salvaje de correr, de escapar, se apoderó de él. Un miedo feroz, un pánico terrible, hizo presa en su espíritu.

Los cuatro gangsters permanecían callados, como sí quisieran gozar con el espectáculo antes de concluir.

Por la mente enloquecida de Frankie pasaron súbitos y veloces recuerdos. Aquella vieja arrodillada pidiendo clemencia... aquel cobrador que regresaba tranquilamente después de su trabajo...

Se acordó también de su hermano y le vio avanzando hacia él a despecho de la pistola con que le encañonaba... Del lejano fondo de su memoria, surgió una voz:

«Frankie va a ser muy fuerte. Será más fuerte que Roy».

Era su madre quién había dicho aquello, mucho antes de morir.

Oyó el cuádruple chasquido de las pistolas, y entonces ocurrió lo que en aquel segundo le pareció a Frankie un milagro:

Del más remoto estrato de su ser, una voz imperiosa surgió conmoviéndole, impidiéndole ceder al terror que experimentaba.

Sintió que un orgullo feroz golpeaba en sus arterias y le obligaba a alzarse. Se irguió apretándose contra el vagón, llenó sus pulmones de aire, y habló por última vez con arrogancia y fiera entereza:

—¡Tirad, cobardes! ¡¡Malditos seáis!!

Cuatro estampidos estallaron en la niebla, cuatro chorros de fuego rasgaron la oscuridad, cuatro pedazos de acero se clavaron en su pecho.



«Cuatro chorros de fuego rasgaron la oscuridad»

Frankie extendió sus manos tratando de agarrarse a algo, de no caer en aquella sima profunda que parecía abrirse bajo él. Sus dedos

se aferraron maquinalmente al tope del vagón, en último y vano esfuerzo.

Y con rabia asesina, con sádica ansia vengativa y cruel, los cuatro pistoleros volvieron a disparar enviando una feroz granizada de balas sobre aquel muchacho.

Lentamente, el cuerpo resbaló hacia abajo; un brazo quedó un segundo cogiendo el tope como un gancho, y luego cedió. Y el cuerpo de Frankie quedó destrozado, acribillado a balazos, arrugado miserablemente entre las ruedas de los vagones.

Sobre la grava sonó apagadamente el rodar de un coche alejándose.

Una lenta voluta de niebla penetró por la boca abierta en trágica mueca, rodó sobre los ojos sin vida, pasó sobre los fríos raíles, bajo las ruedas de los vagones...

Así acabó Frankie Vegly, que si había vivido como un asesino cobarde, supo morir aquella madrugada como un hombre.

CAPÍTULO VII

—Estuvo aquí un agente del

F. B. I.

Se llama Fred Crosley, y fue el que me acompañó anoche cuando iba buscándote. Quería...

Roy escuchaba como un sonámbulo las palabras de Katy. Habían bajado de nuevo a su casa, y estaba sentado ante la modesta mesa de la cocina.

Entre sus brazos, apoyados sobre la superficie de plástico, tenía abierto el periódico de la noche. Miraba con ojos apagados aquella borrosa fotografía.

El frente de un vagón de ferrocarril sucio y chorreante. Bajo sus topes, entre las ruedas de hierro del vagón mercancías, había un rebuño, una especie de piltrafa envuelta en una trinchera embarrada.

Era un hombre. Sobre su pecho se dibujaban innumerables manchones negros.

—... quería verte —siguió la voz monocorde de Katy—, pero le dije que no estabas, para que no me obligase a llamarte. Era necesario que descansaras...

Roy escuchaba maquinalmente la lenta letanía de Katy. De su rostro había desaparecido la hinchazón gracias a los cuidados que le había prodigado la muchacha desde aquella madrugada, y sólo quedaban algunas cortaduras cubiertas con pedazos de esparadrapo. Se sentía más descansado después del profundo sueño que le había invadido al caer sobre la cama. Aquellas doce horas que pasara sumido en la niebla del reposo habían servido para devolver a su cuerpo todas sus energías.

—Le dije que le llamaría por teléfono si llegabas. Pero no lo he hecho todavía.

«Mi hermano —pensó Roy—. Ha pagado con su vida mi rescate:

Le han acribillado a balazos como a un perro».

Sintió en el bolsillo trasero del pantalón el bulto de la «Lugger» que Frankie le entregara al libertarlo. Era un bulto enorme, pero ni siquiera lo había sentido mientras dormía. Se alegró de que Katy no se hubiera dado cuenta, evitándole tener que contestar a sus preguntas.

Se encontraba derrengado. El pecho y el tronco le dolían horriblemente a consecuencia de las patadas que le asestaran. Su amplio pecho era como una máquina rota.

—Está bien, Katy. No le llames.

La muchacha se había puesto de pie a su espalda, y apoyaba la mano sobre su hombro.

—¿No vas a declarar, Roy? Han matado a tu hermano...

Tenía miedo. Su sangre ardiente la impulsaba a no dejar aquel crimen sin castigo. Su intuición de mujer le advertía la verdad de lo ocurrido. Aunque Roy se había cerrado en un completo mutismo sobre ello, Katy adivinaba la verdad. Y al pensar que Frankie había, sacrificado su vida por la del hombre que ella amaba, le era imposible no desear que aquel asesinato fuera vengado.

Al mismo tiempo, temía que Roy pensara como ella. Si ella fuese hombre... Pero era una mujer. Una mujer capaz de luchar, pero que temblaba al pensar que el hombre que quería cayese también atravesado a tiros sobre un charco de barro.

Las mandíbulas de Roy se apretaron más y sus pulmones se llenaron de aire.

—Es inútil —dijo—. Nada podríamos probar contra ellos. Todos sabemos quiénes son los culpables de ese asesinato, pero es imposible demostrarlo. Nada conseguiría con mi declaración.

Katy clavó los ojos sobre el escorzo del rostro de Roy, que podía ver desde la posición en que se hallaba a sus espaldas. No creía lo que estaba oyendo. Escuchaba la voz de él diciéndole que abandonaba la lucha, y le era imposible darle crédito.

Pero en su corazón de mujer hubo un latido de esperanza.

Era la policía quien debía encargarse de ello, no Roy. Ellos... aún podían vivir. Aún podían vivir si él renunciaba a vengar la muerte de su hermano, si él daba al olvido el cobarde castigo de que había sido objeto, si Roy accedía a considerar como pasada la traición que le llevara a la cárcel.

Pero Katy le conocía demasiado para creerlo.

—¿Quieres decir? ¿No harás nada para vengarte?

Roy levantó primero la cabeza apartando su vista de la tétrica fotografía; luego se puso de pie y se volvió hacia ella.

Nunca pudo Katy descifrar lo que había en aquella mirada.

—Tú tenías razón —murmuró Roy con la vista clavada en los ojos de Katy, como si quisiera penetrarla hasta el fondo del alma—. Marcharnos lejos. Es lo mejor.

¿Por qué ella sintió como si algo se rompiera dentro de su pecho? ¿Por qué, si era lo que deseaba, la sorprendía hiriéndola la confesión de derrota de él?

Pero no; era lo mejor. Sí, era lo mejor. ¿Acaso podrían ellos devolverle la vida a Frankie?

—¿Estás diciendo la verdad, Roy? ¿Es eso lo que piensas? ¿Estás dispuesto a que nos marchemos?

—Sí.

A pesar de eso, no podía creerlo. Luchó consigo misma. ¿Era cierto lo que oía? Y si no era cierto...

Sintió que la carne se le erizaba. Si no era cierto, debía temer lo peor...

—¿Cuándo?

—Son las cuatro de la tarde. Mañana, a las ocho, sale un avión para San Francisco. Iremos en él.

—Pero no tenemos dinero...

—Voy a pedirlo. Me lo prestarán. Ahora vas a venir conmigo. Abandonemos esta casa.

—Pero... los muebles...

—Eso nada importa ahora.

—Podríamos venderlos. El dinero nos hará falta.

—Aún me quedan ciento cincuenta de lo que me diste al salir de la cárcel. Por el momento es bastante. Dentro de unas horas me darán más, prestado. Vamos. Déjalo todo.

No podía comprender aquello. Esa clase de miedosa precipitación era impropia de Roy. Pero no discutió más.

—Vamos. Lo que tú digas.

Roy cogió un pedazo de papel, y escribió una nota que dejó sobre la mesa: «No volveremos. No se preocupen por nosotros».

Los dos salieron a la calle. Cogida fuertemente de su brazo, Katy

caminó por la acera. Su mente era un caos. No comprendía nada.

Bajaron hasta Hoboken Terminal Station y se metieron en el «subway». No cambiaban una sola palabra. Al llegar a Exchange Place, Roy la cogió por el codo haciéndola salir para transbordar.

El nuevo ramal del «subway» les llevó hasta Newark, y bajaron.

Roy parecía conocer bien aquella parte. Se dirigió en derechura a un edificio frente a la Pennsylvania Railroad Station, y penetró en él sin soltar a Katy. Subieron hasta el segundo piso y llamó.

Cuando les abrieron, ambos entraron.

—Queremos una habitación para esta noche —pidió Roy alargando a la mujer un billete de diez—. Nos quedaremos desde este momento.

—Pasen por aquí...

No les hicieron preguntas ni les pidieron documentación. Derechamente, guardándose en el bolsillo el billete de diez dólares, la mujer les pasó a una habitación cuya ventana daba sobre la plaza enfrente de la estación. Les dejó solos.

Roy sacó el resto de los billetes que llevaba y los dejó sobre la mesilla de noche.

—Escucha —dijo tomando a Katy por ambos brazos—. Voy a salir. Tengo que ver a un amigo y pedirle dinero para los pasajes. Regresaré tarde. No te preocupes. Y no salgas para nada de esta habitación. Me esperas aquí.

—Sí, Roy —contestó ella sumisamente.

Roy la miró intensamente. La atrajo hacia sí después, y la estrechó con fuerza entre sus brazos besando su boca.

—No pienses —musitó—. No te preocupes. Todo va a empezar de nuevo.

Sin detenerse más, la dejó y salió del cuarto.

Desde la ventana, Katy le vio aparecer en la plaza dirigiéndose derechamente al gran edificio de la Pennsylvania Station. Penetró en él mezclándose con la aglomeración de gente, y se perdió de su vista.

Katy retrocedió con lentitud sentándose en la cama. Estaba perdida en sus pensamientos. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Algo le decía que Roy no se iba a conformar así, y que aquella aparente facilidad con que aceptaba la retirada y la derrota entrañaba algún misterio que amenazaba sus vidas.

Sentada sobre la cama con las manos enlazadas sobre sus piernas, Katy permaneció quieta y silenciosa, dispuesta a esperar lo que ocurriera.

De nuevo hizo transbordo en Exchange Place, pero no para Hoboken, sino para Manhattan.

Observó las disimuladas miradas que la gente dirigía a su rostro maltratado, pero no se preocupó por ello.

De nuevo cambió de línea en Hudson Terminal, y tomó la I. R. T., hacia el norte.

En la Calle 59 se apeó, cruzó Columbus Circle y anduvo a lo largo de Central Park hacia la Avenue of the Americans. Después de cruzarla, miró el número de una de las casas, anduvo un poco más, y penetró en un edificio no muy moderno, de apariencia sólida, pero no lujosa.

Sin titubear un segundo subió las escaleras con rapidez. Se detuvo en uno de los pisos y llamó.

Dentro oyó las voces infantiles de una niña; después, pasos rápidos y cortos de mujer. La mirilla de la puerta se abrió, y unos ojos miraron por ella. Se descorrió el pestillo, y la puerta quedó expedita.

—Deseo ver a...

—¡Pase usted! Mi marido acaba de llegar.

Era una mujer rubia, con esa belleza natural y exenta de coquetería de muchas mujeres casadas.

Roy entró. No sonrió al cruzar su vista con los grandes ojos redondos de la pequeña que le observaba un poco amedrentada pero atrevida.

La mujer le dejó parado en el vestíbulo, y entró en una habitación adyacente. Era un pequeño despacho tras cuya mesa se sentaba en aquel momento un hombre.

—Fred. Roy Vegly está ahí fuera.

—¿Roy Vegly?

—Sí. Estoy segura de que es él. Está destrozado. Han debido golpearle brutalmente.

—¡Que pase! ¡Espera! —Salió él mismo y miró a Roy fijamente, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo—. Pasa Roy. Pasa —cerró la puerta tras él—. Todo el día estuve buscándote. Fui a tu

casa, pero me dijeron que no habías llegado. Creí... Pensé que también a ti te habían matado.

Roy escuchó, en silencio. Luego giró volviéndose hacia Crosley.

—En una ocasión me dijo usted que debía marcharme... y también que si necesitaba dinero usted me lo prestaría —hizo una pausa, y siguió—: He venido a pedirle quinientos dólares. Se los pagaré desde San Francisco, en cuanto tenga trabajo. Me voy.

—¿Que te vas...? —preguntó Crosley incrédulamente.

—Sí. Me voy.

—¿Ahora...? ¿Ahora que han asesinado a tu hermano? ¿Ahora que te han puesto a ti así...? Creí que venías a verme para colaborar conmigo, para declarar contra esa banda de asesinos.

—Vengo a verle para pedirle quinientos dólares prestados.

—¡¡No puedes irte ahora!! ¿Es posible que estés hablando en serio? ¿Es posible que te des por vencido y dejes sin castigo la muerte de tu hermano?

Roy permaneció callado. Su rostro continuaba impasible, con los labios fuertemente pegados. Los parches de esparadrapo que escondían, sus heridas no desfiguraban la terrible energía de aquel rostro.

—¡Debes declarar! ¡Únete a mí, Roy! ¡Ayúdame a reunir pruebas para mandar a la «silla» a esos canallas!

—Me voy. Dígame si me presta ese dinero o no.

En la firme mirada de Fred Crosley se reflejó un destello de infinito desprecio. Lentamente, sin volver a abrir los labios, hizo girar una llave en la cerradura de un cajón. Sus manos apartaron despaciosamente diez billetes de cincuenta, y los arrojó con desdén sobre el tablero de la mesa.

Sin una palabra. Roy alargó la mano y los cogió guardándolos en el bolsillo.

Dio media vuelta y salió sin dar siquiera las gracias.

Apenas sonó el cerrarse la puerta de la escalera, cuando Eve entró en el despacho de su marido.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho...?

Crosley se encogió de hombros con desgana, abatidamente. Hizo un gesto con las manos abiertas.

—Me equivoqué, Eve. Me equivoqué al juzgarle. No es la clase de hombre que yo suponía. Se marcha al otro lado del Continente,

huye.

—¿Que huye? —exclamó ella extrañada—. ¿Que ese hombre huye? ¿Estás seguro?

—Ha venido a pedirme dinero para escapar. Está muerto de miedo.

Su mujer se le acercó mirándole como sorprendida, como si creyera que su marido había perdido la razón.

—No entiendo una palabra de estos asuntos, Fred —dijo despacio—. Sólo entiendo lo que tú me explicas a veces. Pero de algo estoy segura: He visto los ojos de ese hombre cuando ha entrado, y una cosa te digo: Si hay un hombre que jamás huirá... ¡ese hombre es el que acaba de salir de aquí! ¡No le dejes, Fred! ¡Ese hombre tiene la muerte en los ojos!

—Tienes demasiada fantasía, querida.

—¡No es fantasía! ¡No le pierdas de vista! ¡No le abandones, Fred!

Crosley sonrió cansadamente. Le parecía que las ideas de su mujer eran propias de la ardiente imaginación que la distinguía, pero pensó que no importaba agotar todas las posibilidades.

Se asomó a la ventana. Allá abajo iba Roy con las manos metidas en los bolsillos de la trinchera, caminando.

¿Dónde demonios podía ir por allí? Se dirigía hacia Lexington Avenue. Giró Crosley bruscamente, y se palpó con gesto maquinal debajo de la axila. Sí: allí tenía su pistola de reglamento. Alcanzó la trinchera de un manotazo, y salió disparado saltando por las escaleras.

Por primera vez desde que se había casado, olvidaba besar a su mujer al salir.

Corrió por la acera de la Calle 59. Era indudable que Roy iba derechamente hacia Lexington. Por fin lo vio. Atemperando su paso, le siguió a prudente distancia, conservándose oculto entre los transeúntes que circulaban por aquella parte.

Al llegar le vio meterse en la estación del «subway», y Crosley le siguió. Había bastante gente a aquellas horas. Roy parecía tener mucha prisa. Se metió de un empujón en uno de los vagones del tren que llegaba, y Crosley le imitó por otra puerta.

Era fácil ir allí sin perderle de vista. Su alta estatura hacía que su cabeza fuera visible sobre la mayoría de viajeros. Había tomado

la

R. M. T.,

y bajaba hacia el sur de Manhattan. Al aproximarse a la calle 28 le vio empujar para acercarse a la puerta y Crosley se preparó para salir.

Esperó que algunos viajeros se interpusieran entre ambos, y salió tras él. De nuevo emprendió la marcha siguiéndole.

Roy iba derecho, con una dirección claramente definida. Bajó por Broadway, y penetró en un establecimiento. Crosley se detuvo. Aquel establecimiento era las oficinas de la «Panamerican».

Su mujer se había equivocado: Al parecer, Roy Vegly se marchaba realmente.

Perdió todo interés por la persecución pero quiso agotar todas las probabilidades y cuando Roy salió continuó siguiéndole. Anduvo por varias calles, también con dirección clara, sin titubeos, y de nuevo se metió tras una gran puerta. Cuando Crosley llegó, se quedó admirado. Era un garaje. Sobre la puerta del gran galpón, había el clásico letrero de los garajes que alquilan coches sin chofer: «Driveyourself».

Aquello presentaba un raro aspecto. Crosley esperó, procurando no perderle de vista. Le vio hablar con el encargado, entregarle algo, y meterse luego en un magnífico «Pontiac» negro.

Rápidamente miró calle arriba. Tenía suerte. Alzó la mano, y corrió a ocupar el taxi que llegaba.

—Aguarde —le ordenó. Y cuando el «Pontiac» salió añadió—: ¡Sígalo! ¡Diez dólares si no lo pierde ni se da cuenta!

—Okey...

La persecución prosiguió. Crosley estaba intrigado. Era indudable que se marchaba, pero, entonces, ¿para qué alquilaba aquel coche? Un taxi debiera ser suficiente si precisaba hacer algo urgente...

El tráfico que había en Madison Square le ayudaba a pasar desapercibido. Le siguió por la Calle 14, viéndole detenerse y bajar. Cuando él pasaba a marcha lenta, divisó el lugar donde esta vez se había metido.

Era una tienda de aspecto anticuado, sobre cuyo montante campeaba un viejo letrero:

«GEORGE'S

ARMERY».

Hizo detenerse el taxi un poco más allá, y le pagó. Cuando Roy salió de nuevo y se alejó con el «Pontiac», Crosley había anotado en un librito el número de la matrícula: «NY-8 913 275».

Despidió el taxi, cruzó la acera, y penetró en el establecimiento. Llevándose aparte al viejo que lo atendía, le mostró el carnet del F. B. I.

—Acaba de entrar un hombre con trinchera. Un hombre alto y fuerte, con el rostro herido. Quiero saber lo que ha comprado.

El viejo le miró un poco atemorizado:

—Dos cargadores para «Lugger» y una funda de sobaquera, señor. Espero que no sea...

—No se preocupe. Olvídelo. Buenas tardes.

Fred Crosley se alejó caminando tranquilamente por la acera.

Una prisa vertiginosa se había despertado en Roy. Al volante del «Pontiac» alquilado, atravesó Manhattan y pasó el Lincoln Tunnel cuando ya las sombras de la noche habían caído sobre la ciudad, había aprovechado el tiempo. Ahora todo estaba listo. Unas pocas horas más, y aquel episodio de su vida que empezara dos años atrás con la cobarde traición de Tavodi, quedaría cerrado pura siempre.

Condujo velozmente hacia Newark, detuvo el coche en una esquina, y rodeó el edificio. Estaba en la plaza de la Pennsylvania Station. Entró en la casa, y un momento después tomaba a Katy entre sus brazos.

—Escucha, Katy. Tengo que salir de nuevo y estaré ausente bastante tiempo. No te inquietes. Sólo se trata de algunos asuntos que aún he de arreglar.

—¡Dime la verdad, Roy!

—Te la estoy diciendo: nos vamos.

—No te creo, Roy. ¡No te creo! ¡Dime lo que estás meditando!

Él la acarició con infinita ternura, y la atrajo contra su pecho.

—Todo va a acabar ahora —murmuró—. Mira, convéncete. —Sacó del bolsillo un sobre y se lo tendió a la muchacha. Katy lo abrió, extendió los pliegos que iban dentro, y los leyó rápidamente.

—Dos pasajes para San Francisco y... ¡nuestras licencias de matrimonio!

—Sí. ¿Te convences ahora? Nos casaremos en cuanto lleguemos

allí. El avión sale mañana a las ocho en punto de la mañana. ¿Te tranquilizas, di?

—Entonces... ¿por qué has de salir ahora? No quiero que salgas, Roy. ¡No quiero!

—Es necesario. He de resolver algunos asuntos. Pero no temas. Sólo quiero que no abras la puerta a nadie, y que no atiendas ningún recado de mi parte si no soy yo mismo quien te lo doy. Nadie sabe dónde estamos, pero es preciso guardar todas las precauciones. Ahora tengo que salir.

La estrechó con fuerza contra él, y la besó en la boca. Ella pensó que la besaba como si fuera la última vez.

—No lo olvides. Guarda los pasajes. El aeropuerto está ahí mismo, a menos de cinco minutos. Estate preparada para salir. A las siete y media de la mañana hay que estar en el aeródromo. Hasta luego, Katy.

Salió dejándola desoladoramente vacía y sola. Pero no podía entretenerse en consolarla.

Rodeando de nuevo el edificio, se metió en el cache y arrancó. Eran las diez de la noche cuando tomó el camino de Hoboken.

La hora era propicia. Le convenía llegar temprano para realizar sus propósitos con las mínimas posibilidades de fracaso. El mal tiempo, frío y denso de niebla, cooperaba con él; a pesar de no ser demasiado tarde, las calles ahuyentaban a las gentes con su inhóspita frigidez.

Abandonó las calles principales, y se metió por los arrabales que llevan a los «docks». Luego dobló de nuevo y pasó a marcha moderada por delante del «Centro Español». Sólo una pequeña lámpara iluminando la entrada, lucía en el edificio. Dentro no debía haber nadie.

Al pasar ante la casa de oscuro ladrillo que tan bien conocía, Roy disminuyó la marcha. No había ningún coche estacionado delante del edificio. Todo salía a medida de sus deseos. Avanzando un poco más, torció por la esquina y paró junto a la calzada.

El «Pontiac» quedó sumido en la obscuridad. Espesas nubes de niebla obscurecían los próximos faroles. Nadie transitaba por allí.

No obstante, Roy no salió del coche en un largo rato. Mirando por el ventanillo de atrás y a través del parabrisas, se cercioró de que nadie podría observarle. Entonces salió, quitando la llave de

contacto, pero dejando la portezuela sin seguro. Miró arriba y abajo. Después, con movimientos veloces y exactos, se encaramó sobre el «baqué» del coche poniéndose de pie.

Se inclinó rozando el techo con las puntas de los dedos. Luego, con súbito impulso, saltó hacia arriba. Quedó colgado de los hierros del balcón. En la densa obscuridad era imposible advertir la presencia de un hombre balanceándose a pocos pies de altura. Fue un instante. Inmediatamente la sombra se alzó flexionando los potentes brazos, y penetró en el balcón.

Con una sensación de triunfo comprobó que estaba abierto. Había quedado así cuando él escapó por aquel mismo sitio, y nadie se había ocupado de cerrarlo de nuevo. Empujó las puertas, y penetró en la obscura estancia, donde quedó de pie escuchando.

Era una precaución innecesaria, pero no quería dejar nada al azar. Allí no había nadie. No obstante, avanzó con sigilo cruzando las habitaciones que ya otra vez había traspuesto. Así llegó a aquella estancia donde dos noches antes yaciera amarrado esperando a la muerte.

Roy Vegly extrajo la «Lugger» de la sobaquera, y se la metió en el bolsillo de la trinchera, donde dejó la mamó amartillándola.

El carro estaba corrido. El seguro permanecía quitado. Sólo le quedaba esperar.

No había querido hablar con el inspector Arthur. A pesar de que comprendía que su deber era poner en conocimiento de su superior cuanto adivinaba acerca de las intenciones de Roy. Fred Crosley obedecía a una fuerza superior. Había preferido alquilar un coche, y obrar por su cuenta.

Eran muchas tus cosas que influían sobre él para proceder así. Cuando comprendió que Roy no le había dicho la verdad completa al mencionar su determinación de marcharse de Nueva York, sintió que no podría dejar de estar a su lado. Era por eso que prefería seguir sólo en el asunto, sin dejar entrever lo que sabía, en previsión de lo que más tarde pudiera ocurrir.

Dejó el coche en una calle apartada, y siguió a pie. No tardó en llegar al desierto cruce en cuya esquina se alzaba el viejo edificio de ladrillo.

En la obscuridad sonrió al darse cuenta de que había adivinado cuánto iba a suceder. Vio un potente «Pontiac» detenido junto a la

acera. Se aproximó a él, inclinándose por la parte trasera después de comprobar que estaba vacío, y encendió el mechero iluminando la matrícula: «NY-8 913 275».

Fred Crosley apagó el mechero retirándose de allí. Dobló la otra calle, y se hundió en la sombra del portal de enfrente, vigilando la puerta de la casa.

Nadie hubiera podido advertir su presencia en aquel lugar. Y cuando un negro sedán hizo su aparición deteniéndose ante el portal vigilado, ninguno de sus cuatro ocupantes comprendió que eran observados desde la obscuridad de enfrente.

A oídos de Crosley llegaron algunas palabras deshilvanadas. Luego, el ruido de una puerta al abrirse. Y los cuatro hombres desaparecieron dentro de la casa.

Oyó el ruido sordo de la puerta al cerrarse en la calle, y las voces ininteligibles de varios hombres subiendo las escaleras. Los apagados pasos resonaban lúgubrementemente en la oquedad de la casa vacía.

Roy alargó su mano izquierda y palpó el conmutador de la luz. En la derecha apareció el bulto duro de la «Lugger» que había pertenecido a su hermano. Esperó.

Las voces se oían más cerca por momentos, conforme los cuatro hombres subían las escaleras.

Se oyó una risa cínica, sorda, y enseguida el chirrido de la puerta de la habitación al girar sobre sus goznes. Roy no se precipitó. Aún esperó con terrible calma. Acababa de darse cuenta de que llegaban los cuatro juntos.

Junto a él escuchó la respiración de uno de ellos que se dirigía hacia la luz. Sintió su proximidad.

Y entonces, sin mover un ápice la posición de su cuerpo los dedos de su mano izquierda giraron. Y la luz se encendió.

Jamás un segundo pudo ser más intenso en la vida de un hombre. Como si les hubieran atacado repentinamente con una descarga de alta tensión, los cuatro pistoleros se irguieron bruscamente mirando la terrible aparición.

Boby saltó de costado; Clister, con la agilidad de una serpiente resbaladiza, cayó al suelo hurtando el cuerpo; Tavodi se aplastó contra la puerta, intentando escapar.

Pero Monk, el terrible y brutal pistolero, tuvo peor suerte. Era él quién se había dirigido a encender la luz y en aquel instante estaba al alcance de la terrible mano vengadora.

Como una zarpa potente e inexorable, la mano izquierda de Roy cayó sobre el cuello de orangután del asesino.

El terror se reflejó en los ojos de simio de Monk. Y antes de que su rápida mano alcanzase a sacar su arma de la funda del sobaco, la fuerza incontenible del brazo de Roy lo hizo aplastarse contra él ciñéndole el cuello con el dogal de su antebrazo.

La triple descarga que restalló en la cuadrada estancia, acabó con la resistencia de Monk. Las tres balas se clavaron en su cuerpo mastodóntico, que tembló como sacudido por un terremoto.

—¡¡Llegó vuestra hora, malditos asesinos!! —rugió Roy. Y su «Lugger» escupió plomo sobre Tavodi.

Éste dio un salto, como si en su cobarde vesanía quisiera romper la puerta para huir. Y una nueva descarga se clavó entre sus omoplatos. Murió por la espalda, como mueren las ratas cobardes.

Clister escupió fuego. Tumbando de una patada la mesa central, intentó parapetarse tras ella. Bobby se lanzó a guarecerse también tras el débil amurallamiento, pero no cabían los dos.

Era inútil disparar contra Roy. Escudado tras el cerdo cuerpo de Monk, sujetándole ante sí por la garganta como el que sostiene una piltrafa, volvió a disparar.

Una maldición de dolor abrió la boca de Bobby al sentir la candente herida en sus piernas.

—¡Apártate! —rugió empujando a Clister.

Éste se hizo fuerte. En su cobarde ansia de vivir, los dos pistoleros se disputaban el único parapete que podía protegerlos.

La voz de Roy sonó inexorable. Por su mente pasaron en rápido, veloz torbellino, los dos años de prisión, la vergüenza que sobre él había caído, los infinitos sacrificios y miseria que Katy había tenido que pasar, la cobarde afrenta recibida noches antes... Y la muerte de su hermano, de aquel único hermano que ellos habían convertido en un asesino para acabar matándolo a tiros entre las ruedas de un vagón, y dejarlo tirado como la sucia carroña de un perro sarnoso.

La ira se apoderó de él. No le importaba morir. Sólo le importaba matar. ¡Acabar con aquella partida de ratas venenosas,

concluir con aquel nido de víboras traidoras, arrasar para siempre aquellas alimañas malignas y cobardes!

Con ímpetu salvaje, poniendo en juego toda la potencia de sus músculos, tomó el cadáver de Monk levantando el peso muerto, y lo arrojó como un pedrusco contra la mesa que ocultaba a los dos pistoleros.

La mesa saltó hecha añicos, y los dos asesinos intentaron escapar vomitando metralla.

Dos disparos. Dos estampidos. Dos surtidores de fuego surgiendo veloces de la «Lugger» de Roy.

Y el doble salto de Bobby y de Clister quedó cortado en el aire.

Todo permaneció en silencio, en un silencio absoluto y mortal.

Bajo la amarilla luz de la bombilla, Roy avanzó paso a paso, y se inclinó sobre cada uno de los cuatro hombres. Ninguno quedaba con vida.

Roy acababa de vengar a su hermano con su propia arma. Se puso en pie, y quedó un instante.

Observando la escena de desolación que le rodeaba. No se daba cuenta de nada. Luego, de repente, advirtió que alguien golpeaba la puerta de la casa intentando derribarla. La lucidez volvió a su cerebro con diáfana claridad. No se precipitó. Con desesperante calma, sacó un pañuelo y limpió todas las huellas posibles de la «Lugger» que había utilizado, hasta convencerse de que no era posible que quedase nada suyo. Entonces la arrojó junto a Monk. Cambió de idea. La recogió utilizando el pañuelo, y la puso entre las manos de Monk haciéndole dejar sus huellas sobre todo el arma.

Oyó carreras en la escalera. Apagó la luz, y se lanzó hacia las habitaciones interiores. Todo había vuelto a quedar en la obscuridad. Allí, frente a él, estaba el balcón abierto. Llegó y puso las manos sobre la barandilla dispuesto a saltar.

En aquel instante, a su espalda, surgió la figura de un hombre corriendo hacia él. No tendría tiempo de escapar. Pero de una forma incomprensible, la figura se detuvo quedando parada.

Roy saltó a la calle.

La otra figura avanzó hasta el balcón, y se asomó:

Un «Pontiac» arrancaba en aquel momento bajo el mismo balcón. Arrancaba en directa, rugiendo su potente motor. Se lanzó como un cohete hacia adelante, y se perdió en él acto entre la

niebla.

Entonces la sombra que estaba asomada al balcón hizo algo muy extraño: sacó un pañuelo de bolsillo, y restregó la barandilla de hierro frotándola con energía y rapidez. La frotaba como si intentara borrar de ella alguna invisible mancha de grasa.

La figura se retiró cruzando de nuevo las habitaciones vacías. Llegó a la primera de ellas, y encendió la luz.

No se inmutó al contemplar la terrible matanza. Tranquilamente, con una extraordinaria frialdad, examinó los cuerpos.

Abajo volvieron a oírse algunas voces. El hombre examinó la escena y las paredes con ojos de conocedor. Después tomó el tremendo cuerpo de Monk y lo arrastró hasta dejarlo tirado bajo el conmutador de la luz. Con el pie empujó la «Lugger» caída hasta depositarla cerca del cuerpo de Monk.

Entonces se volvió buscando el teléfono. Lo tomó y marcó un número.

—Oiga. Aquí Fred Crosley. Ángel Tavodi y su banda acaban de sostener una batalla. Están todos muertos. Mande policía y una ambulancia.

Los primeros rayos del sol naciente empezaban a disipar la niebla. Hacía frío. A pesar del engañoso sol, caía una llovizna fina y menuda que empapaba.

Un «Pontiac» negro avanzó por la carretera corriendo a lo largo de la valla de enrejado alambre que circunda el campo de aviación de Newark, describió una pequeña vuelta en la plazoleta de entrada, y se internó hacia los pabellones.

De su interior salieron un hombre y una mujer. El hombre tenía el rostro cubierto a trechos con pedazos de esparadrapo; la mujer vestía abrigo viejo y raído. No llevaban equipaje.

Los dos entraron en el vestíbulo del aeropuerto, y el hombre se dirigió derecho a un teléfono y marcó un número. Aguardó hasta que le respondieron.

—Alquilé ayer un «Pontiac». No puedo ir a devolverlo. Lo tengo aquí, en el campo de aviación de Newark. Haga el favor de mandar a recogerlo, y dígame qué le debo, para depositarlo en la «librería».

Escuchó, asintió brevemente, y se retiró.

El ancho «hall» estaba lleno de viajeros a pesar de lo temprano

de la mañana. Fuera se oía el sordo y potente ruido de los motores.

El hombre atravesó el «hall» dirigiéndose esta vez a la «librería», donde una muchacha joven le miró un poco intrigada por el aspecto que presentaba.

—¿Qué desea, señor?

El hombre eligió unas cuantas revistas al azar, y entregó un billete de cinco dólares.

—Quédese con el resto, y hágame un favor. Vendrán del garaje a retirar un «Pontiac» que dejo ahí fuera. Tenga la bondad de entregar esta cantidad al chofer que venga. ¿No tiene aún ningún periódico?

—Está bien, descuide, lo haré como dice. No: todavía no llegaron los periódicos de la mañana. No tardarán.

El hombre asintió con la cabeza y se retiró, acercándose de nuevo a la muchacha que le esperaba sala. Miró sus grandes ojos negros, que parecían querer explorar dentro de los suyos, y sonrió levemente.

Con ternura que hubiera parecido inusitada en la mano fuerte y callosa del hombre, éste la alzó y acarició un segundo el pelo limpio y negro de la muchacha. También ella sonrió débilmente, como con miedo.

Los altavoces del «hall» carraspearon un instante, y emitieron luego la voz monocorde del «speaker»:

—Señores viajeros con destino a Los Ángeles y San Francisco, hagan el favor de dirigirse hacia el campo. Repetimos...

—Vamos, Katy.

El hombre y la mujer se mezclaron entre los demás viajeros, saliendo de nuevo al exterior. Frente a ellos, ya con los motores a media marcha, un pótenle tetramotor brillaba opacamente bajo la menuda lluvia.

El hombre y la mujer llegaron a la escalera opuesta para ascender al avión. Él, tranquilo, con una serenidad que podía inspirar temor; ella, tratando en vano de ocultar el profundo nerviosismo y miedo que sentía.

En aquel momento, una voz se alzó fuerte detrás de ellos:

—¡Roy Vegly! ¡Míster Vegly! ¡Señor Roy Vegly!

La muchacha quedó paralizada, con los dientes muy apretados mirando al hombre. También éste le detuvo titubeando un segundo.

La fila de viajeros que ascendía tras ellos, se interrumpió al detenerse los dos en mitad de la escalera.

—¡Señor Roy Vegly! ¡Roy Vegly!

—¡¡No contestes, Roy!! ¡¡No conteste!! ¡¡Vamos!!

Pero ya el hombre parecía haber tomado una decisión. Con extraña y dura sonrisa apenas dibujada sobre sus labios cerrados, se volvía hacia atrás.

—¡¡No, Roy!! ¡¡No!!

Los demás viajeros les miraron sorprendidos, y les pasaron. Roy, impasible, entero y sombrío, volvía sobre sus pasos.

En la escalera, apretujada contra el pasamanos, tratando ferozmente de contener los sollozos, una muchacha se mordía los labios mirándole aterrada, como vencida.

Roy alcanzó al hombre que gritaba su nombre.

—Yo soy Roy Vegly —dijo heladamente.

—¿Usted? Pues tenga. Esto es pura usted.

Roy le examinó sin comprender:

—Nada... más... ¿Se trata sólo de eso?

—Nada más, señor. No espera respuesta. Buen viaje.

Lentamente, Roy retrocedió. Ella le cogió del brazo como si hiciera presa, como si quisiera asegurarse de que ya jamás se separaría de él. Le miraba incrédula a los ojos, como si le pareciera imposible que él hubiese vuelto.

Entraron. El ruido de los motores creció convirtiéndose en poderoso rugido, y el gigantesco «Constellation» empezó a rodar hacia la pista de despegue.

Ambos estaban ahora sentados juntos dentro del avión. Diríase que sostenían dentro de sí una ruda batalla. Por fin ella despegó los labios.

—¿Qué... quería...?

Roy levantó el pequeño paquete que acababan de entregarle, y procedió a abrirlo.

Salió un periódico y un sobre. Abrió el periódico. Katy miraba, pegado el rostro al brazo de él:

«UNA BANDA DE “GANGSTERS” DISPUTA ENTRE SI
MATÁNDOSE A TIROS. FRED CROSLEY, AGENTE DEL
F. B. I.,

QUE LOS VIGILABA LLEGÓ A TIEMPO DE PRESENCIAR LOS ÚLTIMOS DISPAROS. LAS ARMAS UTILIZADAS FUERON LAS MISMAS QUE ACABARON HACE DOS DÍAS CON LA VIDA DE FRANKIE VEGLY».

Sin pronunciar una palabra, Roy rompió el sobre. Era un pliego blanco, con una sola línea escrita a máquina, lo mismo que las iniciales de la firma.

Roy y Katy leyeron al mismo tiempo:

«Buena suerte. —F. C.».

La muchacha dio un profundo suspiro, y se apretó, femenina y temerosa, contra el hombro de él. Por un momento, sus ojos permanecieron entornados, arrojando sobre sus mejillas la tupida sombra de las largas pestañas.

Luego, débilmente, tímidamente, sus labios torturados dibujaron una leve sonrisa. Una sonrisa temblorosa.

—Oh, Roy... Sabía harías algo así... Pasé toda la noche aterrada...

El avión rugió, tomó impulso se lanzó sobre la pista, y se alzó entre las nubes rumbo a California.

FIN



*Carlos Alcaraz,
ex agente del ser-
vicio de informa-
ción norteameri-
cano, buscaba
una mujer y tres
llaves*

*«Si era un hom-
bre listo — pen-
sará usted—, bus-
cará primero la*

mujer. Para las llaves siempre hay tiempos
Y tiene razón, porque la que buscaba Car-
los Alcaraz era la mujer más bonita de

VERACRUZ

a pesar de lo cual él prefería encontrar las
llaves primero. ¿Por qué?

VERACRUZ

última novela del dinámico
CLIFF BRADLEY

le llevará a la solución de un extraño enigma
a través de los garitos más peligrosos de la
famosa ciudad sudamericana

Este próximo número de la gran Colección
SERVICIO SECRETO

no debe faltar en su biblioteca

